

Dominicos - Pastoral Juvenil Vocacional

Cuentos, relatos y parábolas

Mamerto Menapace, osb

Con guías para el trabajo pastoral, de *Marcelo A. Murúa*

Materiales para la pastoral

Si utiliza nuestros materiales para su trabajo pastoral, por favor cite autor y fuente. Muchas Gracias.

Copyright © Buenas Nuevas.com

síto: <http://www.buenasnuevas.com>

email: correo@buenasnuevas.com

SUMARIO

(pulsar con el ratón sobre el título del relato elegido para ir a él)

<u>Compartir lo provisorio</u>	39
<u>Cuajada y fermento</u>	72
<u>El anochecer</u>	93
<u>El candil de la nona</u>	18
<u>El científico y la rosa</u>	77
<u>El juicio de Dios Padre</u>	89
<u>El misterio de Dios</u>	62
<u>El misterio de la vida</u>	68
<u>El nómada y la siembra</u>	42
<u>El ojo de la aguja</u>	64
<u>El pozo y los camellos</u>	79
<u>El relojero</u>	5
<u>El terito</u>	74
<u>Eligiendo cruces</u>	40
<u>Historia de un faro</u>	81
<u>Imagen y semejanza</u>	57
<u>La doma del corazón</u>	60
<u>La esperanza</u>	59
<u>La espiga y la vida</u>	36
<u>La indecisión</u>	37
<u>La luz y las pupilas</u>	87
<u>La mano derecha</u>	53
<u>La misión de las manos</u>	70
<u>La novia y la novicia</u>	30
<u>La pobreza y la fe</u>	32
<u>La quemazón y las semillas</u>	51
<u>La utilidad de los rumiantes</u>	83

<u>La violencia de las sombras</u>	95
<u>Las lagunas de la pampa</u>	85
<u>Lo inmediato y la noche</u>	28
<u>Los anteojos de Dios</u>	20
<u>Los dos burritos</u>	11
<u>Los dos paraísos</u>	13
<u>Los grillos y el vendaval</u>	55
<u>Los hombres y la tierra</u>	46
<u>Los ojos de Dios</u>	91
<u>Los tres ciegos</u>	97
<u>Los tres deseos</u>	24
<u>Los tres espíritus</u>	48
<u>Morir en la pavada</u>	61
<u>Nuestro Loro</u>	7
<u>Ojos embrujados</u>	16
<u>Oración insistente</u>	34
<u>Oración y contemplación</u>	66
<u>Sorgo y Chamico</u>	22
<u>Tiempo de Adviento</u>	98
<u>Un tropiezo</u>	44

El Relojero

De esto hace mucho tiempo. Época en la que todavía todo oficio era un arte y una herencia. El hijo aprendía de su padre, lo que éste había sabido por su abuelo. El trabajo heredado terminaba por dar un apellido a la familia. Existían así los Herrero, los Barrero, la familia de Tejedor, etcétera.

Bueno, en aquella época y en un pueblito perdido en la montaña, pasaba más o menos lo mismo que sucedía en todas las otras poblaciones. Las necesidades de la gente eran satisfechas por las diferentes familias que con sus oficios heredados se preocupaban de solucionar todos los problemas. Cada día, el aguatero con su familia traía desde el río cercano toda el agua que el pueblito necesitaba. El cantero hacía lo mismo con respecto a las piedras y lajas necesarias para la construcción o reparación de las viviendas. El panadero se ocupaba con los suyos de amasar la harina y hornear el pan que se consumiría. Y así pasaba con el carnicero, el zapatero, el relojero. Cada uno se sentía útil y necesario al aportar lo suyo a las necesidades comunes. Nadie se sentía más que los otros, porque todos eran necesarios.

Pero un día algo vino a turbar la tranquila vida de los pobladores de aquella aldea perdida en la montaña. En un amanecer se sintió a lo lejos el clarín del heraldo que hacía de postillón o correo. El retumbo de los cascos de caballo se fue acercando y finalmente se lo vio doblar la calle que daba entrada al pueblito: un caballo sudoroso que fue frenado justo delante de la puerta de la casa del relojero. El heraldo le entregó un grueso sobre que traía noticias de la capital. Toda la gente se mantuvo a la expectativa a la puerta de sus casas a fin de conocer la importante noticia que seguramente se sabría de un momento al otro.

Y así fue efectivamente. Pronto corrió por todo el pueblo la voz de que desde la capital lo llamaban al relojero para que se hiciera cargo de una enorme herencia que un pariente le había legado. Toda la población quedó consternada. El pueblito se quedaría sin relojero. Todos se sintieron turbados frente a la idea de que desde aquel día, algo faltaría al irse quien se ocupaba de atender los relojes con los que podían conocer la hora exacta.

Al día siguiente una pesada carreta cargada con todas las pertenencias de la familia, cruzaba lentamente el poblado, alejándose quizás para siempre rumbo a la ciudad capital. En ella se marchaba el relojero con toda su gente: el viejo abuelo y los hijos pequeños. Nadie quedaba en el lugar que pudiera entender de relojes.

La gente se sintió huérfana, y comenzó a mirar ansiosamente y a cada rato el reloj de la torre de la Iglesia. Otro tanto hacía cada uno con su propio reloj de bolsillo. Con el pasar de los días el sentimiento comenzó a cambiar. El relojero se había ido y nada había cambiado. Todo seguía en plena normalidad. El aparato de la torre y los de cada uno seguía rítmicamente funcionando y dando la hora sin contratiempo alguno.

-¡Caramba!- se decía la gente. Nos hemos asustado de gusto. Después de todo, el relojero no era una persona indispensable entre nosotros. Se ha marchado y todo sigue en orden y bien como cuando él estaba aquí. Otra cosa muy distinta hubiera sido sin el panadero. No había porqué preocuparse. Bien se podía vivir sin el ausente.

Y los días fueron pasando, haciéndose meses. De pronto a alguien se le cayó el reloj, y aunque al sacudirlo comenzó a funcionar, desde ese día su manera de señalar la hora ya no era de fiar. Adelantaba o atrasaba sin motivo aparente. Fue inútil sacudirlo o darle cuerda. La cosa no parecía tener solución. De manera que el propietario del aparato decidió guardarlo en su mesita de luz, y bien pronto lo olvidó al ir amontonando sobre él otras cosas que también iban a para al mismo lugar de descanso.

Y lo que le pasó a esta persona, le fue sucediendo más o menos al resto de los pobladores. En pocos años todos los relojes, por una causa o por otra, dejaron de funcionar normalmente, y con ello ya no fueron de fiar. Recién entonces se comenzó a notar la ausencia del relojero. Pero era inútil lamentarlo. Ya no estaba, y esto sucedía desde hacía varios años. Por ello cada uno guardó su reloj en el cajón de la mesa de luz, y poco a poco lo fue olvidando y arrinconando.

Digo mal al decir que todos hacían esto. Porque hubo alguien que obró de una manera extraña. Su reloj también se descompuso. Dejó de marcar la hora correcta, y ya fue poco menos que inútil. Pero esta persona tenía cariño por aquel objeto que recibiera de sus antepasados, y que lo acompañara cada día con sus exigencias de darle cuerda por la noche, y de marcarle el ritmo de las horas durante la jornada. Por ello no lo abandonó al olvido de las cosas inútiles. Ciertamente: no le servía de gran cosa. Pero lo mismo, cada noche, antes de acostarse cumplía con el rito de sacar el reloj del cajón, para darle fielmente cuerda a fin de que se mantuviera funcionando. Le corregía la hora más o menos intuitivamente recordando las últimas campanadas del reloj de la iglesia. Luego lo volvía a guardar hasta la noche siguiente en que repetía religiosamente el gesto.

Un buen día, la población fue nuevamente sacudida por una noticia. ¡Retornaba el relojero! Se armó un enorme revuelo. Cada uno comenzó a buscar ansiosamente entre sus cosas olvidadas el reloj abandonado por inútil a fin de hacerlo llegar lo antes posible al que podría arreglárselo. En esta búsqueda aparecieron cartas no contestadas, facturas no pagadas, junto al reloj ya medio oxidado.

Fue inútil. Los viejos engranajes tanto tiempo olvidados, estaban trabados por el óxido y el aceite endurecido. Apenas puestos en funcionamiento, comenzaron a descomponerse nuevamente: a uno se le quebraba la cuerda, a otro se le rompía un eje, al de más allá se le partía un engranaje. No había compostura posible para objetos tanto tiempo detenidos. Se habían definitiva e irremediablemente deteriorado.

Solamente uno de los relojes pudo ser reparado con relativa facilidad. El que se había mantenido en funcionamiento aunque no marcara correctamente la hora. La fidelidad de su dueño que cada noche le diera cuerda, había mantenido su maquinaria lubricada y en buen estado. Bastó con enderezarle el eje torcido y colocar sus piezas en la posición debida, y todo volvió a andar como en sus mejores tiempos.

La fidelidad a un cariño había hecho superar la utilidad, y había mantenido la realidad en espera de tiempos mejores. Ello había posibilitado la recuperación.

La oración pertenece a este tipo de realidades. Tiene mucho de herencia, poco de utilidad a corta distancia, necesidad de fidelidad constante, y capacidad de recuperación plena cuando regrese el relojero.

publicado en el libro **Cuentos Rodados**, Editorial Patria Grande.

Guía para el trabajo pastoral con el cuento **El relojero**

por Marcelo A. Murúa

Lectura

Realizar la lectura del cuento en grupo. Es importante que todos los presentes tengan una copia del texto. Se pueden ir turnando dos o tres personas para leer el cuento en voz alta.

Rumiando el relato

Al terminar la lectura entre todo el grupo se reconstruye el relato en forma oral (se lo vuelve a contar).

¿Qué sucede en el relato?

¿Qué pasa cuando el relojero se marcha?

¿Cómo actuaron las personas ante la falta del relojero?

¿Qué sucedió al regreso del relojero?

Descubriendo el mensaje

Hacia el final del cuento se compara la oración con la actitud de la persona que había mantenido funcionando su reloj, ¿por qué? Releer el último párrafo del cuento, compartir las características de la oración que allí se mencionan, ¿qué pensamos? ¿cuál es nuestra experiencia?

¿Qué lugar ocupa la oración en nuestra vida? Compartir cómo oramos, de qué manera, cuándo...

Compromiso para la vida

Sintetizar en una frase el mensaje del cuento para nuestra vida.

Nuestro Loro

En casa teníamos un loro.

Pero un loro auténtico. No una cotorra. Ni siquiera se lo hubiera podido confundir con uno de esos loros chicos, que comen girasol y que en norte llaman calancates. El nuestro era un loro grande, nacido en el norte.

Lo habían traído de pichón y se había criado con nosotros, compartiendo nuestra vida de cada día, nuestros entusiasmos y nuestras discusiones. Y fue así como aprendió a gritar muchas cosas.

Se llamaba Pastor. Es cierto que ese nombre se lo habíamos impuesto. Pero él lo había aceptado. Cuando tenía hambre, por ejemplo, y quería suscitar nuestra compasión, repetía en tono triste:

-¡Pobrecito Pastor! ¡La papa para Pastor, pobrecito Pastor! - Y agarraba con una de sus patitas el pedazo de pan familiar.

Aferrándose con la otra de donde estaba apoyado, lo comía con gesto humano. Con gesto de familia.

Cuando sentía torear los perros, gritaba: “¡Fuera, fuera!”, y compartía nuestras euforias gritando: “¡Viva Boca!” cuando escuchaba los partidos por radio. Además repetía las órdenes que se daban a los chicos, y así nos mandaba encerrar los terneros, traer agua; o simplemente nos llamaba por nuestro nombre.

En casa lo teníamos por uno más de la familia. Habiendo compartido casi la totalidad de su vida conciente con nosotros, pensábamos que todos sus ideales se identificaban con los nuestros. Lo creíamos un loro domesticado. Le teníamos tanta confianza que le habíamos otorgado plena libertad.

Porque tienen que saber que teníamos otros pájaros: tres cardenales copete rojo y una urraca de monte. Tuvimos tordos y boyeros de esos que hacen su nido como una larga media colgada de las ramas de un algarrobo. En fin, una variedad de otros pájaros salvajes. Pero a todos los teníamos en cerrados en sus jaulas. De ellos nos interesaban sus trinos y sus colores; pero sabíamos que no deseaban compartir nuestra vida. No estaban integrados.

En cambio nuestro loro, no. Se subía a nuestros mismos árboles y gateaba las mismas ramas que nosotros, los chicos. Nuestro parral era también suyo. Y los días de lluvia o frío compartía la tibieza de nuestra cocina.

Para saber dónde estaba, bastaba con gritar fuerte:

-¡Pastor!...- y él, desde su rama o su rincón contestaba:

-¡Eu!

Con pico y patas descendía hasta uno para tomar su pedazo de pan familiar.

Eso sí. Tenía sus agresividades. ¡Cómo no! Y también sus antipatías. Eso era lógico. A todos en casa nos pasaba más o menos lo mismo.

Pero no. Seguramente no fue ése el motivo de su insólita actitud aquella tarde de otoño.

Sí. Era otoño. Lo recuerdo bien. Como una cicatriz de mi infancia. Era otoño porque aquella tarde casi todos los mayores estaban juntando algodón en el campo. Papá estaba en el pueblo. Algunos estábamos en la escuela, y sólo quedaba en casa mamá y uno o dos de los más chicos. Habrán sido las tres o cuatro de la tarde. Cada uno estaba en lo suyo, y todo parecía estar en paz.

Viniendo desde el sur, una bandada de loros salvajes emigraba hacia el norte; hacia las selvas, las Cataratas, el Paraguay. Su vuelo nervioso era apuntado por esos gritos característicos del loro en vuelo:

-¡Creo, creo, creo!...- y la bandada pasó sobre mi casa.

¿Qué le pasó a nuestro loro? ¿Habría estado triste, disconforme? ¿Se habrá sentido oprimido o alienado? Puedo asegurarles que en casa no le faltaba nada y papá era exigente en que no se maltratara a ningún animal; menos al loro familiar por el cual sentía afecto especial.

No. Estoy seguro de que no. No fue por ninguno de esos motivos. No fue para liberarse de algo. Fue simplemente porque sintió que algo se liberaba en él. Sacudido por ese grito ancestral de su raza en vuelo, también en él surgió la necesidad imperiosa de afirmar su fe en aquellas realidades primordiales que constituyen la esencia de todos los loros. Y agitando sus alas torpes, no adiestradas para el vuelo, lanzó también él ese grito que le dormía dentro:

-¡Creo, creo, creo!... - y se largó a volar.

Fue sólo un gesto. Una manera de concretizar su profunda fe en las selvas, en las cataratas, en yerbales y naranjales que él nunca viera, y que nunca serían plenamente suyos.

La bandada se perdió pronto sobre los chañares, arreando hacia el norte su profesión de fe.

Nuestro loro no pudo seguirla. A las pocas cuerdas perdió altura y aterrizó. No estaba adiestrado para el vuelo largo. En nuestra familia nadie tenía esas oportunidades, y a él mismo nunca se había presentado la necesidad de ensayarlas.

Esa noche, al reencontrarnos todos nuevamente reunidos en familia, notamos la ausencia de Pastor. En su media lengua, mi hermanito menor dio a entender que el loro se había volado hacia el norte. Alguien creyó recordar que, efectivamente, a media tarde una bandada de loros había sobrevolado el algodonal.

Todos lamentados sinceramente que nuestro loro se hubiera podido ir con ellos. Y a todos nos sobrecogió el temor por los peligros que acecharían a Pastor, ya que sabíamos que era imposible que hubiera podido seguir el ritmo de la bandada. Caído a mitad de vuelo, quizás no habría un árbol cerca; así estaría en pleno campo bajo el peligro de los zorros o de los gatos. Una de mis hermanas - la más sensible - se largó a llorar.

Con todo, creo que se exageraron un poco los peligros. Probablemente lo que nos preocupaba no era tanto las dificultades que encontraría nuestro loro en su nueva situación, cuando el haberlo perdido. Sobre todo nos mortificaba que ya no fuera nuestro loro.

De hecho, Pastor había caído a unas pocas cuerdas entre el algodonal. Dos o tres días después lo encontramos. ¡Pobre!, daba lástima. Estaba muerto de hambre. Y lo descubrimos justamente porque al pasar cerca de él, se puso a gritar esa serie de frases familiares que había aprendido entre nosotros. Sus ¡vivas! y sus ¡fuera! Fue así como descubrimos su paradero.

Todos nos alegramos de haberlo reencontrado. Y todos estuvimos de acuerdo en que había que cortarle las plumas de sus alas para que no volviera a repetir la experiencia. Hasta mi hermana - ¡la más sensible! - estuvo de acuerdo también. Porque Pastor nunca podría seguir a las bandadas. Por tanto había que impedirle nuevas experiencias.

Hoy, al pensar en aquella decisión de mi familia, me pregunto: “¿Fue un auténtico y sincero cariño por Pastor lo que nos llevó a cortarle las alas para evitarle problemas?”.

Tal vez hubiera sido mejor darle mayores oportunidades de vuelos controlados, para que realmente estuviera capacitado. No sé. Por ejemplo, se lo podría haber llevado lejos, dejándolo luego un poco solo, para obligarlo a volar por su cuenta hasta nosotros. Así, a la vez que ensayaba el vuelo largo, aprendería a tomar nuestra casa como punto de referencia y lograría realizar el vuelo de retorno.

Pero tengo que reconocer que fuimos egoístas. Preferimos la solución fácil. Pastor fue humillado y perdió las hermosas plumas de colores de la punta de sus alas.

Pienso que también dramatizamos algo que no era para tanto. ¿Qué es lo que en el fondo había hecho Pastor? Seguramente, su gesto no fue un signo de protesta contra nuestro estilo de vida familiar. No fue un querer irse porque estuviera en desacuerdo, o como un decirnos que todos sus gestos anteriores habían sido un simple formulismo hecho sin convicción; como si nunca hubiera compartido auténticamente lo nuestro.

Simplemente había sentido de repente ese grito que despertaba en Pastor una fidelidad que nunca había sentido antes entre nosotros. Era la profesión de fe de su raza en vuelo. Y Pastor, sacudido por ese grito de su raza, había realizado un gesto sin pensar siquiera en las consecuencias, y menos que con ello pudiera ofender nuestra incapacidad de volar.

Se había equivocado. De acuerdo. Pero ¿a quién en casa no le había pasado alguna vez algo parecido, no se había equivocado al escuchar un grito nuevo?

-Habría podido consultar - se me dirá. Pero ¿a quién? Cada uno estaba enteramente ocupado en lo suyo y ni siquiera hubiera podido comprender su intimidad intransferible de loro.

Nosotros sacamos demasiadas conclusiones. La verdad: le tuvimos miedo al futuro. Y olvidamos sus diez mil gestos buenos, profundos, con sentido auténtico, por uno que le fracasó y que había hecho sin consultar.

¡Qué ridículo fuiste, Pastor, durante un tiempo, caminando pasito a paso por los patios, intentando vuelos que irremediablemente terminaban en tumbos, con tus alas amputadas! Para alcanzar las ramas que antes eran las metas de sus volidos, ahora tenías que gatear el tronco con pico y patas como una comadreja. Realmente, Pastor, te hicimos sufrir una gran humillación.

Pero, créemelo: lo pensábamos justificado. Porque con ello asegurábamos tu permanencia definitiva entre nosotros. Nosotros, ¡te hubiéramos extrañado tanto! Con esa decisión de cortarte las plumas y no permitirte el vuelo largo, nosotros nos comprometíamos con vos, con tu futuro, con tu seguridad.

Pero nuestra familia no era dueña del futuro. Ni del tuyo, ni del de ella misma. El futuro es sólo de Dios. ¡Es tan delicado comprender a los demás definitivamente mediante nuestras decisiones arbitrarias y poco generosas!

Unos cuantos años después nuestra familia tuvo que emigrar. Tuvo que dejar ese campo familiar, ese rancho con tantos recuerdos y esos árboles que vos y yo gateábamos rama a rama. Y nos fuimos a vivir al pueblo.

No. No fue fácil acostumbrarse. Tampoco para nosotros. Créemelo. El terreno era pequeño. La casa de material, con pisos de cemento. No había árboles. Al principio ni siquiera teníamos un parral.

Pero si a mi familia se la hacía difícil amoldarse, a vos se te hizo imposible.

No hubo santo. No tenías espacio vital. Comenzaste a ponerte triste. Ya no hablabas. Perdías el color de tus plumas. Andabas todo el día huraño. Y lo que es peor: molestabas en todas partes porque no lograbas ubicarte vos mismo.

Las visitas, que allá en el campo dejabas admiradas, ahora preguntaban para qué te teníamos. Y entre esas visitas, no faltó quien te codiciara. En su casa tenía un lindo bananal.

Y fue así nomás: te vendimos. Siento una profunda vergüenza al tener que confesarlo. Pero... te vendimos. Quinientos pesos viejos. Casi como para decir que carecías de valor. Como quien se saca de encima un estorbo.

La última vez que te vi estabas encaramado entre las hojas del bananal. No diste señales de reconocermelo.

Y sin embargo yo quiero creer que no nos guardás rencor.

Necesito creerlo. Para que en mí no muera lo mejor de vos.

publicado en el libro **La sal de la tierra**, Editorial Patria Grande.

Lectura

Realizar la lectura del cuento en grupo. Es importante que todos los presentes tengan una copia del texto. Se pueden ir turnando dos o tres personas para leer el cuento en voz alta.

Rumiando el relato

Al terminar la lectura entre todo el grupo se reconstruye el relato en forma oral (se lo vuelve a contar).

¿Qué sucede en el relato?

¿Podemos reconocer partes en el relato? Describir lo sucedido en cada una.

¿Qué proceso fue viviendo el loro?

¿Cómo reaccionó la familia?

¿Qué reflexiona el autor, tiempo después de transcurrido todo esto, al mirar para atrás?

Elegir una frase del texto (releerlo rápido para ubicarla) que más le haya llegado/impactado a cada uno y compartirla en voz alta.

Descubriendo el mensaje

El cuento nos habla de la libertad y de sus riesgos. Permite varias interpretaciones. Mamerto nos dice que puede ser parábola... que nos puede hablar de nuestra propia vida, al verla reflejada en el relato.

Mirando desde la perspectiva del loro...

¿Somos fieles a nuestra vocación, nuestro llamado interior? (aunque implique riesgos)

¿Qué cosas me impiden desarrollar todos mis dones y potencialidades? ¿Cómo superarlas?

Mirando desde la perspectiva de la familia...

¿Cómo actuamos frente a la libertad de los demás?

¿Cortamos alas o enseñamos a volar?

Comparar como actúa Dios con nosotros... y cómo actuamos con los demás.

Compromiso para la vida

Sintetizar en una frase el mensaje del cuento para nuestra vida.

Para terminar: la oración en común

Leer entre todos la oración y luego poner en común las intenciones de cada uno.

Terminar con una canción.

Creecer en libertad

*Señor,
enséñame a descubrir
mis dones, mis posibilidades,
mi vocación...
Muéstrame el camino,
enséñame a ser libre,
para hacer lo que debo hacer...
Asumiendo los riesgos,
para crecer...
Ayúdame a ser fiel
a tu llamado en mi interior.
- Que así sea -*

Los Dos Burritos

Erase una vez una madre - así comienza esta historia encontrada en un viejo libro de vida de monjes, y escrita en los primeros siglos de la Iglesia -. Erase una vez una madre - digo - que estaba muy apesadumbrada, porque sus dos hijos se habían desviado del camino en que ella los había educado. Mal aconsejados por sus maestros de retórica, habían abandonado la fe católica adhiriéndose a la herejía, y además se estaban entregando a un vida licenciosa desbarrancándose cada día más por la pendiente del vicio.

Y bien. Esta madre fue un día a desahogar su congoja con un santo eremita que vivía en el desierto de la Tebaida. Era este un santo monje, de los de antes, que se había ido al desierto a fin de estar en la presencia de Dios purificando su corazón con el ayuno y la oración. A él acudían cuantos se sentían atormentados por la vida o los demonios difíciles de expulsar.

Fue así que esta madre de nuestra historia se encontró con el santo monje en su ermita, y le abrió el corazón contándole toda su congoja. Su esposo había muerto cuando sus hijos eran aún pequeños, y ella había tenido que dedicar toda la vida a su cuidado. Había puesto todo su empeño en recordarles permanentemente la figura del padre ausente, a fin de que los pequeños tuvieran una imagen que imitar y una motivación para seguir su ejemplo. Pero , hete aquí, que ahora, ya adolescentes, se habían dejado influir por las doctrinas de maestros que no seguían el buen camino y enseñaban a no seguirlo. Y ella sentía que todo el esfuerzo de su vida se estaba inutilizando. ¿Qué hacer? Retirar a sus hijos de la escuela, era exponerlos a que suspendidos sus estudios, terminaran por sumergirse aún más en los vicios por dedicarse al ocio y vagancia del teatro al circo.

Lo peor de la situación era que ella misma ya no sabía qué actitud tomar respecto a sus convicciones religiosas y personales. Porque si éstas no habían servido para mantener a sus propios hijos en la buena senda, quizá fueran indicio de que estaba equivocada también ella. En fin, al dolor se sumaba la dura y el desconcierto no sabiendo qué sentido podría tener ya el continuar siendo fiel al recuerdo de su esposo difunto.

Todo esto y muchas otras cosas contó la mujer al santo eremita, que la escuchó en silencio y con cariño. Cuando terminó su exposición, el monje continuó en silencio mirándola. Finalmente se levantó de su asiento y la invitó a que juntos se acercaran a la ventana. Daba esta hacia la falda de la colina donde solamente se veía un arbusto, y atada a su tronco una burra con sus dos burritos mellizos.

-¿Qué ves? - le preguntó a la mujer quien respondió:

-Veo una burra atada al tronco del arbusto y a sus dos burritos que retozan a su alrededor sueltos. A veces vienen y maman un poquito, y luego se alejan corriendo por detrás de la colina donde parecen perderse, para aparecer enseguida cerca de su burra madre. Y esto lo han venido haciendo desde que llegué aquí. Los miraba sin ver mientras te hablaba.

-Has visto bien - le respondió el ermitaño-. Aprende de la burra. Ella permanece atada y tranquila. Deja que sus burritos retocen y se vayan. Pero su presencia allí es un continuo punto de referencia para ellos, que permanentemente retornan a su lado. Si ella se desatara para querer seguirlos, probablemente se perderían los tres en el desierto. Tu fidelidad es el mejor método para que tus hijos puedan reencontrar el buen camino cuando se den cuenta de que están extraviados.

Sé fiel y conservarás tu paz, aun en la soledad y el dolor. Diciendo esto la bendijo, y la mujer retornó a su casa con la paz en su corazón adolorido.

publicado en el libro **Cuentos Rodados**, Editorial Patria Grande.

Lectura

Realizar la lectura del cuento en grupo. Es importante que todos los presentes tengan una copia del texto. Se pueden ir turnando dos o tres personas para leer el cuento en voz alta.

Rumiando el relato

Al terminar la lectura entre todo el grupo se reconstruye el relato en forma oral (se lo vuelve a contar).

¿Qué sucede en el relato?

¿Cuál era la preocupación de esta madre, protagonista del relato?

¿A quién acude a pedir consejo? ¿Cómo son las actitudes del monje hacia ella?

¿Qué le hace ver el monje para ayudarla en su problema?

¿Cuál es su consejo?

Descubriendo el mensaje

El cuento nos habla de la libertad y de la relación con los demás. Se puede trabajar desde varias interpretaciones, te proponemos dos miradas.

Mirando desde la perspectiva de la madre...

¿Qué situación le preocupaba?

¿Has experimentado una situación semejante con algún ser querido?

El consejo del monje es permanecer fiel a sus convicciones, ¿es fácil esto? ¿cómo lograrlo? ¿cómo seguir siendo fiel al proyecto que Dios nos muestra? ¿cómo ser apoyo, punto de referencia, "refugio" para los demás?

Mirando desde la perspectiva del monje...

¿Te han consultado alguna vez sobre una situación semejante?

Observa las actitudes del monje,

escucha

medita (hace silencio interior)

mira a la mujer (se compenetra en su problema)

la aconseja con palabras sencillas (una comparación... lenguaje que parte de la vida y al alcance de todos, como Jesús)

Compáralas con tu vida, ¿qué aprendes?

Compromiso para la vida

Sintetizar en una frase el mensaje del cuento para nuestra vida.

Para terminar: la oración en común

Leer entre todos la oración y luego poner en común las intenciones de cada uno.

Terminar con una canción.

Ser fiel, para servir a los demás

*Padre Bueno,
ayúdanos a ser fiel.
Nos has llamado
y nos has mostrado un camino.
Para cada uno tienes una misión
(o muchas... a lo largo de la vida)
Ayúdanos a ser fuertes,
perseverantes,
fieles...
para ser apoyo,
descanso,
manantial de agua fresca,
para todos los que nos rodean..
- Que así sea -*

Los Dos Paraísos

En el patio de tierra de mi casa había dos grandes paraísos.

De chico nunca me pregunté si ellos también habrían nacido, crecido, o sido trasplantados.

Simplemente estaban allí, en el patio, como estaban el cielo las estrellas, la cañada en el campo, y el arroyo allá dentro del monte. Formaban parte de ese mundo preexistente, de ese mundo viejo con capacidad de acogida que uno empezaba a descubrir con asombro.

Eran lo más cercano de ese mundo porque estaban allí nomás, en el medio del patio, con su ancho ramerío cubriéndolo todo y llenando de sombra toda la geografía de nuestros primeros gateos sobre la tierra.

Ellos nos ayudaron a ponernos de pie, ofreciéndonos el rugoso apoyo de su fuerte tronco sin espinas. Encaramados a sus ramas miramos por primera vez con miedo y con asombro la tierra allá abajo, y un horizonte más amplio alrededor.

Los pájaros más familiares, fue allí donde los descubrimos. En cambio los otros, los que anidaban en la leyenda y en el misterio de los montes, los fuimos descubriendo mucho después, cuando aprendimos a cambiar de geografía y a alejarnos de la sombra del rancho.

Fue en ellos donde aprendimos que la primavera florece. Para setiembre el perfume de los paraísos llenaba los patios y el viento del este metía su aroma hasta dentro del rancho. No perfumaban tan fuerte como los naranjos, pero su perfume era más parejo. Parecía como que abarcara más ancho. A veces, un golpe de aire nos traía su aroma hasta más allá de los corrales.

También nos enseñaron cómo el otoño despoja las realidades y las prepara para cuartear el invierno. Concentrando su savia por dentro en espera de nuevas primaveras, amarilleaban su follaje y el viento amontonaba y desamontonaba las hojas que ellos iban entregando.

En otoño no se esperaba la tarde del sábado para barrer los patios. Se los limpiaba en cada amanecer.

¡Cuántas cosas nos enseñaron los dos viejos paraísos, nada más que con callarse!

Fue apoyados en sus troncos, con la cara escondida con el brazo, donde puchereamos nuestros primeros lloros después de las palizas. Allí, en silencio, escuchaban el apagarse de nuestros suspiros entrecortados por palabras incoherentes que puntuaban nuestras primeras reflexiones internas de niños castigados. Y en el silencio de sus arrugas, guardaron junto con nuestros lagrimones esas primeras experiencias nuestras sobre la justicia, la culpa, el castigo y la autoridad.

Y luego, cansados de una reflexión que nos quedaba grande y agotada nuestra gana de llorar, nos alejábamos de sus troncos y reingresábamos a la euforia de nuestros juegos y de nuestras peleas.

Cuando jugábamos a la mancha, transformaban su quietud en la piedra del “pido” que nos convertía en invulnerables. Y en el juego de la escondida escuchaban recitar contra su tronco la cuenta que iba disminuyendo el tiempo para ubicar un escondite. Y luego eran la meta que era preciso alcanzar antes que el otro, para no quedar descalificado. Ellos participaron de todos nuestros juegos y fueron los confidentes de todos nuestros momentos importantes.

Escondidos detrás de sus troncos, nuestra timidez y viveza de chicos de campo espiaba a las visitas de forasteros, mientras escuchábamos nuevas palabras, otra manera de pronunciarlas y nuevos tonos de voz, que luego se convertían en material de imitación y de mímica para las comedias infantiles en que remedábamos a las visitas. Así fue como aprendí la palabra “etcétera”, que me causó una profunda hilaridad, y que al repetirla luego a cada momento y para cualquier cosa, nos hacía reír a todos en la familia. En mi familia siempre producían hilaridad las palabras esdrújulas.

Al llegar la noche, todo nuestro mundo amigo se atrincheraba alrededor de los paraísos. El farol que se colgaba de una de sus ramas creaba una pequeña geografía de luz que era todo lo que nos pertenecía en este mundo. Más allá estaba el reino de la noche desde donde nos venían los gemidos de las ranas sorprendidas por las culebras; y hacia donde los perros hacían rápidas salidas para defender nuestro reino

sitiado. Desde la noche sabía llegar hasta nuestro puerto de luz algún forastero o algún amigo náufrago de las sombras que había logrado ubicar el faro de nuestra lámpara suspendidas de las ramas de los paraísos. Desde lo más hondo de la noche remaban hacia la lámpara miles de insectos: las luciérnagas describían amplios círculos de luz alrededor de los paraísos, y a veces volvían a hundirse en la inmensidad sideral de la noche como pequeños cometas de nuestro pequeño sistema solar. Otras veces, encandiladas por la luz del farol, terminaban en nuestras manos llenándolas de todo eso misterioso que brilla en las noches.

Cuando me vine hacia el sur, la imagen de los paraísos vino conmigo, y conmigo fue creciendo al ritmo de mi propio crecimiento. Los veía simplemente como parte de mi propia historia.

Al volver luego de unos años, me impresionó ver nuevamente a mis dos viejos paraísos familiares. Sí. Eran los mismos: ocupaban el mismo sitio; los aseguraban las mismas raíces y los identificaba por las mismas arrugas de sus troncos amigos.

Y sin embargo me parecieron más pequeños. Ciertamente: la cabellera de sus copas había raleado, y tal vez sus ramas ya no fueran tan flexibles. Pero fundamentalmente habían quedado iguales; idénticos. No fue por haber cambiado por lo que me resultaron más pequeños. Yo diría que fue mi relación con ellos lo que había crecido, lo que me daba de ellos una visión distinta.

Quizá no es que los viera más pequeños; sino que ya no me parecían tan altos, ni tan ancha su sombra, ni tan difíciles de subir, ni tan imprescindibles dentro de la geografía del mundo que me tocaba habitar. Mientras tanto, yo ya había conocido otros árboles grandes, importantes, útiles o amigos, y a lo mejor había adornado inconscientemente con esas dimensiones prestadas a mis dos viejos paraísos familiares.

Ahora, al verlos en su realidad concreta, desmitizados de mis adornos fantasiosos, comencé a darme cuenta de sus auténticos límites, de la dimensión concreta de sus ramas. Podría decir que casi afloró a mi conciencia un descubrimiento:

“Mis dos viejos paraísos también tenían su historia.”

Historia personal, intransferible. Su existencia no era sólo relación conmigo. También ellos habían nacido en alguna parte, habían tenido su historia de crecimiento, para luego ser trasplantados juntos y compartir la historia de un mismo patio. El estar allí, el compartir su vida con nosotros, su sombra y el ciclo de sus otoños y primaveras, era el resultado de decisiones que bien hubieran podido ser distintas, y con ello totalmente otra mi propia historia y mi geografía personal.

Me di cuenta de la tremenda responsabilidad de sus decisiones; cosa que ningún otro árbol había tenido, ni jamás podría tener en mi vida.

Y pienso que, si hoy todo árbol es mi amigo, esto se debe a la calidez de amigo que supe encontrar allá en mi emplumar, en aquellos dos paraísos familiares. Ellos dieron a mis ojos, a mi corazón y a mis manos, esa imagen primordial que trataría de buscar en cada árbol luego en mi vida.

Insisto. Esto lo empecé a ver y a comprender cuando desmiticé a mis dos viejos paraísos de todo lo que no era auténticamente suyo. Cuando comprendí que también ellos tenían unas dimensiones concretas y relativamente pequeñas; cuando les descubrí sus carencias y cuando supe que su existencia almacenaba, como la mía una cadena de decisiones personales, y no un mero suceder de preexistencias sin historia. Cuando me di cuenta de que tenían menos dimensiones de las que yo me imaginaba, y más méritos de los que yo suponía.

Hoy aquel patio familiar existe sólo en mi recuerdo. Los dos paraísos han dejado en pie dos grandes huecos de luz. Buscando sus copas mis ojos miran para arriba y se encuentran con el cielo.

No han muerto. Y pienso que no morirán nunca, porque rama a rama se van quemando en el fogón familiar, y de cada astilla que se ha vuelto ceniza se ha liberado la tibieza que calienta nuestros inviernos. Y sus troncos rugosos se han vuelto tablas de la mesa familiar que nos seguirá reuniendo a los hermanos distantes para compartir el pan.

publicado en el libro **La sal de la tierra**, Editorial Patria Grande.

Guía para el trabajo pastoral con el cuento Los dos paraísos

por Marcelo A. Murúa

Lectura

Realizar la lectura del cuento en grupo. Es importante que todos los presentes tengan una copia del texto. Se pueden ir turnando dos o tres personas para leer el cuento en voz alta.

Rumiando el relato

Al terminar la lectura entre todo el grupo se reconstruye el relato en forma oral (se lo vuelve a contar).

¿Qué se describe en el relato?

¿Qué recuerdos se entrelazan en el relato?

¿Qué cambio experimentó el autor, en relación a estos dos árboles?

¿Qué descubrió?

¿Qué reflexiona el autor, contemplando esta historia, parte de su vida?

Elegir una frase del texto (releerlo rápido para ubicarla) que más le haya llegado/impactado a cada uno y compartirla en voz alta.

Descubriendo el mensaje

El cuento nos puede ayudar a reflexionar sobre las personas que nos han ayudado a crecer en la vida.

¿Puedes recordar, como lo hace el autor con sus paraísos, personas que te hayan "marcado" en tu vida personal?

Intenta recordar una o dos... Recorre en tu memoria las situaciones compartidas... Recuerda los valores que te han enseñado, las experiencias que te han transmitido...

Compartir estas historias.

El autor aprende a valorar más a sus dos paraísos, cuando él mismo cambia, crece, madura, y aprende a reconocer a los dos árboles en lo que verdaderamente son y no en la imagen que él se había hecho de ellos.

¿Cómo puedes relacionar con tu vida ese aprendizaje?

¿Y con las personas que te han "marcado" en tu vida?

Compromiso para la vida

Sintetizar en una frase el mensaje que has descubierto en el cuento para tu vida. Compartirlo con los demás.

Para terminar: la oración en común

Leer entre todos la oración y luego poner en común las intenciones de cada uno.

Terminar con una canción.

Gracias por tantas personas

*Señor,
gracias por tantas personas
que has puesto en mi camino.
Gracias por su presencia
que me ha permitido crecer.
Gracias por sus enseñanzas,
que me han ayudado a vivir.
Gracias por su recuerdo,
que me devuelve la tibieza de su abrazo
y me susurra al corazón
que cada uno de ellos
fue un pequeño espejo
de tu gran amor.*

- Gracias Señor -

Ojos Embrujados

El Abad Arsenio hacía muchos años que vivía en el desierto. Se había retirado a la soledad a fin de luchar contra todos los engaños del diablo, y así poder mirar las cosas con ojos simples y ver sólo lo que Dios veía. Muchos años le había costado esa lucha, hasta que finalmente Dios en su misericordia le había concedido la gracia de ver la realidad de las cosas. Es decir, ver las cosas con los ojos de Dios, simple y puramente. Vivía desierto adentro, tres días de camino.

Al borde del desierto había una ciudad. Y en ella vivía un matrimonio de personas ya mayores, que tenían sólo una hija adolescente, por la que estaban más que preocupados. Permanentemente se sentían angustiados por la jovencita, a la que tenían acobardada a consejos, tratando de evitarle los peligros propios de su edad. La verdad era que su hija daba bastantes motivos para que sus padres se preocuparan, ya que estaba en esa etapa de la vida en que se vive sin ver los peligros reales e imaginándose todas las oportunidades como posibles.

Un día la angustia se les hizo espesa. Había llegado el rumor de que se acercaba a la ciudad una compañía de brujos, con su circo de animales, sus camellos llenos de campanillas, y toda su hechicería auestas. Sobre todo se hablaba mucho del Brujo Mayor, hombre de poder maléfico, que con su sola mirada era capaz de seducir a una joven y convertirla en una animal que luego utilizaba para sus pruebas en el circo. En aquella época se creía que los animales amaestrados, eran en realidad personas convertidas en tales por arte de encantamiento, y que por ello junto a su nueva forma animal les quedaban restos de comprensión humana.

Imagínense el terror que se apoderó de los padres de la muchacha al saber que la compañía de brujos se acercaba al poblado, y que su hija no se hallaba en casa. Comenzaron a temer lo peor. Sabía de la imprudencia de ella, y no podían sacarse de la imaginación lo que ocurriría si llegaba a encontrarla en su camino la caravana se aproximaba. Angustiados y con el corazón oprimido cerraron la casa trancando puertas y ventanas. Y cuando sintieron el tropel de las pisadas y el tintinear de las campanillas, no pudieron resistir el acercarse a la puerta espiando por el agujerito del visor lo que pasaba justo frente a su casa. Lentamente fueron desfilando las jaulas con los animales y luego las carretas con los equipajes apilados. Detrás del cortejo, venía el Brujo Mayor, en su camello negro, erguido y escrutando con ojos de fuego a su alrededor. No pudieron sacarle la vista de encima. Cuando pasaba frente a su puerta detrás de la que ellos estaban como encandilados mirándolo, vieron que lentamente fue girando la cabeza, hasta que su mirada se clavó en la de ellos a través del pequeñísimo espacio de la mirilla. Un terror frío les corrió por el cuerpo e instintivamente retrocedieron como quemados por aquella mirada.

Ya no les cabía duda. Algo terrible le habría pasado ciertamente a su hija. Esta obsesión se les fue metiendo en el alma a medida que crecía la noche. Sintieron ruidos raros que golpeaban sus puertas y ventanas. Voces misteriosas e incomprensibles que pedían se les abriera. Todo inútil: arrimaron aún más muebles a las trancas y se mantuvieron quietos y templando en el rincón más oscuro de la habitación. Así pasaron aquella horrible noche de vigilia, pensando en la joven que en algún lugar estaría convertida en bestia por encantamiento del Brujo.

Cuando supusieron que sería de día, fueron lentamente retirando muebles y camas, y por último destrancaron las puertas para mirar el mundo exterior. Y allí se confirmaron sus temores y ansiedades. Dormida en el atrio de su casa, estaba tirada su hija convertida en una asna. No hay para qué describir la reacción de gritos, reproches y barbaridades con la que sus padres rubricaron lo que veían sus ojos. Inmediatamente pusieron a la bestia un bozal, y a empujones y latigazos la fueron empujando hasta el corral donde la dejaron amarrada al palenque sin agua y sin comida. Así la tuvieron todo el día, mientras desahogaban su angustia con reproches y reconvenções.

-¡Viste - gritaban - tenía que sucederte al fin! Nosotros te habíamos dicho. Pero es inútil. Ustedes los jóvenes no quieren escucharnos. Y ahora ¿qué vamos a hacer?

Finalmente, desesperados, decidieron ir a consultar al abad Arsenio; quizá él con su poderosa intercesión pudiera desembrujar a su hija para que recobrara su ser original. Y diciendo y haciendo, emprendieron el viaje.

Atada con su cabestro por el bozal, y a gritos y empujones, fueron haciendo los tres días de camino desierto adentro hasta llegar al lugar en que Arsenio habitaba. Al ver de la colina su celda, dejaron allí atada a la asna y fueron corriendo y llorosos a postrarse a los pies del anciano suplicándole que desembrujara a su hija que había quedado convertida en una asna por encantamiento maléfico. Le contaron todo lo sucedido, detallándole el momento en que se sintieron flechados por la mirada terrible del Brujo Mayor que pasara frente a su casa, y que no les viera más que los ojos ansiosos detrás de la mirilla.

Con calma Arsenio los consoló y les pidió que lo acompañaran hasta el lugar donde habían dejado atada a la joven. Al acercarse les preguntó:

-¿Dónde está la asna, de la que hablan? Yo no la veo.

-¿Cómo no la ves? Está delante tuyo - le respondieron.

Pero el anciano insistió en que él no veía asna alguna. Lo que sus ojos veían era una muchacha aterrorizada, castigada y humillada a la que tenían atada con un bozal y cabestro, y que lo miraba con miedo, sin entender nada. Entonces el anciano levantó sus ojos al cielo y oró. Y Dios lo iluminó para que de pronto comprendiera todo. Miró profundamente a los ojos atemorizados de los padres y les ordenó que se arrodillaran. Y entonces suplicó:

-Padre Santo. Señor de la luz y la verdad. Dígnate librar a estos tus hijos de la mentira que hay en sus ojos, para que vean la verdad de su hija.

Y diciendo esto trazó sobre su vista la señal de la cruz. Como si un velo se les hubiera quitado, ellos vieron desaparecer la imagen de la asna, y reencontraron la de su hija maltrecha y asustada.

La que estaba embrujada no era la muchacha, sino los ojos de sus padres, obsesionados por el miedo y la angustia.

En mi vida de monje, he visto muchas veces el reverso de este cuento. He conocido muchos jóvenes que tenían los ojos embrujados y eran incapaces de ver la verdad de sus padres. Donde ellos no descubrían más que seres celosos y chapados a la antigua, que nada comprendían, la verdad demostraba una pareja de padres cariñosos y sinceramente responsables del bien de su hijo.

Muchas veces me he visto obligado a trazar la señal de la cruz sobre los ojos. Los míos propios. Y a veces sobre los de los demás.

publicado en el libro **Cuentos Rodados**, Editorial Patria Grande.

Guía para el trabajo pastoral con el cuento **Ojos embrujados**

por Marcelo A. Murúa

Lectura

Realizar la lectura del cuento en grupo. Es importante que todos los presentes tengan una copia del texto. Se pueden ir turnando dos o tres personas para leer el cuento en voz alta.

Rumiando el relato

Al terminar la lectura entre todo el grupo se reconstruye el relato en forma oral (se lo vuelve a contar).

¿Qué sucede en el relato?

¿Quién era el abad Arsenio? ¿Qué don importante había recibido??

¿Qué sucede con los padres del relato y su hija? ¿Cómo era su relación, qué dificultades tenía?

¿Qué les pasa cuando llega el circo a su pueblo?

¿Qué consejo y ayuda reciben del abad?

Descubriendo el mensaje

El cuento nos habla de la capacidad de ver la vida con los ojos de la verdad, con los ojos de Dios.

¿Has vivido en tu vida alguna situación parecida a la experimentada por los padres? ¿Te ha pasado ver "equivocadamente" a una persona, a una situación...?

¿Qué significa tener los "ojos embrujados"?

¿Qué actitudes vivir para ver la vida con ojos nuevos, con la mirada de Dios?

Compromiso para la vida

Sintetizar en una frase el mensaje del cuento para nuestra vida.

Para terminar: la oración en común

Leer entre todos la oración y luego poner en común las intenciones de cada uno. Terminar con una canción.

*Padre Bueno,
ayúdanos a ver la vida con otros ojos.
Nos cuesta ver lo bueno
que hay en los otros,
estamos más acostumbrados
a ver lo que no nos gusta,
o lo que está mal.
Y nos cuesta reconocer que
estamos equivocados.
¡Cuántas cosas buenas ay en los demás,
cuando miramos con otros ojos!
Danos Señor, l don de tu mirada clara...
para ver la vida
con tu luz y tu verdad.*

El candil de la nona

Ha quedado en mi recuerdo como uno de esos objetos sin edad.

Como si a fuerza de estar y de alumbrar, hubiera logrado vencer el tiempo y permanecer.

Era una lámpara antigua de bronce. Tampoco podría afirmar, al revivirla hoy en mi recuerdo, si lo que la adornaba eran dibujos o simplemente arrugas con las que la vida y los acontecimientos habían ido ganándole un rostro.

Tenía ese noble color del bronce, y la capacidad de alumbrar en silencio.

Era una lámpara con pie. Cuando se la encendía, se la colocaba siempre en el centro de la mesa familiar. De ahí que su recuerdo lo tengo acollarado a las noches de invierno. Porque en verano vivíamos a la intemperie, y entonces no se usaba la lámpara, sino un farol que se colgaba de las ramas del árbol del patio.

Pero la lámpara de bronce tenía esa rara cualidad de crear la intimidad. Objeto quedado, de entre miles de objetos idos, la vieja lámpara de bronce parecía haber asumido en lo más íntimo de sí su propia soledad, y quizá fuera de allí de donde sacara esa misteriosa fuerza para crear la comunión.

Cuando entrada la noche se encendía la lámpara, parecía que su luz quieta hiciera crecer a su alrededor el silencio, y no sé qué misterio viejo. Mirando su llamita, los niños dilatábamos las pupilas, y quietos de cuerpo y alma, remábamos tiempo adentro. Hacia esa época legendaria en que grandes vapores llenos de inmigrantes avanzaban por el mar hacia nosotros. En uno de ellos había venido a desembarcar en nuestra mesa aquella lámpara.

Entre nosotros su luz creaba esa misteriosa realidad de hacernos sentir con raíces, viniendo de un tiempo viejo. Sabíamos que en otros tiempos su luz había alumbrado fiestas bulliciosas; que en ocasiones había creado la sombra precisa para ocultar una mirada furtiva; y que su llama había mantenido la luz necesaria para alimentar las confidencias.

En aquellos tiempos viejos, quizá había sido en las noches de la llanura la única respuesta de luz en leguas a la redonda, para el diálogo de nuestros abuelos con las estrellas.

No la sentíamos vieja. Porque intuíamos que había superado el tiempo. De la misma manera no nos atrevíamos a llamar vieja a una fruta madura. Madura de alumbrar, había terminado por asumir la vida en sí misma. Uno sabía que esa madurez de vida era el combustible que le permitía seguir alumbrando quieto.

Porque tenía una rara manera de alumbrar sin hacer ruido: tenía una luz mansa.

Aparecía entre nosotros a eso de la oración; y su presencia en la mesa familiar convertía en liturgia esos ritos primordiales de partir en cada plato la polenta humeante y el guiso oscuro y fuerte.

Cuando luego de unos años de ausencia volví a mi familia, la vieja lámpara ya no estaba allí con su color bronce y su luz mansa. Pero su ausencia seguía creando ese hueco de silencio familiar.

El candil de la nona fue en mi vida uno de esos objetos vivientes que me enseñaron que los humanos también tenemos raíces.

publicado en el libro **La sal de la tierra**, Editorial Patria Grande.

Guía para el trabajo pastoral con el cuento El candil de la nona

por Marcelo A. Murúa

Lectura

Realizar la lectura del cuento en grupo. Es importante que todos los presentes tengan una copia del texto. Se pueden ir turnando dos o tres personas para leer el cuento en voz alta.

Rumiando el relato

Al terminar la lectura entre todo el grupo se reconstruye el relato en forma oral (se lo vuelve a contar).

El relato está armado sobre un objeto, ¿cuál era este objeto?

¿Por qué era significativo para el autor?

¿Qué recuerdos evoca esta lámpara de la abuela?

¿Qué descubre el autor, evocando este recuerdo, parte de su vida?

Elegir una frase del texto (releerlo rápido para ubicarla) que más le haya llegado/impactado a cada uno y compartirla en voz alta.

Descubriendo el mensaje

El cuento nos habla de nuestras raíces y de las cosas que se transforman en signo en nuestra vida.

¿Tienes algún objeto que guardes con especial cariño porque evoca algún significado importante en tu vida? Compartirlo con los integrantes del grupo.

El candil, la lámpara, comparten su luz que nos ayuda a ver con más claridad las cosas...

¿en tu vida qué te ayuda a ver mejor las cosas?

Hay objetos, situaciones, personas... que nos hablan más allá de lo que son, porque nos hablan al corazón, con un lenguaje "sacramental". Ver la vida con una mirada sacramental permite que la realidad se transforme y veamos nuevas dimensiones de la vida. La fe tiene mucho de esta "mirada sacramental". ¿Qué piensas de esto? Relacionar el cuento con la vida de fe de cada uno de nosotros. ¿Qué podemos aprender?

Compromiso para la vida

Sintetizar en una frase el mensaje que has descubierto en el cuento para tu vida. Compartirlo con los demás.

Para terminar: la oración en común

Leer entre todos la oración y luego poner en común las intenciones de cada uno.

Terminar con una canción.

Ver más allá de las cosas

*Señor,
ayúdanos a cambiar nuestra mirada,
a descubrir lo profundo
que se esconde
en lo cotidiano de la vida diaria.
Tú pasas cerca,
caminas la vida al lado nuestro.
Danos una mirada
que nos descubra tu presencia,
para aprender a rumiar la vida
y a saborear la existencia.*

- Que así sea, Señor -

Los anteojos de Dios

El cuento trata de un difunto. Anima bendita camino del cielo donde esperaba encontrarse con Tata Dios para el juicio sin trampas y a verdad desnuda. Y no era para menos, porque en la conciencia a más de llevar muchas cosas negras, tenía muy pocas positivas que hacer valer. Buscaba ansiosamente aquellos recuerdos de buenas acciones que había hecho en sus largos años de usurero. Había encontrado en los bolsillos del alma unos pocos recibos “Que Dios se lo pague”, medio arrugados y amarillentos por lo viejo. Fuera de eso, bien poca más. Pertenecía a los ladrones de levita y galera, de quienes comentó un poeta: “No dijo malas palabras, ni realizó cosas buenas”.

Parece que en el cielo las primeras se perdonan y las segundas se exigen. Todo esto ahora lo veía clarito. Pero ya era tarde. La cercanía del juicio de Tata Dios lo tenía a muy mal traer.

Se acercó despacito a la entrada principal, y se extrañó mucho al ver que allí no había que hacer fila. O bien no había demasiados clientes o quizá los trámites se realizaban sin complicaciones.

Quedó realmente desconcertado cuando se percató no sólo de que no se hacía fila sino que las puertas estaban abiertas de par en par, y además no había nadie para vigilarlas. Golpeó las manos y gritó el Ave María Purísima. Pero nadie le respondió. Miró hacia adentro, y quedó maravillado de la cantidad de cosas lindas que se distinguían. Pero no vio a ninguno. Ni ángel, ni santo, ni nada que se le pareciera. Se animó un poco más y la curiosidad lo llevó a cruzar el umbral de las puertas celestiales. Y nada. Se encontró perfectamente dentro del paraíso sin que nadie se lo impidiera.

–¡Caramba – se dijo – parece que aquí deber ser todos gente muy honrada! ¡Mirá que dejar todo abierto y sin guardia que vigile!

Poco a poco fue perdiendo el miedo, y fascinado por lo que veía se fue adentrando por los patios de la Gloria. Realmente una preciosura. Era para pasarse allí una eternidad mirando, porque a cada momento uno descubría realidades asombrosas y bellas.

De patio en patio, de jardín en jardín y de sala en sala se fue internando en las mansiones celestiales, hasta que desembocó en lo que tendría que ser la oficina de Tata Dios. Por supuesto, estaba abierta también ella de par en par. Titubeó un poquito antes de entrar. Pero en el cielo todo termina por inspirar confianza. Así que penetró en la sala ocupada en su centro por el escritorio de Tata Dios. Y sobre el escritorio estaban sus anteojos. Nuestro amigo no pudo resistir la tentación – santa tentación al fin – de echar una miradita hacia la tierra con los anteojos de Tata Dios. Y fue ponérselos y caer en éxtasis. ¡Que maravilla! Se veía todo clarito y patente. Con esos anteojos se lograba ver la realidad profunda de todo y de todos sin la menor dificultad. Pudo mirar profundo de las intenciones de los políticos, las auténticas razones de los economistas, las tentaciones de los hombres de Iglesia, los sufrimientos de las dos terceras partes de la humanidad. Todo estaba patente a los anteojos de dios, como afirma la Biblia.

Entonces se le ocurrió una idea. Trataría de ubicar a su socio de la financiera para observarlo desde esta situación privilegiada. No le resultó difícil conseguirlo. Pero lo agarró en un mal momento. En ese preciso instante su colega esta estafando a una pobre mujer viuda mediante un crédito bochornoso que terminaría de hundirla en la miseria por sécula seculorum. (En el cielo todavía se entiende latín). Y al ver con meridiana claridad la cochinado que su socio estaba por realizar, le subió al corazón un profundo deseo de justicia. Nunca le había pasado en la tierra. Pero, claro, ahora estaba en el cielo. Fue tan ardiente este deseo de hacer justicia, que sin pensar en otra cosa, buscó a tientas debajo de la mesa el banquito de Tata Dios, y revoleándolo por sobre su cabeza lo lanzó a la tierra con una tremenda puntería. Con semejante teleobjetivo el tiro fue certero. El banquito le pegó un formidable golpe a su socio, tumbándolo allí mismo.

En ese momento se sintió en el cielo una gran algarabía. Era Tata Dios que retornaba con sus angelitos, sus santas vírgenes, confesores y mártires, luego de un día de picnic realizado en los collados eternos. La alegría de todos se expresaba hasta por los poros del alma, haciendo una batahola celestial.

Nuestro amigo se sobresalto. Como era pura alma, el alma no se le fue a los pies, sino que se trató de esconder detrás del armario de las indulgencias. Pero ustedes comprenderán que la cosa no le sirvió de nada. Porque a los ojos de Dios todo está patente. Así que fue no más entrar y llamarlo a su presencia.

Pero Dios no estaba irritado. Gozaba de muy buen humor, como siempre. Simplemente le preguntó qué estaba haciendo.

La pobre alma trató de explicar balbuceando que había entrado a la gloria, porque estando la puerta abierta nadie la había respondido y él quería pedir permiso, pero no sabía a quién.

-No, no – le dijo Tata Dios – no te pregunto eso. Todo está muy bien. Lo que te pregunto es lo que hiciste con mi banquito donde apoyo los pies.

Reconfortado por la misericordiosa manera de ser de Tata Dios, el pobre tipo fue animado y le contó que había entrado en su despacho, había visto el escritorio y encima los anteojos, y que no había resistido la tentación de colocárselos para echarle una miradita al mundo. Que le pedía perdón por el atrevimiento.

-No, no – volvió a decirle Tata Dios – Todo eso está muy bien. No hay nada que perdona. Mi deseo profundo es que todos los hombres fueran capaces de mirar el mundo como yo lo veo. En eso no hay pecado. Pero hiciste algo más. ¿Qué pasó con mi banquito donde apoyo los pies?

Ahora sí el ánima bendita se encontró animada del todo. Le contó a Tata Dios en forma apasionada que había estado observando a su socio justamente cuando cometía una tremenda injusticia y que le había subido al alma un gran deseo de justicia, y que sin pensar en nada había manoteado el banquito y se lo había arrojado por el lomo.

-¡Ah, no! – volvió a decirle Tata Dios. Ahí te equivocaste. No te diste cuenta de que si bien te había puesto mis anteojos, te faltaba tener mi corazón. Imagínate que si yo cada vez que veo una injusticia en la tierra me decidiera a tirarles un banquito, no alcanzarían los carpinteros de todo el universo para abastecerme de proyectiles. No m'hijo. No. Hay que tener mucho cuidado con ponerse mis anteojos, si no se está bien seguro de tener también mi corazón. Sólo tiene derecho a juzgar, el que tiene el poder de salvar.

-Volvete ahora a la tierra. Y en penitencia, durante cinco años rezá todo los días esta jaculatoria: "Jesús, manso y humilde de corazón dame un corazón semejante al tuyo".

Y el hombre se despertó todo transpirado, observando por la ventana entreabierta que el sol ya había salido y que afuera cantaban los pajaritos.

Hay historias que parecen sueños. Y sueños que podrían cambiar la historia.

publicado en el libro **Cuentos Rodados**, Editorial Patria Grande.

Guía para el trabajo pastoral con el cuento **Los anteojos de Dios**

por Marcelo A. Murúa

Lectura

Realizar la lectura del cuento en grupo. Es importante que todos los presentes tengan una copia del texto. Se pueden ir turnando dos o tres personas para leer el cuento en voz alta.

Rumiando el relato

Al terminar la lectura entre todo el grupo se reconstruye el relato en forma oral (se lo vuelve a contar).

- ¿Qué sucede en el relato?
- ¿Cómo había sido la vida del protagonista del cuento?
- ¿Qué le llama la atención al llegar al Cielo?
- ¿Qué encuentra en la oficina de Dios? ¿Para qué lo usa?
- ¿Cómo reacciona al contemplar el mundo con los "anteojos" de Dios?
- ¿Qué le dice Dios al encontrarlo?

Descubriendo el mensaje

El cuento nos habla de la capacidad de juzgar a los demás, tarea que sólo compete al Dios de la Vida.

¿Te ha sucedido alguna vez una situación semejante a la del protagonista?

Jesús nos advierte sobre "ver la pelusa en el ojo ajeno y no la viga en el propio". Relacionar estas palabras de Jesús con el cuento.

¿Qué mensaje nos deja el cuento sobre Dios y sobre nosotros mismos?

¿Cómo debemos actuar en consecuencia?

Compromiso para la vida

Sintetizar en una frase el mensaje del cuento para nuestra vida.

Sorgo y Chamico

El sorgo estaba chico. Tal vez a no más de una cuarta de altura. Y el verano había exagerado la sequía con varios días de viento norte.

A la hora de la siesta era casi preferible no mirar el sorgal. Su aspecto era más vale desalentados. Chamuscado como estaba por el calor y el viento norte, el pequeño sorgal mostraba el sufrimiento de la sequía.

Sólo el chamico parecía gozar de privilegio. Aunque mirado bien y de cerca, también él mostraba los efectos de la sequía. Lo malo era que había mucho chamico. Y para el sorguito eso representaba un doble peligro.

Un peligro presente, ya que el chamico - nacido antes que el sorgo - lo aventajaba en vigor y le quitaba gran parte de la poca humedad que tenía esa tierra reseca por el sol del verano que empezaba recién. Y además era un peligro futuro. Sorgo y chamico semillarían juntos. Y juntos terminarían en los silos, y juntos pasarían a la molida. Y dicen que la semilla de chamico es venenosa. Que hace abortar a las preñadas. Y era una pena que el fruto de ese sorgal destinado a alimentar a los demás, estuviera envenenado por el fruto abortivo del chamico.

Había que tomar una decisión. Me llamaron para que viera el sorgal. A esa hora el sol ya apretaba, y el viento norte se dejaba sentir.

¡Me dio pena el sorgo! Había algo de tristeza en sus hojas, un cierto cansancio y ganas de no seguir aguantando más. El chamico aparecía potente, con sus hojas anchas y redondas, junto a las hojas afiladas de las plantitas del sorgal.

Una solución parecía imponerse. La de los manuales. Una fumigación con herbicida, si fuera posible esa misma tarde. Fumigación aérea era, o parecía ser, lo más seguro, lo más rápido. Al no estar todavía protegido por el sorgo, el chamico presentaba toda su superficie a la fumigación y el efecto del herbicida ofrecía la seguridad de realizarse sobre la maleza. Tomándolo de tardecita, con viento quieto y algo de rocío, el herbicida quedaría sobre las hojas. A la mañana siguiente, con el apretar del sol, el castigo del veneno actuaría con todos sus efectos.

Sí. Todo eso estaba bien, pensando en la manera de frenar o eliminar el chamico. Pero ¿y el sorguito?

Estaba el sorguito justo en ese momento de su crecimiento en que abiertas sus hojas, ofrece el follaje al aire y a la luz mostrando su cogollo central, esa zona donde se genera la vida. El herbicida entraría también allí y seguramente haría su efecto.

Era un pésimo momento para fumigarlo. Ni demasiado chico, ni demasiado grande. Y además sufrido por la dura experiencia de una sequía que lo venía maltratando casi desde su madrugara.

El peligro estaba en que el sorguito no aguantaría la sacudida de la fumigación. Tal vez terminara por secarse definitivamente. Y aunque quizá no se llegara a eso, era seguro que el tratamiento frenaría su desarrollo y que el rinde del sorgal perdería un gran porcentaje en el momento de la desgranada.

La decisión, ustedes comprenderán, no podía tomarla basándome en la bronca al chamico. Tenía que tomarla por amor al sorgal. En definitiva, ustedes estarán de acuerdo: lo que importaba en aquel campo no era la no existencia del chamico, sino la abundancia del sorgo.

Y el sorgo aquel aquella tarde no se fumigó. Tal vez no fuera una decisión de ingeniero; era simplemente un manejo de chacarero. De hombre con amor por su campo.

Pero pienso que hubo también detrás otro motivo. Aquel viento norte no podía durar eternamente. Los años pasados en el campo me decían que todo viento norte carga agua, y que al final explota en una tormenta que casi siempre termina en lluvia.

Había que tener fe en el cielo, que era quien podía mandarnos la lluvia.

Luego de la tormenta, y con el campo regado por ese llanto de las nubes, era probable que se pudieran tomar pequeñas decisiones para acompañar el crecimiento. Tal vez entrar a azada, o aporcar los surcos. Tal vez una fumigación terrestre.

En todo caso cosas que exigirían más tiempo, más dedicación, y bastante más esfuerzo. Cosas de las que sólo es capaz un chacarero. Porque él se queda comprometido con el campo. Mientras que el ingeniero prefiere las soluciones rápidas, ya que luego de tomadas, se va y tal vez sólo vuelve para la cosecha.

Para él el resultado se convierte en dato. Para el chacarero, en grano.

A veces pienso que en mi vida he tenido dos grandes suertes.

La primera es haber nacido en el campo y con eso haber conseguido un profundo cariño por la tierra y los sembrados. Como a mi tata le faltaba una pierna, siempre lo tuvimos en casa y de chiquitos nos hablaba y nos contaba muchas cosas cuando trabajábamos al lado suyo. Mi tata fue un gran hombre.

La segunda suerte que tuve fue que el primer ingeniero con el que me inicié era también un gran hombre. Recorriendo los sembrados, muchas veces me hablaba de sus hijos, de la cooperativa que organizaba en su barrio, y de su amor por los hombres. Fue un gran ingeniero: tenía corazón de chacarero.

publicado en el libro **La sal de la tierra**, Editorial Patria Grande.

Guía para el trabajo pastoral con el cuento **Sorgo y Chamico**

por Marcelo A. Murúa

Lectura

Realizar la lectura del cuento en grupo. Es importante que todos los presentes tengan una copia del texto. Se pueden ir turnando dos o tres personas para leer el cuento en voz alta.

Rumiando el relato

Al terminar la lectura entre todo el grupo se reconstruye el relato en forma oral (se lo vuelve a contar).

¿Qué sucedía en el campo sembrado con sorgo?

¿Qué dificultades había sufrido el sorgo? ¿Cómo estaba su crecimiento entonces?

¿Qué era el chamico? ¿Cuál era su peligro?

¿Qué alternativa se plantea para salvar la cosecha o parte de ella? ¿Qué inconvenientes tenía esta solución?

¿Qué hace finalmente el chacarero (hombre de campo)?

Elegir una frase del texto (releerlo rápido para ubicarla) que más le haya llegado/impactado a cada uno y compartirla en voz alta.

Descubriendo el mensaje

El cuento nos habla de lo bueno y lo malo, que frecuentemente está mezclado, en el mundo, en las personas, en uno mismo. Muchas veces en nuestra vida enfrentamos disyuntivas como la de este cuento.

¿Puedes relacionar la situación planteada en el cuento con alguna experiencia de tu vida personal?

Todos tenemos sorgo y chamico en nuestro propio sembrado (corazón)... ¿cómo hacer para que se desarrolle más lo bueno que tenemos?

Es interesante reflexionar sobre las características del pensar y obrar que el autor señala sobre el chacarero y el ingeniero.

Aplicalas a tu vida... ¿cómo actuás frente a circunstancias semejantes a este relato?

¿Qué aprendes para tu vida? ¿Cómo puedes aplicar el mensaje del cuento?

Compromiso para la vida

Sintetizar en una frase el mensaje que has descubierto en el cuento para tu vida. Compartirlo con los demás.

Para terminar: la oración en común

Leer entre todos la oración y luego poner en común las intenciones de cada uno. Terminar con una canción.

Lo bueno y lo malo

*Señor, en mi vida encuentro
trigo y maleza, cosas buenas y malas,
actitudes generosas y otras que hay que cambiar.
Ayúdame a discernir
y aprender a hacer crecer lo bueno
y tener paciencia para lo que debo cambiar.
Dame un corazón sencillo para descubrir en mi vida,
en la de los demás y en el mundo,
todo lo bueno que hay.*

Los tres deseos

Este es un cuento viejo. Lo he escuchado mucha veces y de distintas manera. Pertenece a aquello que han rodado mucho y que vienen muy golpeados. Diría que no sólo lo he sentido contar en forma de cuento, sino que a veces en mi vida de cura lo he tenido que escuchar como historia. Claro que son muchas variantes, según los casos.

Erase una noche de invierno. Y en ella una pareja que habitaba un rancho frío, por el que se colaba el viento pampero haciendo parpadear el candil de sebo que lo alumbraba. Don Ciriaco y la Nemesia, su mujer, aparentemente ya no tenían nada que decirse. Hacía años que vivían juntos, y los hijos emplumados habían dejado el rancho buscando otros horizontes donde anidar. La ancianidad se les iba acercando despacio como para que tuvieran todo el tiempo de sentirle los pasos cansados.

Se encontraban uno frente al otro, simplemente porque el braserito improvisado con una lata, estaba entre ellos. Sus miradas clavadas en los carbones incandescentes que de vez en cuando chisporroteaban, buscaban mirar realidades muy lejanas. El diálogo ya parecía inútil. Se había desdoblado en dos monólogos interiores en el que cada uno soliloquiaba con sus propios recuerdos.

-¡Velay con mi triste suerte! – se decía Ciriaco -. Haber renunciado a tantas cosas por atarme a la Nemesia. Yo era tropero libre. Sólo los caminos eran mi querencia. Anidaba al sereno, y ente el montado y el carguero repartía mi cuerpo y mis cosas en mi libre andar de pago en pago. Pero un día me embretaron los ojos de la Nemesia, y me dejé pialar de parado nomás. Me aquerenció en este trozo de tierra, y aquí levanté este ranchito lleno de sueños, que ahora de apoco va despajando el pampero, yo que podría haber llegado a tener tropilla de un pelo con madrina y cencerro. Yo, que habría podido conocer mundo, aquí estoy, estaqueado entre dos horcones por haber creído que la Nemesia me iba a hacer feliz. Quizá la pobre no pudo dar más. Pero lo mismo. Aquí estoy y es esta mi triste suerte.

También la Nemesia tenía sus recuerdos para rumiar. Ella había sido la flor del pago. Cuántas veces los troperos al pasar habían detenido adrede sus fletes delante del rancho, con cualquier excusa, por el simple deseo de recibir de sus manos el mate cordial y prometedor. Si recordaba patente aquella tarde en que él, mozo guapo, con montado y carguero de tiro, había pedido humildemente permiso para desensillar en cualquier parte, mientras con la mirada decía bien a las claras, cual era el patio donde quería hacer pie. Tantas cosas había ella soñado aquella noche. Sus ilusiones le habían prometido un futuro feliz, con horizontes infinitamente más amplios que los de aquel rancho que terminaba con la mirada entre los cardos y el pajonal. Lo vio libre, y se imaginó que sería el creador de la libertad. Lo vio fuerte, y lo soñó el distribuidor de la firmeza y la seguridad. No estaba segura de haberse equivocado. Pero sentía pena que no le había podido llenar sus sueños.

Y así estaban los dos, en sus soliloquios, deseando imposibles y desperdiciando oportunidades. Pidiendo a Dios en el secreto de sus corazones todo aquello que creían podría llenar sus anhelos y curar sus frustraciones.

Y Dios los estaba escuchando. Como escucha todo lo que pasa por dentro del corazón de cada uno de nosotros, aunque no nos animemos a sacarlo hecho súplica y palabra. Y Tata Dios en su bondad quiso hacerles dar un paso hacia delante. Eligió a uno de sus mejores chasquis. Mandó al ángel Gabriel que fuera de un volido a llevarles su propuesta.

¡Impresionante el refucilo! A pesar de lo serenito de aquella noche de pampero frío en que las estrellas brillaban como nunca, el rancho fue sacudido por el trueno, y un relámpago lo llenó de luz. La Nemesia se santiguó, como en un conjuro, mientras que Ciriaco levantó instintivamente el brazo izquierdo a la altura de la cara, como si en él tuviera enrollado el poncho.

-¡Nómbrese a Dios! ¡La paz con ustedes! ¡No tengan miedo! – dijo Gabriel con tono tranquilo, como para infundirles confianza.

No podían creer lo que sus ojos veían a pesar del encandilamiento. En su mismo rancho, una ángel del cielo había aparecido, y les hablaba. Si parecía un sueño. Pero no. Ahí estaba, todo resplandeciente, hecho un temblor de luz, trayéndoles un mensaje del mismo Tata Dios para ellos dos.

-¡Nómbrese a Dios! ¡La paz esté con ustedes! – volvió a repetir el arcángel San Gabriel -. Vengo de parte de Tata Dios para anunciarles que El ha escuchado lo que ustedes piensan ,desean y andan diciéndose en su corazón. Y ahora les manda el siguiente recado: tres deseos se les van a cumplir. Los primeros que ustedes pidan. Usted, doña Nemesia, tiene derecho a pedir individualmente un deseo. El primero que pida en voz alta se le va a cumplir en el acto. Lo mismo para usted, don Ciriaco. Lo primero que se le ocurra en voz alta será cumplido en el acto. Piénselo bien cada uno. Porque más luego, tendrán todavía la oportunidad de un tercer deseo. Pero para que éste se realice tendrán que ponerse de acuerdo los dos y pedirlo en forma conjunta. Ya saben: piénsenlo bien, y que Dios esté con ustedes.

Dichas estas palabras el ángel desapareció como había venido, en medio de un refucilo de luces y temblor de plumas.

Imaginense cómo habrán quedado los dos esposos con semejante sorpresa. No podía hacerse a la idea. Pero al final tomaron conciencia de que la cosa era cierta. La primera en reaccionar fue la Nemesia. Como fuera de sí por la emoción, se levantó de un salto y tomando el banquito donde estaba sentada lo dio vueltas dando la espalda a su esposo, mientras le decía:

- ¡Por favor Ciriaco, no me digas nada, no me hables! Dejame pensar a solar lo que tendré que pedir. – Y luego exclamó para sí: ¡Ay, mi diosito lindo! Quien lo hubiera imaginado! Podré al fin cumplir mis sueños. Esos que el Ciriaco nunca pudo darme -.

Y extasiada consigo misma comenzó a pasar a toda velocidad la película de sus sueños, sus deseo y sus ambiciones personales. Pensó en pedir de nuevo la juventud, la belleza, las oportunidades. Luego se imaginó que todo eso era poco. Pediría plata, salud, larga vida. Tampoco así quedaba satisfecha del todo. Debería pedir además amistades, un palacio, vestidos, cantidad de sirvientes, y la oportunidad de hacer fiestas todas las semanas.

Mientras la Nemesia continuaba su soliloquio fantasioso, el Ciriaco hacía más o menos lo mismo. Dando vueltas la cabeza de vaca que le servía de asiento, comenzó a golpearse despacito las botas con la lonja de su rebenque, mientras soltaba la tropilla de ambiciones por los campos de su imaginación. Ya se veía al trotecito del redomón haciendo punta a su tropilla de un pelo, con madrina zaina y cencerro cantor. La estancia que pensaba pedir no tendría límites, y la hacienda que la poblaría no necesitaría ser contada. Hasta donde diera la vista, campo y cielo, todo sería de don Ciriaco.

En estos y otros pensamientos estaban ambos, mientras la noche seguía su curso y el pampero enfriaba cada vez más el interior del rancho. Entumecida por la inmovilidad y la temperatura exterior, la Nemesia volvió a la realidad buscando con los ojos el brasero. Se dio vuelta y volvió a estirar sus manos sobre él para calentarse un poco. Y cayó en la trampa. Al ver aquellas brasas rojas y sobre ellas la parrillita, no va y se le cruza el maldito con una tentación haciéndole imaginar un chorizo chirriando sobre los carbones encendidos. Imaginarlo y desearlo es casi lo mismo. Lo peor fue que lo expresó en voz alta:

-¡Qué hermosas brasas! ¡Cómo me gustaría tener aquí sobre la parrillita un chorizo de dos cuartas de largo asándose!

¡Para qué lo habrá dicho! Aunque ni se le había pasado por la mente que este sería su pedido, de hecho lo fue. Decirlo y suceder fue lo mismo. Porque en ese preciso instante un hermoso chorizo aparecido milagrosamente goteando grasa en el centro del brasero, sobre la parrillita.

Nemesia pegó un grito. Pero ya era tarde. Su pedido estaba realizado. Se quedó atónita mirando el fuego y sintiendo el crepitar de las gotitas de grasa al caer sobre las brasas, mientras un humo apetitosos comenzaba a llenar el rancho. Ciriaco, que casi ni había escuchado a su mujer, volvía la realidad con su grito. Fue ver, y darse cuenta de lo sucedido. Y como era hombre de genio arrebatado y de palabra rápida, también él cayó en la trampa que parecía pensada por el mismo Mandinga. Se levantó de un salto y dirigiéndose a su mujer la apostrofó:

-¡Pero mujer! Tenías que ser siempre la misma. Mirá lo que has hecho. Venir a gastar la gran oportunidad de tu vida pidiendo solamente un miserable chorizo. Si sería como para sacarte zumbando ahora mismo del rancho. Tenías que ser vos, siempre la misma arrebatada, incapaz de pensar con la cabeza antes de meter la pata. ¡Cómo me gustaría que este chorizo se te pegara en la nariz y no te lo pudieras sacar!

¡Para qué lo habrá dicho! Porque el hombre no imaginó que al decir aquello estaba expresando en voz alta su primer deseo. De esto solo se percató cuando ante sus ojos asombrados vio cómo el chorizo pegaba un brinco desde el brasero para ir a colgarse de la punta de la nariz de Nemesia. Imaginense el grito de

dolor y de rabia de la mujer al sentir que su nariz ardía por la quemadura, lo mismo que sus dedos al querer sacárselo.

La escena que siguió no es para describir, sino para imaginar. Porque ahora le tocó el turno a la Nemesia, que arremetió con todo lo peor de su abundante vocabulario para hacerle sentir al Ciriaco la enormidad de lo que acababa de realizar. Porque no sólo había malgastado también él su oportunidad, sino que lo había hecho provocándole semejante estropicio a ella.

Todo fue inútil para calmarla. El Ciriaco se arrodilló, suplicó, lloró, prometió, quiso hacer que la Nemesia se calmara para reflexionar. Pero nada. Y no era para menos. Gritaba pidiendo que se llamara inmediatamente al ángel para que en forma conjunta le pidieran que se pudiera sacar de su nariz ese maldito chorizo que la estaba martirizando.

Ciriaco sintió que el mundo se le venía abajo. Acababan de desperdiciar ambos su oportunidad personal, y ahora veía con angustia que tendrían que malgastar también la tercera posibilidad de ser felices, simplemente tratando de arreglar el desastre que habían provocado. Pero no le quedaba otra alternativa que ceder. Y con pena cedió.

El ángel fue llamado. Apareció en el pobre rancho llenándolo nuevamente de luz. Escuchó con bondad la súplica compungida del hombre en favor de su mujer, y simplemente dijo:

-¡Hágase como ustedes han deseado!

En aquel mismo instante todo volvió a estar como al principio. Solamente que a la pobre Nemesia le quedó ardiendo la nariz, y por todo el rancho los cuzcos y perros grandes andaban husmeando en busca del chorizo desaparecido.

A veces se me ocurre pensar que el cuento podría haber terminado diferente, si lo hubiera podido inventar yo. Me lo imaginaría al Ciriaco tomándolo de las manas a la Nemesia, y mirándola profundamente a los ojos, le diría:

-Al fin tengo la oportunidad de cumplir tus sueños. Quisiera saber cuáles son tus esperanzas y anhelos, porque deseo gastar esta gran oportunidad de mi vida, en tu favor.

Emocionada la Nemesia le respondería más o menos de la misma manera. Gastaría su oportunidad pidiendo que se cumplieran los sueños de Ciriaco.

Y todavía les quedaría la tercera posibilidad conjunta. Sugiero que la piensen ustedes mismos. Porque este cuento tiene que completarlos cada uno según el momento del cuento en que esté.

publicado en el libro **Cuentos Rodados**, Editorial Patria Grande.

Guía para el trabajo pastoral con el cuento Los tres deseos

por Marcelo A. Murúa

Lectura

Realizar la lectura del cuento en grupo. Es importante que todos los presentes tengan una copia del texto. Se pueden ir turnando dos o tres personas para leer el cuento en voz alta.

Rumiando el relato

Al terminar la lectura entre todo el grupo se reconstruye el relato en forma oral (se lo vuelve a contar).

- ¿Qué sucede en el relato?
- ¿Quiénes son los protagonistas?
- ¿Quién se acerca y para qué?
- ¿Cómo reacciona cada uno de los esposos?
- ¿Qué sucede con los deseos?
- ¿Cómo termina la historia?

Descubriendo el mensaje

Este cuento nos hace pensar en muchas cosas: la relación de pareja, el diálogo y la convivencia, la capacidad de buscar consensos, la paciencia por el otro...

- ¿El cuento te recuerda o evoca alguna situación que hayas vivido? ¿Cuál? Compartirla con otros.
- ¿Cómo podrías caracterizar las reacciones de los esposos? Comparalas con las tuyas propias.
- ¿Te identificas con alguna parte del cuento? ¿Con cuál y por qué?
- ¿Qué actitudes crees que le faltaron a los esposos? ¿Qué dificultades existen para vivir esas actitudes en la vida cotidiana?
- ¿Qué mensaje nos deja el cuento?
- ¿Cómo debemos actuar en consecuencia?

Compromiso para la vida

Sintetizar en una frase el mensaje del cuento para nuestra vida.

Para terminar: la oración en común

Leer entre todos la oración y luego poner en común las intenciones de cada uno.
Terminar con una canción.

Primero los otros

*Primero los otros,
los que me rodean,
los que me acompañan,
los que conozco y amo
y también aquellos que no conozco.
Buen amigo Jesús
tú nos enseñaste
que lo primero en la vida
son los demás
porque el que da su vida
por los otros
vive verdaderamente el amor.
Ayúdame a pensar
primero en los demás.*

Lo inmediato y la noche

La abundancia de luz nos regala lo inmediato. Es nuestro este árbol, este pájaro, esta flor. Nuestra mirada se aquerencia en lo que está cerca, en los que nos rodea. Nos quedamos quietos en medio de nuestra jaula de cosas, y todo viene hasta nosotros traído por esa luz que abunda. Los colores, las formas, el movimiento: todo llega hasta nosotros, como llega el alimento hasta el enjaulado que termina por creerse el centro de todo lo que existe.

La jaula de la luz abundante puede amputar en nosotros la capacidad de volar. Y el que es incapaz de volar, termina por reducir la realidad a su pequeña realidad. Todas estas cosas que él cree poseer, y que en realidad lo poseen a él, pueden terminar por convertirse para él en lo único que existe; o en lo único que vale la pena pensar que existe. Terminará así por olvidar que en su misma tierra existen desiertos y ríos, montañas con nieve y selvas con pájaros en libertad. Terminará por no importarle que existan océanos y hombres que los navegan. Aunque sepa que existen otros mundos más allá de su propio planeta, esos mundos no le interesan para nada, y piensa que nada tiene que aportar a su vida de jaula en su pequeña geografía satisfecha.

Y es entonces cuando viene la noche. La noche que nos empobrece radicalmente. Que al quitarnos la luz, nos arrebatata todo lo inmediato. La noche que desenjaula en nuestro interior todos esos viejos miedos; que nos hace sentir pobres y desprotegidos. Que nos vuelve a hacer sentir la necesidad de creer en el ángel de la guarda. En que nuestro niño se despierta y vuelve a buscar refugio en su madre.

Y la noche, al quitarnos con la luz la presencia de lo inmediato, vuelve a encender allá arriba, muy lejos, la luz de las estrellas inmensas.

Porque las estrellas necesitan de la oscuridad para poder brillar. O tal vez no sean las estrellas las que necesiten de la oscuridad. En realidad somos nosotros los que necesitamos ser liberados de nuestra pequeña jaula luminosa, para así ser capacitados de poder ver esos inmensos astros de las lejanías que estaban allí, brillando desde siempre. Porque al arrebatarnos lo inmediato, la oscuridad nos capacita para ver lo real que brilla mucho más lejos. Nos ensancha el horizonte a las dimensiones del universo. Obliga al hombre a emprender el vuelo. La presencia de las estrellas en la noche ha permitido a los hombres largarse tierra adentro, hacerse navegantes.

Cuando la oscuridad de un hombre se preña con una estrella, su Noche mala se convierte en Noche Buena. La oscuridad nos da la oportunidad del silencio y nos capacita para la búsqueda. Nos obliga a ir hombre adentro y nos invita a adentrarnos en el mar. Hay estrellas inalcanzables que regalaron a ciertos navegantes audaces nuevos continentes. Eran hombres con capacidad de largarse al mar, mineros de la noche con la sola luz de una estrella.

Lo fecundo de la noche no está en que nos libera de las cosas inmediatas, sino que libera en nosotros la capacidad de ver más allá de lo inmediato. Nos obliga a ver lo exigente más allá de lo útil. Nos hace superar la necesidad y nos hace crecer hasta el deseo. Por eso nos capacita para la renuncia.

El dolor y la pobreza son fecundos, sólo si nos capacitan para volar.

publicado en el libro **La sal de la tierra**, Editorial Patria Grande.

Guía para el trabajo pastoral con el cuento Lo inmediato y la noche

por Marcelo A. Murúa

Lectura

Realizar la lectura del cuento en grupo. Es importante que todos los presentes tengan una copia del texto. Se pueden ir turnando dos o tres personas para leer el cuento en voz alta.

Rumiando el relato

Al terminar la lectura entre todo el grupo se reconstruye el relato en forma oral (se lo vuelve a contar).

¿De qué nos habla el autor en el cuento?

¿Por qué habla de la jaula de la luz?

¿Qué nos dice de la noche y las estrellas?

Elegir una frase del texto (releerlo rápido para ubicarla) que más le haya llegado/impactado a cada uno y compartirla en voz alta.

Descubriendo el mensaje

El cuento nos habla de la luz y de la noche. Estamos acostumbrados a adjudicar significados positivos a la luz, pero Mamerto nos sorprende descubriéndonos un aspecto menos considerado, el deslumbramiento, o exceso de luz que nos puede quitar la capacidad de ver, de hacer silencio, de buscar... La noche, figura de la oscuridad interior y de la apertura a lo nuevo, se presenta como espacio creativo y fecundo, momento de gestación de utopías, que engendra y nos recuerda nuestra capacidad de volar y trascender..

En tu vida, ¿qué cosas te causan este deslumbramiento de lo inmediato que dificulta percibir las cosas importantes o destierran de nosotros la capacidad de volar?

¿Hay estrellas en tu vida que orienten tus sueños, tus utopías, que amplíen el horizonte de lo cotidiano? ¿Eres fiel a esas utopías que el Señor va poniendo en tu camino?

La oscuridad nos da la oportunidad del silencio y nos capacita para la búsqueda, ¿cómo vives esto en tu vida? ¿Tienes momentos de silencio, te regalas espacios de búsqueda?

¿Qué aprendes del cuento para tu vida? ¿Cómo puedes aplicar el mensaje del cuento?

Compromiso para la vida

Sintetizar en una frase el mensaje que has descubierto en el cuento para tu vida. Compartirlo con los demás.

Para terminar: la oración en común

Leer entre todos la oración y luego poner en común las intenciones de cada uno.

Terminar con una canción.

Silencio, noche y renuncia

*Señor,
enséñame a hacer silencio,
a callar en el interior.
Abre mis oídos
a la escucha profunda...
para conocer tu voz.*

*Señor,
anímate a hacer noche,
a cerrar los ojos
para abrir el corazón.
Descúbreme tu mirada
enséñame a buscar más allá.*

*Señor,
muéstrame el camino de la renuncia,
que calle para que tu hables,
que no vea, para que tu me me hagas mirar
(con tu mirada)
que me despoje
para comenzar a buscar de nuevo.*

*Libera en mí, Señor de la Vida,
la fecundidad del silencio,
de la noche y la renuncia,
para aprender, para descubrir,
para recuperar ideales y sueños,
para vivir la utopía del Evangelio*

La novia y la novicia

Diez pretendientes tuvo Ruperta. Bueno, claro, no simultáneamente los diez. Pero siempre se dio el lujo de decirles que no. Cuando alguno se ponía más insistente, y buscaba oportunidad de entrar en su vida, decididamente cortaba con una negativa que lo alejaba sin explicaciones.

Cuando dijo el primer no, tenía clara conciencia de que aún le quedaban al menos nueve sí como posibles. Y como era joven y bonita, la seducía la idea de vivir de los posibles. Por ello el decir un no, la gratificaba asegurándola en su posición un tanto romántica de estar disponible para no sé qué futuro.

Pero era evidente que con decir simplemente que no, el futuro no se construía. Cada negativa la dejaba exactamente donde estaba, y cada vez un poco más cerrada sobre sí misma. A medida que crecía el número de sus no, se iban acortando proporcionalmente las posibilidades de sus sí.

Y pasaron los años. Cuando pegó la curva de los treinta y cinco, se dio cuenta de que su actitud conducía a nada. Apagó sus humos, reflexionó sobre su vida, y se abrió a los demás. Y aunque humanamente tuvo que renunciar a muchas de sus expectativas, por último corajió una de las posibilidades y comenzó su primer noviazgo a fondo. Lo defendió con uñas y dientes, sobre todo de sí misma y de sus ilusiones un tanto adolescentes. Y finalmente se dio cuenta de que valía la pena decir un sí a la vida y al amor.

La mañana que se casaron – porque se casaron de mañana – unas cuantas amigas la acompañaron en su ceremonia. Todas se emocionaron felicitándola por el paso que daba. Quizá las amigas no se daban cuenta que Ruperta al decir en esa mañana su sí, englobaba en él todos los no a las futuras posibilidades que se le pudieran presentar. Porque aquella aceptación incluía definitivamente la renuncia a todos los otros hombres que pudiera presentársele en su vida. Pero eran personas realistas. Por ello se alegraron sinceramente por su elección. Sabían que sólo a través del sí, ella se ponía en marcha hacia el futuro, hacia la vida. Nadie se preocupaba de las renunciadas encerradas en aquella elección.

La sobrina de Ruperta tenía diecisiete años. Llena de vida y con todo el futuro que le sonreía a través de los sueños de sus viejos, y de las aspiraciones de sus amistades. Había terminado quinto y tenía que decidir. Varias carreras eran posibles. Tenía inteligencia ella, y dinero sus padres. Pero desde el retiro de setiembre, algo le andaba bullendo dentro de su corazón de muchacha. Sentía que Cristo le pedía un sí entero. Y a ella le entusiasmaba la idea de decirle que sí, aunque le asustaba un poco lo que podría encerrar para el futuro.

Cuando se supo que entraba al convento, se armó un bonito revuelo entre los parientes, sobre todo entre los y las que ya habían doblado la curva de los treinta y cinco. No les entraba en la cabeza que esta chica pudiera decir de golpe que no a tantas cosas que la vida le ofrecía como posibles, sin siquiera haberlas probado. Los tenía obsesionados la idea de que la chica al entrar al convento renunciaba a un futuro profesional, a una pareja feliz, a los hijos. Renunciar a tanto ¿pero qué necesidad había? ¿Quién le habría metido en la cabeza semejante idea? Se hablaron barbaridades y se dijeron estupideces sobre las monjas a cuyo colegio sus papis la habían mandado desde pequeña, porque era un colegio bien y daba status. Se criticó al cura que les había dado el retiro de setiembre a las chicas de quinto, y discretamente la andanada salpicó a los padres que inconscientemente le habían dado el permiso para hacerlo.

En fin lo curioso fue que muy poco realmente pensaron que lo que la muchacha estaba haciendo no era decir que no a nada. Simplemente decía que sí a Alguien. Era ese sí el que encerraba tantos no. No había ninguna necesidad de esperar a los treinta y cinco como hizo la Ruperta, que se dedicó a decirlos en cómodas cuotas mensuales durante veinte años, para aflojar recién a la fuerza un sí medio tibión empollado por una nidada de no anteriores.

La conozco a esta joven, que es hoy una gran religiosa. Conserva toda la frescura de un sí grandote dicho desde el principio.

publicado en el libro **Cuentos Rodados**, Editorial Patria Grande.

Guía para el trabajo pastoral con el cuento La novia y la novicia

por Marcelo A. Murúa

Lectura

Realizar la lectura del cuento en grupo. Es importante que todos los presentes tengan una copia del texto. Se pueden ir turnando dos o tres personas para leer el cuento en voz alta.

Rumiando el relato

Al terminar la lectura entre todo el grupo se reconstruye el relato en forma oral (se lo vuelve a contar).

- ¿Qué sucede en el relato?
- ¿Quiénes son las protagonistas?
- ¿Qué actitudes tiene cada una de ellas?
- ¿Cómo reaccionan los familiares/amigos ante sus decisiones?
- ¿Qué sucede con los deseos?
- ¿Cómo termina la historia?

Descubriendo el mensaje

El cuento nos hace reflexionar sobre nuestras decisiones, sobre nuestra libertad, y sobre las opciones importantes que hacemos en la vida... las opciones por seguir a Jesús.

¿El cuento te recuerda o evoca alguna situación que hayas vivido? ¿Cuál? Compartirla con otros.

¿Cómo podrías caracterizar a cada una de las protagonistas? Compara el proceso de decisión que vive cada una de ellas. ¿Cómo es el sí de cada una? ¿Qué implica esa opción? ¿A qué dicen sí y no con sus decisiones?

¿Qué significa decidir, optar?

¿Has tenido que optar por Jesús a lo largo de tu vida? ¿Qué implicó esas decisiones?

La sobrina de Ruperta, que eligió ser religiosa, sabía que renunciaba a muchas cosas en la vida, para vivir otras, y vivió esa renuncia con alegría y coraje. ¿Cómo vives tú las renunciaciones que el Señor te va pidiendo en la vida?

¿Qué mensaje nos deja el cuento?

¿Cómo lo puedes aplicar a tu vida?

Compromiso para la vida

Sintetizar en una frase el mensaje del cuento para nuestra vida.

Para terminar: la oración en común

Leer entre todos la oración y luego poner en común las intenciones de cada uno.

Terminar con una canción.

Ayúdame a decir sí

*Ayúdame a decir sí,
para responder a tu llamado,
que siempre me regala
un desafío nuevo,
un crecimiento posible,
una huella que se abre...
Ayúdame a decir sí,
que es decir no a muchas cosas
para responder con la vida
a Alguien que me llama,
porque me ama
y quiere lo mejor para mi vida.*

*Ayúdame, Señor,
a decirte que Sí.*

- Que así sea -

La pobreza y la fe

No habrá tenido mucho. Pero lo que tenía era muy suyo. Sobre todo, porque de tanto llevarlo encima había terminado por sentir indispensables todas esas realidades: sus botas, su poncho, sus ropas, su chambergo y su facón.

¡Habían compartido tantas cosas juntos, que había terminado por encariñarse con todo eso! Más que cosas suyas, las sentía como parte de sí mismo. Como realidades de su misma historia. Al sentir consigo todas esas realidades, se sentía viviendo una historia con continuidad: historia con pasado. Y todo hombre que está en camino siente la tentación del pasado. Tentación que se concretiza en el poseer; en el no dejar.

Al llegar a la orilla de ese río, la opción le resultó dura. Esa realidad del río que atravesaba como un tajo su camino, le exigía una decisión dolorosa. No es que no quisiera atravesarlo; ¡sí para eso se había puesto en camino! Lo duro no estaba en vadearlo; sino en que para vadearlo debía tomar una actitud nueva frente a todas sus cosas viejas; frente a todo lo que era suyo; frente a todo lo que se le había adherido.

Todo bicho exigido a dejar el pellejo, busca arrinconarse. Lo busca hasta el gusano que quiere ser mariposa. Para poder crecer hasta el volido, necesita aceptar el retiro del capullo. La rosa y el gusano lo hacen por instinto; al cristiano, por ser hombre, le toca decidirlo.

Al llegar a la orilla del río, nuestro hombre se acurrucó en silencio. Antes de despojarse por afuera necesitaba unificarse por dentro. Necesitaba mirar la correntada, dejar que ella le entrara por los ojos y se le fuera corazón adentro. Necesitaba que el corazón pasase primero, para poder luego seguirlo su cuerpo. En esa actitud se le fue la tarde, y la noche le cayó encima con todo su misterio. Y en esa actitud lo pilló el lucero. Fue entonces recién cuando dijo: “sí”. Un sí que lo venía arreando desde lejos. El mismo sí, que lo pusiera en movimiento al comienzo.

Despacio se puso de pie, se quitó el poncho y lo tendió en el suelo. Se sacó las botas y las colocó en el centro. Luego el facón, el pañuelo, la faja y el chambergo. A cada pilcha que entregaba, el hombre se iba empobreciendo. Los grandes momentos de la vida no necesitan dramatismo. El drama es el escenario ficticio que necesitan ciertos acontecimientos cuando carecen de suficiente espesor para impactarnos por sí mismos. O cuando no han sido aceptados por la rumia y nos resultan indigestos.

Por eso el hombre, sin broma ni drama, ató las cuatro puntas del poncho que contenía todo lo suyo. Lo voleó tres veces como un lazo para darle impulso y lo tiró por encima de la correntada para que fuera a caer a la otra orilla. De este modo colocaba lo suyo allí donde él mismo debía llegar. Hacía que lo suyo se le adelantara para esperarlo en la meta.

Y allí quedó él, en la orilla de acá, liberado de todo para poder vadear mejor ese río y urgido a vadearlo para poder encontrarse con todo lo suyo, que lo había precedido. Porque era un hombre que amaba profundamente lo suyo.

Nada se ha de perder de lo que el Padre nos ha dado.

Hace más de veintitrés siglos un joven salmista, al que le pasó algo parecido, le decía al Señor en un largo poema:

Yo pongo mi esperanza en vos Señor, que no quede frustrada mi esperanza (Salmo 118)

publicado en el libro **La sal de la tierra**, Editorial Patria Grande.

Guía para el trabajo pastoral con el cuento La pobreza y la fe

por Marcelo A. Murúa

Lectura

Realizar la lectura del cuento en grupo. Es importante que todos los presentes tengan una copia del texto. Se pueden ir turnando dos o tres personas para leer el cuento en voz alta.

Rumiando el relato

Al terminar la lectura entre todo el grupo se reconstruye el relato en forma oral (se lo vuelve a contar).

- ¿De qué nos habla el autor en el cuento?
- ¿Quién es el protagonista del relato?
- ¿A qué cosas le tenía mucho afecto?
- ¿En qué encrucijada se encuentra al tener que cruzar un río?
- ¿A qué cosas le tenía mucho afecto?
- ¿Qué proceso hace para decidir? ¿Cuál es su decisión?

Elegir una frase del texto (releerlo rápido para ubicarla) que más le haya llegado/impactado a cada uno y compartirla en voz alta.

Descubriendo el mensaje

El cuento nos habla de la vocación y la fe. ¡Cuántas veces para continuar el camino tenemos que hacer renunciaciones y arriesgar!

En tu vida, ¿te has encontrado en encrucijadas dónde hay que hacer renunciaciones para seguir adelante? ¿En qué situaciones?

Releé el proceso que realiza el hombre mientras toma la decisión, intenta describir ese proceso y aplicarlo a tu vida cuando tomas decisiones importantes.

¿Qué cosas deberías poner en "tu poncho" a la hora de cruzar el río? ¿De qué cosas tendrías que liberarte? ¿Qué cosas te atan demasiado?

La frase del salmo con la cual termina el cuento nos habla de la confianza en el Señor, cimiento indispensable para cualquier decisión en el camino de fe. ¿Cómo vives esto de poner toda tu esperanza en el Señor? ¿Qué situaciones de tu vida necesitas poner en las manos de Dios?

¿Qué aprendes del cuento para tu vida? ¿Cómo puedes aplicar el mensaje del cuento?

Compromiso para la vida

Sintetizar en una frase el mensaje que has descubierto en el cuento para tu vida. Compartirlo con los demás.

Para terminar: la oración en común

Leer entre todos la oración y luego poner en común las intenciones de cada uno.

Terminar con una canción.

En tus manos mi esperanza, Señor

En tus manos mi esperanza, Señor.

Ante ti te muestro mi vida,

lo que alegra

y lo que me preocupa,

mi realidad

y mis sueños,

mi ayer, el hoy y mi mañana.

Me confío en tí, Dios de la Vida,

para que me guíes por tus caminos.

En tus manos pongo mi horizonte

para que tu amanezcas

en mi camino.

En tus manos pongo mi esperanza

porque confío en tí, Señor,

y quiero ser fiel a tu proyecto.

Dame fuerzas, Señor,

para vivirlo.

- Que así sea, Señor -

Oración insistente

Lo del casorio de la Ruperta, dicen que fue así. Ella trabajaba de maestra en el colegio de las monjas donde ibas su sobrina. Antes de comenzar sus horas de clase solía hacer una disparada hasta la capilla para satisfacer sus devociones. Y de paso, tratando de que nadie la viera, le hacía un saludito a San Antonio, que desde su hornacina atendía los pedidos referentes a su especialidad. La verdad que nunca se lo rezó en forma demasiado confesada. Pero con el saludo de la Ruperta, seguramente el santo comprendía los sobreentendidos que se contenían.

El que sí convertía su rezo en un pedido explícito, era quien sería su futuro esposo. Cada mediodía, cuando acababa su trabajo, no dejaba de arrimarse hasta la capilla del colegio, y sin rubor alguno se iba derecho a San Antonio y masculinamente, sin vueltas, le suplicaba le diera una manito para conseguir compañera. Ya tenía la casita terminada, y casi cumplidos los cuarenta. No podía darse el lujo de entretenerlo a San Antonio con indirectas. Por eso su súplica era muy concreta, y el tiempo la había vuelto insistente:

-¡San Antonio Bendito, consígueme novia!

La plegaria como digo, se fue volviendo insistente, y terminó por ser casi agresiva. Porque el hombre estaba dispuesto a pagar cualquier precio, con tal de ser escuchado. Prometió velas, le compró flores, le ponía plata en la alcancía. Y sobre todo le rezaba. Oración que se prolongaba en cuanto al tiempo y se intensificaba respecto al contenido. Al final ya se transformó en algo que tenía bastante de súplica, y mucho de amenaza.

Un día la cosa tenía que explotar. Porque aparentemente el santo se mantenía imperturbable, sin siquiera dignarse responder a su devoto peticionario. Firme en su hornacina, no decía ni sí ni no. Simplemente lo miraba con sus celestes ojos de vidrio, como atendiendo sin comprender la pena del pobre hombre. La pena un día se hizo rabia, y ésta estalló. Poniéndose de pie frente al santo lo tomó de la sotana y levantándolo en peso le pegó una sacudida, mientras le decía:

-¿Me vas a escuchar, o no vas a escuchar de una buena vez? ¿Hasta cuándo, me vas a tener penando? Un día voy a perder la paciencia y te voy a tirar por la ventana, santo y todo como sos.

Asustado casi por su propia irreverencia volvió a colocar la imagen de madera en su lugar, esperando que su actitud hubiera impresionado al santo. Pero al día siguiente todo estaba igual. Y esta vez la cosa fue en serio. Porque luego de la sacudida, literalmente el santo fue tirado con violencia por la ventana alta de la capilla que daba al patio. Justo en el momento en que Ruperta abandonaba el aula para regresar a su casa. Tan justo fue, que la imagencita así arrojada fue a estrellarse contra la espalda, provocándole un susto mayúsculo. Al descubrir la causa, recogió la imagencita, y hecha una fiera entró como tormenta en la capilla. Se dirigió enérgicamente donde estaba el pobre hombre, que asustado no sabía qué hacer. No había sido esa su intención. Pero lo mismo tuvo que escuchar el tremendo chaparrón que se le descargó encima.

Apagado el fuego inicial, vino la parte referente a las disculpas y excusas, luego la de la reconciliación y finalmente la de las confidencias. Al mes ya estaban semiarreglados. Al poco tiempo la cosa ya era algo en firme.

La mañana en que se casaron en la capilla del colegio de las monjas, cuando salían tomados de la mano y bajo los arpegios del armonio familiar, instintivamente ambos miraron hacia la imagencita del santo. Y hubieran jurado que éste les había guiñado el ojo.

A veces los violentos llegan a arrebatarse el cielo. En todo caso la insistencia es un ingrediente importante en la oración de petición. Está en los evangelios.

publicado en el libro **Cuentos Rodados**, Editorial Patria Grande.

Guía para el trabajo pastoral con el cuento Oración insistente

por Marcelo A. Murúa

Lectura

Realizar la lectura del cuento en grupo. Es importante que todos los presentes tengan una copia del texto. Se pueden ir turnando dos o tres personas para leer el cuento en voz alta.

Rumiando el relato

Al terminar la lectura entre todo el grupo se reconstruye el relato en forma oral (se lo vuelve a contar).

- ¿Qué sucede en el relato?
- ¿Quiénes son las protagonistas?
- ¿Cuál era la situación de cada uno?
- ¿Qué le pedían ambos a San Antonio?
- ¿Cómo puedes describir la oración de cada uno?
- ¿Cuál es el hecho que determina el encuentro de ambos personajes?
- ¿Cómo termina la historia?

Descubriendo el mensaje

El cuento nos ayuda a pensar en la importancia de la oración. Y especialmente en una de las características que enseña Jesús: la insistencia y perseverancia al orar.

¿Cómo es tu oración?

¿Te confías al Señor? ¿Le hablas de tus cosas, tus alegrías, tus problemas, tus esperanzas?

Si puedes relea este pasaje del evangelio en el cual Jesús habla de la oración, y compara su enseñanza con la del cuento:

¿Qué mensaje nos deja el cuento?

¿Cómo lo puedes aplicar a tu vida?

Compromiso para la vida

Sintetizar en una frase el mensaje del cuento para nuestra vida.

Para terminar: la oración en común

Leer en común el texto del evangelio señalado.

Compartir oraciones espontáneas en común. A cada intención acompañar diciendo: *Escucha Padre Bueno las oraciones que compartimos.*

Terminar leyendo la oración.

Enséñanos a orar más y mejor

*Buen Jesús,
enséñanos a orar más y mejor.
Que no aflojemos
a la hora de rezar.
Que no nos cansemos
de hablar siempre con el Padre.
Que insistamos
y perseveremos con ganas
en la oración de corazón.*

*Danos tu Espíritu, Señor,
para decir, como nos enseñas,
¡ Padre, escucha nuestra oración !*

- Que así sea -

La espiga y la vida

La misión de la espiga nos es ser el lugar definitivo para la semilla. Cada semilla debe asumir la vida de una manera tan suya y personal, que pueda vivirla independientemente de la espiga en la que maduró. Toda semilla que quiera cumplir con su vocación de vida, y con su misión por los demás, debe aceptar la deschalada y el desgrane. Sólo si ha asumido su vida en plenitud y de una manera personal, será capaz de seguir viviendo luego de la desgranada. Y así podrá incorporarse al gran ciclo de la siembra nueva.

Si su vida es auténtica y acepta hundirse en el surco de la tierra fértil, su lento germinar en el silencio aportará al sembrado nuevo una planta absolutamente única, pero que unida a las demás, formará el maizal nuevo.

No es el maizal el que valoriza la identidad de las plantas. Es el valor irremplazable de cada planta en su riqueza y fecundidad lo que valoriza al maizal.

No es la sociedad nueva la que creará los hombres nuevos. Son los hombres nuevos quienes formarán la nueva sociedad.

publicado en el libro **La sal de la tierra**, Editorial Patria Grande.

La indecisión

Lo habían agarrado en flagrante delito de robo, y no existían circunstancias atenuantes que lo justificaran. A pesar de todas sus negativas no pudo evitar que la justicia lo mandara a la muerte.

Cierto, había tratado de mostrarse sereno y había logrado impresionar a sus mismos jueces. Todavía le quedaba un poco de humor, y decidió jugarse hasta la última carta. Trataría al menos de ganar tiempo, para vivir un rato más.

Cuando le leyeron la sentencia que lo condenaba a la horca, la escuchó con calma, y concluyó la sesión preguntado si tendría la oportunidad de expresar su último deseo. Era imposible que se lo negasen. Y así fue. Se lo concedieron, antes aún de averiguar de que se trataba.

-Quisiera – dijo – ser yo mismo quien elija el árbol en cuya rama tendré que ser ajusticiado.

Aunque la petición pareció a los jueces un tanto romántica para lo dramático de las circunstancias, no hubo inconvenientes en concedérsela. Le designaron un piquete de cuatro guardias para que lo acompañaran en el recorrido por el bosquecito de las afueras de aquella vieja ciudad medieval, en la que este suceso se desarrollaba conforme a las costumbres y procedimientos de la época.

Más de tres horas duró la caminata, que impacientó a todos, menos al interesado, que gastaba su tiempo desaprensivamente observando con superioridad e ironía cada árbol y cada gajo que podría ser su último punto de apoyo sobre esta tierra de la que se despediría en breve. Los miraba y estudiaba minuciosamente, para desecharlos luego casi con desprecio. No sería una miserable planta con tantos defectos la que tendría el honor de cargar con su partida. De esta manera fue pasando de árbol en árbol, hasta que hubo inspeccionado todos los posibles.

De nuevo ante el juez, expresó así sus conclusiones:

-¡Señor juez! ¿Quiere que le diga la verdad? No hay ninguno que me convenza.

Murió lo mismo. Y sin haber elegido.

Tengo dos amigos. Uno de ellos ha llegado a la convicción de que debería consagrar su vida a Dios. Pero todavía no ha encontrado ninguna congregación que lo convenza. El otro cree en el amor. Pero no cree en las mujeres.

Me temo que los dos van a morir sin haber elegido.

publicado en el libro **Cuentos Rodados**, Editorial Patria Grande.

Lectura

Realizar la lectura del cuento en grupo. Es importante que todos los presentes tengan una copia del texto. Se pueden ir turnando dos o tres personas para leer el cuento en voz alta.

Rumiando el relato

Al terminar la lectura entre todo el grupo se reconstruye el relato en forma oral (se lo vuelve a contar).

- ¿Qué sucede en el relato?
- ¿Qué sucede con el protagonista?
- ¿Qué pedido realiza? ¿Lo lleva a cabo? ¿Por qué?
- ¿Cómo termina su vida?

Descubriendo el mensaje

El cuento nos ayuda a pensar en la vocación. Decidir es elegir, y la vida es una elección permanente...

- ¿Qué decisiones importantes has tomado en tu vida?
- ¿Hay situaciones de tu vida en la que debes tomar decisiones y las vas postergando? ¿Por qué?
- ¿A qué te llama Dios? ¿Has respondido? ¿Has elegido?
- ¿Qué comentario te despierta el final del relato, cuando el autor cuenta la historia de sus dos amigos y las relaciona con el cuento?
- ¿Qué implica *tomar una decisión* en los caminos que Dios propone?
- ¿Conocés gente que te haya impactado por sus decisiones de vida? ¿Quiénes, por qué?
- ¿Qué mensaje nos deja el cuento?
- ¿Cómo lo puedes aplicar a tu vida?

Compromiso para la vida

Sintetizar en una frase el mensaje del cuento para nuestra vida.

Para terminar: la oración en común

Leer en común el texto del evangelio señalado.

Compartir oraciones espontáneas en común. A cada intención acompañar diciendo: *Padre, danos fuerzas para decir que sí*

Terminar leyendo la oración.

Momento de decisión

*Jesús,
yo se que me estás llamando.
Tu voz es clara, serena
y compañera.
Me invitas a seguir tus pasos
con toda mi vida.
Dame luz
para reconocerte,
hazme valiente
para seguir adelante,
Señor de la Vida,
enséñame a decir sí.*

- Que así sea -

Compartir lo provisorio

Allá en las chacras se vivía prácticamente a la intemperie. No nos defendíamos demasiado de las realidades ni del clima. Más bien compartíamos el ritmo de las cosas; y por supuesto de las personas.

La noche nos encerraba a todos en los pequeños charcos de luz que creaban nuestras lámparas. Los mismo que las aves acuáticas se reúnen en sus charcos cuando las atropella la sequía. La lluvia también era compartida por todos; para todos era un tiempo de recogimiento bajo techo dejando suceder lo que era imposible conjurar. También se vivía compartiendo los mismos gestos de la primavera, y las mismas humillaciones del verano o del invierno.

Porque cuando se vive a la intemperie uno no puede hacer provisión de clima. Se vive el clima del momento con intensidad y compartiéndolo, sin reservarse de él nada para el día siguiente. Tal vez lo único que se guardaba de un acontecimiento, bueno o malo, era el recuerdo de haberlo compartido y la capacidad de evocarlo en futuros reencuentros.

Y lo que sucedía con los acontecimientos, sucedía también con los alimentos. Sobre todo con aquellos más primitivos, que provenían de la caza y de la pesca. Porque en las chacras abundaban las palomas, sobre todo cuando el lino era chiquito, o luego de la desgranada del maíz, o para cuando el girasol empezaba a madurar. Casi siempre cuando se escopeteaba la bandada, solían caer más palomas de las que nosotros podíamos aprovechar. Y como no teníamos la posibilidad de conservarlas, y además era un orgullo el haber tenido buen puntería el resto se mandaba a los vecinos. Y allá íbamos los chicos, hacia distintos rumbos, llevando cada uno un par de palomas gordas, con la esperanza de recibir propina. Y volvíamos luego a nuestro territorio con el orgullo de todo embajador.

Los lunes la embajada venía del arroyo. Sábado y domingo, Don Pablo los pasaba en la isla o en el monte. Su razón de compartir era mucho más urgente, porque el pescado de los arroyos del norte hay que comerlo fresco. A veces, en lugar del par de pescados chicos sacados a línea y anzuelo, solía venir con n trozo de pescado de los grandes, de esos que traen acollarado el relato de la hazaña. Y si la embajada no venía, todos compartíamos en silencio el fracaso vivido ese fin de semana por Don Pablo.

Lo mismo sucedía cuando para el invierno se carneaba el chanco. En eso del dar y el recibir, todos los vecinos comíamos presas frescas de las sucesivas carneadas. Y todos participábamos del esfuerzo o de la habilidad de todos. Sentíamos como una especie de alegría de familia grande que nos hacía compartir penas, alegrías, trabajos y fracasos.

Ahora todo aquello ha cambiado. Casi todos han comprado una heladera. En cada chacra se dispone de una pequeña geografía polar que permite conservar los alimentos perecederos. Lo que antes se compartía, ahora se conserva. Y así Don Pablo se condenó en los últimos años de vida a comer siempre pescado: fresco los lunes, semifresco los martes, y partir del miércoles, pescado conservado. (Lo que no dejaba de encerrar un peligro.) Y ya nadie supo nada de sus éxitos y de sus fracasos. Lo que hizo que para él mismo la pesca perdiera mucho de su encanto. Y también para nosotros en eso de cazar palomas.

Desde que hemos optado por la heladera, nuestra alimentación y nuestra vida en las chacras ha perdido mucho de su variedad, de su capacidad de sorpresa, de ese sentimiento de totalidad que creaba el compartir. Nos defendemos mejor contra el clima y la intemperie, sí.

Pero nos estamos volviendo menos hombres.

publicado en el libro **La sal de la tierra**, Editorial Patria Grande.

Eligiendo cruces

Esto también es del tiempo viejo, cuando Dios se revelaba en sueños. O al menos la gente todavía acostumbraba a soñar con Dios. Y era con Dios que nuestro caminante había estado dialogando toda aquella tarde. Tal vez sería mucho hablar de diálogo, ya que no tenía muchas ganas de escuchar sino de hablar y desahogarse.

El hombre cargaba una buena estiba de años, sin haber llegado a viejo. Sentía en sus piernas el cansancio de los caminos, luego de haber andado toda la tarde bajo la fría llovizna, con el mono al hombre y bordeando las vías del ferrocarril hacía tiempo que se había largado a linyerear, abandonando, vaya a saber por qué, su familia, su pago y sus amigos. Un poco de amargura guardaba por dentro, y la había venido rumiando despacio como para acompañar la soledad.

Finalmente llegó mojado y aterido hasta la estación del ferrocarril, solitaria a la costa de aquello que hubiera querido ser un pueblito, pero que de hecho nunca pasó de ser un conjunto de casas que actualmente se estaban despoblando. No le costó conseguir permiso para pasar la noche al reparo de uno de los grandes galpones de cinc. Allí hizo un fueguito, y en un tarro que oficiaba de ollita recalentó el estofado que le habían dado al mediodía en la estancia donde pasara la mañana. Reconfortado por dentro, preparó su cama: un trozo de plástico negro como colchón que evitaba la humedad. Encima dos o tres bolsas que llevaba en el mono, más un par de otras que encontró allí. Para taparse tenía una cobija vieja, escasa de lana y abundante en vida menuda. Como quien se espanta un peligro de enfrente, se santiguó y rezó el Bendito que le enseñara su madre.

Tal vez fuera la oración familiar la que lo hizo pensar en Dios. Y como no tenía otro a quien quejarse, se las agarró con el Todopoderoso reprochándole su mala suerte. A él tenían que tocarle todas. Pareciera que el mismo Tata Dios se las había agarrado con él, cargándole todas las cruces del mundo. Todos los demás eran felices, a pesar de no ser tan buenos y decentes como él. Tenían sus camas, su familia, su casa, sus amigos. En cambio aquí lo tenía a él, como si fuera un animal, arrinconado en un galpón, mojado por la lluvia y medio muerto de hambre y de frío. Y con estos pensamientos se quedó dormido, porque no era hombre de sufrir insomnios por incomodidades. No tenía preocupaciones que se lo quitaran. En el sueño va y se le aparece Tata Dios, que le dice:

-Vea, amigo. Yo ya estoy cansado de que los hombres se me anden quejando siempre. Parece que nadie está conforme con lo que yo le he destinado. Así que desde ahora le dejo a cada uno que elija la cruz que tendrá que llevar. Pero que después no me vengan con quejas. La que agarren tendrán que cargarla para el resto del viaje y sin protestar. Y como usted está aquí, será el primero a quien le doy la oportunidad de seleccionar la suya, vea, acabo de recorrer el mundo retirando todas las cruces de los hombres, y las he traído a este galpón grande. Levántese y elija la que le guste.

Sorprendido el hombre, mira y ve que efectivamente el galpón estaba que hervía de cruces, de todos los tamaños, pesos y formas. Era una barbaridad de cruces las que allí había: de fierro, de madera, de plástico, y de cuanta material uno pudiera imaginarse.

Miró primero para el lado que quedaban las más chiquitas. Pero le dio vergüenza pedir una tan pequeña. El era un hombre sano y fuerte. No era justo siendo el primero quedarse con una tan chica. Buscó entonces entre las grandes, pero se desanimó enseguida, porque se dio cuenta que o le daba el hombro para tanto. Fue entonces y se decidió por una tamaño medio: ni muy grande, ni tan chica.

Pero resulta que entre éstas, las había sumamente pesadas de quebracho, y otras livianitas de cartón como para que jugaran los gurises. Le dio no sé qué elegir una de juguete, y tuvo miedo de corajear una de las pesadas. Se quedó a mitad de camino, y entre las medianas de tamaño prefirió una de peso regular.

Faltaba con todo tomar aún otra decisión. Porque no todas las cruces tenían la misma terminación. Las había lisitas y parejas, como cepilladas a mano, lustrosas por el uso. Se acomodaban perfectamente al hombro y de seguro no habrían de sacar ampollas con el roce. En cambio había otras medio brutas, fabricadas a hacha y sin cuidado, llenas de rugosidades y nudos. Al menor movimiento podrían sacar heridas. Le hubiera gustado quedarse con la mejor que vio. Pero no le pareció correcto. El era hombre de

campo, acostumbrado a llevar el mono al hombro durante horas. No era cuestión ahora de hacerse el delicado. Tata Dios lo estaba mirando, y no quería hacer mala letra delante suyo. Pero tampoco andaba con ganas de hacer bravatas y llevarse una que lo lastimara toda la vida.

Se decidió por fin y tomando de las medianas de tamaño, la que era regular de peso y de terminado, se dirigió a Tata Dios diciéndole que elegía para su vida aquella cruz.

Tata Dios lo miró a los ojos, y muy en serio le preguntó si estaba seguro de que se quedaría conforme en el futuro con la elección que estaba haciendo. Que lo pensara bien, no fuera que más adelante se arrepintiera y le viniera de nuevo con quejas.

Pero el hombre se afirmó en lo hecho y garantizó que realmente lo había pensado muy bien, y que con aquella cruz no habría problemas, que era la justa para él, y que no pensaba retirar su decisión. Tata Dios casi riéndose le dijo:

-Ven, amigo. Le voy a decir una cosa. Esa cruz que usted eligió es justamente la que ha venido llevando hasta el presente. Si se fija bien, tiene sus iniciales y señas. Yo mismo se la he sacado esta noche y no me costó mucho traerla, porque ya estaba aquí. Así que de ahora en adelante cargue su cruz y sígame, y déjese de protestas, que yo sé bien lo que hago y lo que a cada uno le conviene para llegar mejor hasta mi casa.

Y en ese momento el hombre se despertó, todo adolorido del hombro derecho por haber dormido incómodo sobre el duro piso del galpón.

A veces se me ocurre pensar que si Dios nos mostrara las cruces que llevan los demás, y nos ofreciera cambiar la nuestra, cualquiera de ellas, muy pocos aceptaríamos la oferta. Nos seguiríamos quejando lo mismo, pero nos negaríamos a cambiarla. No lo haríamos, ni dormidos.

publicado en el libro **Cuentos Rodados**, Editorial Patria Grande.

Guía para el trabajo pastoral con el cuento **Eligiendo cruces**

por Marcelo A. Murúa

Lectura

Realizar la lectura del cuento en grupo. Es importante que todos los presentes tengan una copia del texto. Se pueden ir turnando dos o tres personas para leer el cuento en voz alta.

Rumiando el relato

Al terminar la lectura entre todo el grupo se reconstruye el relato en forma oral (se lo vuelve a contar).

- ¿Qué sucede en el relato?
- ¿Qué sucede con el protagonista? Caracterizar al protagonista.
- ¿Cuál es su queja?
- ¿Qué le propone Dios?
- ¿Cómo es el proceso de su elección? ¿Qué elige finalmente?
- ¿Qué le muestra Dios entonces?

Descubriendo el mensaje

El cuento nos ayuda a pensar en la vida que a cada uno le tocó vivir, con sus cosas buenas y sus cosas que no nos gustan tanto... todo aquello que solemos llamar "la cruz".

¿Estás conforme con lo que te ha tocado en la vida? ¿Por qué?

¿Qué cambiarías?

¿A qué llamas "cruz" en tu vida? ¿Conoces cruces pesadas en la vida de otras personas? Compáralas con la tuya.

¿Qué mensaje nos deja el cuento?

¿Cómo lo puedes aplicar a tu vida?

Compromiso para la vida

Sintetizar en una frase el mensaje del cuento para nuestra vida.

Para terminar: la oración en común

Leer en común el texto del evangelio señalado.

Compartir oraciones espontáneas en común. A cada intención acompañar diciendo: *Señor, danos fuerzas para cargar la cruz de cada día*

El nómada y la siembra

El hombre niño vivía tironeado entre el miedo y el asombro. Y cada una de esas realidades las vivía por sí mismas; desconectadas las unas de las otras.

Cuando el trueno bramaba, acurrucado en su caverna temblaba por su vida. Toda su vida se refería a la tormenta en ese momento.

Cuando el sol aparecía, olvidaba el vendaval y gozaba del fresco aire y de la luz.

El hombre niño era recolector. Dividía a los árboles entre frutales y silvestres, según le dieran fruta o no. Distinguía a los animales entre mansos y salvajes. Llamaba manso al animal que lo acompañaba, y salvaje al que le huía o lo atacaba.

No. No era un turista. Se sentía menos importante que la tierra, a la que no sentía como amante sino como madre. No era un turista, era un nómada. Vivía de la búsqueda: por eso florecía en asombros y se marchitaba en angustias. Vivía de lo que encontraba y por eso trashumaba por la tierra en busca de frutos, raíces y semillas.

Gozaba y sufría al ritmo de sus hallazgos y de sus decepciones. No comprendía el porqué de la dureza del carozo encerrado en el dulzor de la fruta madura. A veces, presionado por el hambre al final de los inviernos, volvía a buscar el carozo y se entristecía al encontrarlo germinado en tallo, inútil ya como alimento. Y se iba decepcionado sin entender el sentido del carozo. ¡Cuántas veces malgastó frutas y desperdició semillas, porque tenía ya el hambre saciada! Pero la tierra madre velaba por su hombre niño, y recogía esas semillas y esas frutas mordidas a medias, para hacerlas germinar en nuevas entregas.

Tal vez haya sido su decepción hecha experiencia frente al germinar de los carozos; tal vez haya sido el hambre o su recuerdo en los días de abundancia. Lo cierto es que a medida que iba creciendo, el hombre niño se fue aquerenciando en la tierra. Se dio cuenta de que podía ser algo más que recolector. De que si sembraba una semilla, luego de la espera tendría allí un puñado de semillas; de que si regaba una planta, la planta florecía. Comenzó a realizar actos de fe en la tierra; y sembró esa tierra con amor y tuvo en ella esperanza.

Y el hombre se hizo agricultor y sedentario.

Ya no buscaba semillas en la tierra; sembraba la tierra con semillas y aguardaba las cosechas. Conoció que la tierra tiene sus ciclos, y aprendió a respetar los ciclos de la tierra. Y se dio cuenta de que eso tenía que ver con las estrellas. Mucho tiempo después, cuando se convirtió en navegante, descubrió que su tierra también era como una estrella. Que también él navegaba en los espacios, habitante de una estrella.

Porque lo importante, lo que alimenta a un hombre que ha crecido, no es la habilidad para encontrarle sentido a la vida. Lo que importa es ponerle sentido a cada acontecimiento de nuestra vida. Dios nos ha regalado una semilla: su Palabra. Su palabra para nosotros; su plan concreto para sembrar nuestra vida. A nosotros nos toca, bajo su mirada buena, sembrar de sentido los acontecimientos de nuestra vida, que marcha hacia la trilla violenta de la muerte, donde lo que perdurará será la semilla, teniendo que abandonar el rastrojo que hasta allí la hizo posible.

La fidelidad brota de la tierra,

de arriba viene la lluvia (Salmo 84).

Habita tu tierra,

y practica la lealtad (Salmo 36).

publicado en el libro **La sal de la tierra**, Editorial Patria Grande.

Guía para el trabajo pastoral con el cuento El nómada y la siembra

por Marcelo A. Murúa

Lectura

Realizar la lectura del cuento en grupo. Es importante que todos los presentes tengan una copia del texto. Se pueden ir turnando dos o tres personas para leer el cuento en voz alta.

Rumiando el relato

Al terminar la lectura entre todo el grupo se reconstruye el relato en forma oral (se lo vuelve a contar).

¿De qué nos habla el autor en el cuento?

¿Cómo caracteriza al hombre nómada?

¿A partir de qué va madurando su cambio?

¿Cómo caracteriza al hombre sedentario?

¿Con qué compara la semilla, la siembra y la cosecha?

Elegir una frase del texto (releerlo rápido para ubicarla) que más le haya llegado/impactado a cada uno y compartirla en voz alta.

Descubriendo el mensaje

El cuento nos habla de la capacidad de ponerle sentido trascendente a los acontecimientos de nuestra vida.

El cuento nos presenta la evolución del hombre, que pasa de nómada y recolector a agricultor y sedentario; y presenta la Palabra de Dios como la gran semilla de nuestra vida (el proyecto de Dios para cada uno de nosotros).

¿Has descubierto la semilla de tu vida (en la Palabra)? ¿Qué te propone Dios para tu vida?

¿Cómo aprender a gozar de los pequeños acontecimientos que vivimos? ¿Qué significa poner sentido a lo que vivimos?

Repasa las actitudes que caracterizan a cada hombre y relacionalas con tu vida... ¿Has descubierto semillas por qué vivir y dar la vida? Semillas para cuidar, semillas para regar, semillas para dar fruto... ¿cuáles?

¿Qué aprendes del cuento para tu vida? ¿Cómo puedes aplicar el mensaje del cuento?

Compromiso para la vida

Sintetizar en una frase el mensaje que has descubierto en el cuento para tu vida. Compartirlo con los demás.

Para terminar: la oración en común

Leer entre todos la oración y luego poner en común las intenciones de cada uno.

Terminar con una canción.

Dar sentido a la vida

*Muéstrame Señor
la alegría de cada mañana
para que aprenda a dar
gracias por la vida.*

*Enséñame a contemplar la vida
con tu mirada
para descubrir en ella
los ecos de tu Palabra.*

*Dame sabiduría sencilla
para hacer de cada día
una semilla de tu Proyecto,
grávida de esperanza.*

*Que viva cada momento
a pleno y gozoso
descubriendo lo nuevo
que puede nacer
de mirar la vida
con sentido, don y poesía.*

Un tropiezo

El Chaco ardía en el algodonal. Mediaba enero, y Ciriaco se había levantado muy temprano a fin de aprovechar el fresco de la mañana para pegar la última carpida al tabloncito de algodón que tenía en un claro del monte, como a siete cuadras de las casa. Comenzaban ya a preñarse los capullos tratando de reventar en una mano abierta que regalaba la blanca fibra.

Serían cerca de las once de la mañana. Estaba con la azada en la mano desde las cinco, y ahora el cansancio se desparramaba por su cuerpo lo mismo que el sudor que lo deshidrataba dejándole huellitas de sal al secarse. Tenía sed y esperaba llegar cuando antes a su rancho para refrescarse bajo el chorro de agua de la bomba y beber después despacio y a sorbos lentos. Conocía los peligros del agua fresca para el que la bebe con ansia y con el cuerpo recalentado por las faenas del campo.

Decidió acortar el camino. En lugar de hacerlo por la huella que bordeaba un rastrojo viejo lleno de malezas, lo cortó derecho por entre los yuyos altos y la gramilla espesa. Con la azada al hombro, y arrastrando a medias sus viejas alpargatas, trataba de avanzar por entre el malezal donde el año anterior había tenido la chacra. Iba distraído de lo que hacía y concentrado en lo que le esperaba. Ni tiempo tuvo de darse cuenta, cuando sus pies tropezaron en un gran bulto que estaba escondido entre el pastizal.

No hubo manera de evitar la costalada. Instintivamente arrojó a un lado la azada, para no lastimarse con ella, y dejó que el cuerpo cayera lo más flojo posible, para evitar quebraduras. Se dio un tremendo golpe que apenas si lograron mitigar las ramas del yuyo colorado que lo recibió, junto con algunas rosetas traicioneras. Desde adentro le nació la necesidad de desahogarse con una maldición. ¡Lo que le faltaba al día!

Pero se contuvo. Si había tropezado, con algo sería. ¿Y si aquello fuera una sandía? Se puso de pie, y recogiendo la azada, fue despejando el lugar donde terminaban las huellas de sus pisadas y comenzaba la de su cuerpo. Y efectivamente, allí entre la gramilla alta y los yuyos frondosos, estaba una hermosa sandía con la guía medio seca. Pesaba como veinte kilos. Seguramente alguna semilla de la cosecha anterior había germinado entre el rastrojo, y ahora le ofrecía su fruto de la única manera que tenía: poniéndoselo delante de sus pies.

A pesar del cansancio, del calor, y de su cuerpo dolorido por la caída, cargó con cariño la sandía sobre sus hombros y con cuidado completó la distancia que lo separaba de su rancho. Y mientras de antemano saboreaba la sorpresa que le daría a su patrona, se iba diciendo a sí mismo:

-¡No hay tropiezo que no tenga su parte aprovechable!

Anthony de Mello S.J. cuenta en la página 205 de su libro *El Canto del Pájaro*:

“Desde lo alto de un cocotero, un mono arrojó un coco sobre la cabeza de un sabio. El hombre lo recogió, bebió su dulce jugo, comió la pulpa y se hizo una taza con la cáscara.

-Gracias por criticarme”.

Les añado un comentario mío. Yo no juzgo la intención del mono. Soy de otra raza. Pero admiro la actitud del sabio.

publicado en el libro **Cuentos Rodados**, Editorial Patria Grande.

Guía para el trabajo pastoral con el cuento Un tropiezo

por Marcelo A. Murúa

Lectura

Realizar la lectura del cuento en grupo. Es importante que todos los presentes tengan una copia del texto. Se pueden ir turnando dos o tres personas para leer el cuento en voz alta.

Rumiando el relato

Al terminar la lectura entre todo el grupo se reconstruye el relato en forma oral (se lo vuelve a contar).

- ¿Dónde acontece el relato?
- ¿Qué sucede con el protagonista?
- ¿Cómo reacciona ante el tropiezo?
- ¿Qué enseñanza ofrece el autor al final del cuento?

Descubriendo el mensaje

El cuento nos ayuda a pensar en las dificultades y tropiezos de la vida (también como señala al final el autor, en las críticas que recibimos... a veces como golpes...)

- ¿Cómo reaccionas ante las dificultades inesperadas?
- ¿Qué tropiezos has tenido en tu vida? ¿Has aprendido algo de ellos?
- ¿En qué consiste la sabiduría del protagonista? Compararla con la del sabio de la cita de Anthony de Mello. Y para tí, ¿en qué consiste esta sabiduría?
- ¿Qué mensaje nos deja el cuento?
- ¿Cómo lo puedes aplicar a tu vida?

Compromiso para la vida

Sintetizar en una frase el mensaje del cuento para nuestra vida.

Para terminar: la oración en común

Leer en común el texto del evangelio señalado.

Compartir oraciones espontáneas en común. A cada intención acompañar diciendo: *Señor, ayúdame a mirar la vida en forma positiva*

Terminar leyendo la oración.

Lo bueno de cada día

*Señor,
ayúdame a mirar la vida
en forma positiva,
para saber disfrutar de todo
y encontrar lo bueno de cada día.
Dame la sabiduría
de los sencillos
que descubre en cada acontecer
de la vida
el paso de un Dios cercano,
compañero y que cuida por nosotros.*

- Que así sea -

Los hombres y la tierra

Hay muchas maneras de estudiar la tierra. De relacionarse con ella. He conocido un grupo de ingenieros que vinieron al campo, extrajeron pequeñas muestras de tierra, y luego las analizaron minuciosamente en sus laboratorios. Al tiempo volvieron acompañados por otros hombres e instalaron una ladrillería. Arañaron la superficie de la tierra y le sacaron toda la capa fértil. La humillaron prolijamente en el pisadero, la mezclaron con otros elementos, de la zona unos y otros traídos de afuera. moldearon el amasijo, luego lo resecaron al sol y lo apilaron de a miles formando un hormiguero. El fuego completó la obra, endureciendo esta tierra fértil, desmenuzada sin identidad en una infinitud de paralelepípedos útiles para ser transportados y apilados en cualquier parte.

Cuando se agotó la tierra fértil y el paisaje mostró su rostro agrio de médano y de tosca, esos hombres levantaron el campamento y se fueron a reanudar su minería en paisajes nuevos. No creo que la nostalgia haya tenido nada que hacer en su despedida. Nada dejaban allí esos hombres que fuera obra suya, a no ser los restos de hornallas de color entre rojo y negro, que en ese paisaje de tierra semejabán bocas de puñalada en el cuerpo de un finado.

También he visto un grupo de hombres que en términos científicos hablaban de la fauna y de la flora. De cada yuyo distinto sacaron un par de hojitas. Descubrieron flores raras y se indignaron al comprobar que otras se habían extinguidos. Estos hombres, ¡con qué respeto y con qué altura hablaban de la tierra! Con términos precisos y correctos aborrecieron el trabajo de los ladrilleros.

Y luego de unos días, agotado ya lo que tenían que decir, se fueron también ellos del paisaje, sin que quedaba de ellos ni un recuerdo en absoluto. A su paso, es cierto, el paisaje no quedó humillado. Pero tampoco se aportó nada nuevo al paisaje. No se vio allí organizarse un trebolar, ni verdear un trigo. ni preñarse los surcos en el batatal.

Al tiempo, una ley declaró a ese paisaje: “Parque Nacional”. Y con ello esa tierra fue sentenciada a virginidad perpetua; a ser para siempre tierra de turismo, paisaje para ser gozado o estudiado sin compromiso; con prohibición absoluta de que allí se hiciera ni organizara nada.

Y he visto también otros grupos de hombres. Vinieron con todo lo poco que tenían, y algunos animales. Tenían muchas menos posibilidades que los ladrilleros y mucha menos ciencia que los sabios. Pero tenían una gran riqueza: tenían tiempo y cariño por la tierra.

Comenzaron por incendiar un trozo de pajonal. Ordenaron un pequeño trozo de paisaje y allí se instalaron para vivir. Traían semillas distintas, nuevas para ese paisaje viejo. Al principio todo pareció quedar igual, salvo los pequeños tablones de geografía cambiada. Y la presencia constante de aquellos hombres en diálogo continuo con la tierra, interpeándola por los abrojos, por la quinoa y el chamico.

Nuestros hombres no interpeaban a la tierra por lo visible de la tierra, por lo que la tierra mostraba. Interpeaban a la tierra por lo que en la tierra había de oculto. No se limitaron a recoger u organizar lo que encontraron en su superficie. La incendiaron, la roturaron, la recorrieron tranco a tranco sembrándola de semillas nuevas. Después supieron esperar. Esperaron vigilantes, carpiendo siempre el rebrote del paisaje viejo. Y lo que es importante: vivieron en la tierra; no se fueron de ella.

Eran hombres con fe en la tierra. Con un cariño profundo por la tierra. Sabía que la tierra tiene posibilidades muchísimo más ricas que aquello que puede dar cuando es dejada a sus solas fuerzas.

No es que se hayan propuesto liberarla de algo: yuyos invasores o antiguo pajonal. No quisieron liberar la tierra de algo. Quisieron liberar algo en ella. Sus posibilidades ocultas, su capacidad de trigo, su florecer de linares, sus rastrojos de maizal fortificado de trojas.

La tierra aceptó a estos hombres. Les devolvió con inmensa generosidad las semillas que ellos habían sembrado. Al tiempo comenzó a haber una identificación entre esos hombres y la tierra liberada.

Bajo un mismo sol, la tierra y los hombres comenzaron a tener la piel color trigo. Y cuando el hombre se acostó a dormir en el surco, la tierra se levantó a vivir en el alma de sus hijos.

Así cuentan que nació el folklore, con sus coplas.

publicado en el libro **La sal de la tierra**, Editorial Patria Grande.

Guía para el trabajo pastoral con el cuento **Los hombres y la tierra**

por Marcelo A. Murúa

Lectura

Realizar la lectura del cuento en grupo. Es importante que todos los presentes tengan una copia del texto. Se pueden ir turnando dos o tres personas para leer el cuento en voz alta.

Rumiando el relato

Al terminar la lectura entre todo el grupo se reconstruye el relato en forma oral (se lo vuelve a contar).

¿De qué nos habla el autor en el cuento?

¿Qué tipos de hombres va presentando? ¿Cómo los caracteriza? ¿Cómo describe su relación con la tierra?

¿Qué características tiene la relación de los hombres que trabajan y se quedan a vivir en la tierra? Comparar con los anteriores.

¿Qué actitudes descubres en la práctica de estos últimos hombres?

Elegir una frase del texto (releerlo rápido para ubicarla) que más le haya llegado/impactado a cada uno y compartirla en voz alta.

Descubriendo el mensaje

Este es un lindo cuento para reflexionar sobre la tarea educativa, la apasionante tarea de formar a otras personas (puede iluminar la reflexión de un grupo de docentes, una reunión de padres o simplemente para ayudarnos a repensar nuestra vocación de papás y mamás con esas tierras vírgenes, preñadas de posibilidades que son nuestros hijos).

Relaciona cada tipo de hombres que el cuento presenta (son tres: el que utiliza la tierra y se marcha, el que la declara "Parque Nacional" y el que se asienta en ella y con cariño la trabaja) con diferentes maneras de educar y formar a los demás. ¿Cómo caracterizarías cada una?

¿Con qué actitudes formativas/pedagógicas puedes relacionar o identificar las actitudes de los hombres del relato?

¿Qué consecuencias puede traer el

- trabajar la tierra hasta moldearla sin identidad

- el mantener la tierra en su estado "natural", sin compromiso de cambio o mejora

si pensamos en la tierra como las personas que nos tocan a cargo para formarlas?

¿Qué puede significar el

- liberar las posibilidades que la tierra oculta

relacionándolo con el trabajo educativo/formativo de las personas que tenemos a cargo?

¿Cuáles son las actitudes que el cuento presenta como "necesarias" y "facilitadoras" de ese proceso de liberación y crecimiento?

¿Puedes agregar otras?

¿Qué aprendes del cuento para tu vida? ¿Cómo puedes aplicar el mensaje del cuento?

Compromiso para la vida

Sintetizar en una frase el mensaje que has descubierto en el cuento para tu vida. Compartirlo con los demás.

Para terminar: la oración en común

Leer entre todos la oración y luego poner en común las intenciones de cada uno.

Terminar con una canción.

Liberar lo bueno que hay en el otro

*Que tu empeño y tus desvelos
apunten siempre a liberar lo bueno
que hay en el otro.*

*Que tu trabajo y tus esfuerzos
se orienten siempre a descubrir los valores
que hay en el otro.*

*Que tu paciencia y tu cariño
se entreguen siempre
a cuidar los brotes de vida
que hay en el otro.*

*Para que despunte la semilla
y madure el fruto,
dedica lo mejor de ti a liberar lo bueno
que hay (y es mucho) en los otros.*

Los tres espíritus

De esto hace mucho tiempo. Fue para poco después de esa gran creciente que se llevó a casi toda la humanidad, con aves, bichos y sabandijas. Además de cuarenta días de aguacero sin parar, se rompieron las defensas y el agua sublevada atropelló llevándose todo por delante.

Anoticiado por Tata Dios, el paisano don Noé había construido una gran jangada, sobre la que armó un enorme galpón en el que guareció de cada especie de bicho una yunta. Además logro salvar a su familia: su patrona y los tres hijos con sus esposas.

Cuando bajó la creciente, aquello parecía un cementerio. Pero no era cuestión de echarse para atrás. Enseguida se comenzó todo de vuelta. Noé entregó a cada uno de sus hijos los animalitos salvados, asignándoles la zona de campo donde podrían criarlos. Como él ya andaba medio viejo y con las tabas entumecidas de tanta humedad como había soportado, decidió dedicarse a cultivar una pequeña chacrita vecina a las casas.

Además de la verdura y hortalizas para el consumo, le dio al viejo por probar con unas especies nuevas, que parecían ser de buen porvenir. En una cosa de esas dio una plantita medio rugosa, que daba una especie de racimos con frutita muy dulce. Pensó que podía ser buena fruta para fabricar algún jugo virtuoso y reconfortante. Sin darse cuenta, había descubierto la planta de vid.

Como era hombre de ingenio, en cuanto la vio prosperar y crecer, enseguida le armó una parra para que se fuera agarrando. A cosa de una cuadra de las casas quedaba el terrenito que le dedicó. Todos los días iba a echarle una miradita, a la vez que aprovechaba para carpir los yuyos que aparecían entre los surcos y almácigos. Si algún gusano, de los salvados vaya a saber cómo de la inundación, se atrevía a subirse al parral, lo bajaba de allí con el lomo del falcón, y lo aplastaba con la bota sin miedo de acabar con su especie.

Una mañanita encontró algo raro en su quinta. Vio pisadas que no eran de cristiano, pero tampoco parecían de animal. Y para peor, parecía que el desconocido se las había agarrado con la plantita de viña. Porque allí se arremolinaban las huellas, y hasta había removido la tierra alrededor del tronco. Lo rastreó, pero la rastrillada se le perdió entre los pajonales un par de cuabras más allá.

Como no era hombre de dejarse madrugar por un cualquiera, Noé se decidió a esperarlo escondido entre los matorrales, para ver qué intenciones traía. Al principio no tuvo suerte. Una tardecita sintió que le bicho volvía. Digo bicho, porque le pareció que se trataba de eso cuando vio aparecer algo que podía parecerse a un mono. Pero pronto se percató de que en realidad se trataba del mismísimo Mandinga en persona. Traía de una soguita una mona, puro gruñido y morisquetas. Se arrimó a la plantita de parra, y sin más ceremonia, agarró a la mona por el pescuezo y la degolló allí mismo. Con su sangre regó bien la tierra en derredor del tronco de la planta. Después agarró al animalito muerto, y revoleándolo de la cola, lo tiró entre los pajonales. Limpió el facón en los pastos, y sin siquiera saludar se hizo humo.

Don Noé no tuvo tiempo para reaccionar. Cuando se quiso dar cuenta, Satanás ya se había ido sin dejar rastros. Pensaba irse para su casa a comentar lo extraño del suceso pero volvió a sentir ruido entre los pajonales. Esta vez la cosa parecía en serio, porque eran bramidos. Y no era para menos Mandinga apreció de nuevo, traía un puma a la cincha. Bravo andaba el bayo, tirando zarpazos y dentelladas por todos lados. Pero el diablo no era manco, y pisándole en las ancas lo inmoló allí mismo, repitiendo el extraño rito de regar con su sangre la plantita de viña. Terminada la operación, tomó al puma por la cola y revoleándolo lo tiró entre los pajonales. Y a los saltos desapareció como si se fuera a buscar otro animal para repetir lo que andaba haciendo.

Noé sospechó que volvería esta vez decidió no dejarlo escapar. Se tanteó la cintura para cerciorarse de que el facón estaba a mano. De su empuñadura colgaba el grueso rebenque cabo de naranjo, y lonja de cuatro dedos de ancho. Se agazapó sobre sus garrones, listo para el salto. No tuvo que esperar mucho. De nuevo se sintieron unos gruñidos y golpes. Mandinga traía de la cola y a los rodillazos un chanchito. Aunque el animal se quería empaquetar, el diablo se dio maña y lo arrimó a la parra. Después de degollarlo, como entendido en el asunto, volvió a regar con su sangre el tronco y toda la tierra que lo rodeaba. Ya se

disponía a tomarlo de la cola para revolearlo, cuando Noé se le fue encima como un ventarrón. No le dio tiempo ni pa' encomendarse a Dios. De un talerazo en la nuca lo volteó panza abajo, y ya se le tiró encima apretándolo con las rodillas en la cintura, mientras le bajaba el rebenque sin asco por las asentaderas.

Mientras le menudeaba los azotes, Noé le gritaba furioso:

-¡Te agarré, maldito! De aquí no vas a salir sin marca, hasta que no me hayas confesado todito lo que andás haciendo, y por qué me has querido engualichar mi viña.

Bramaba el maldito por el dolor, pero no podía sacárselo al paisano Noé de encima. La boca se le llenaba de tierra, y ya medio ahogado le suplicó que no le siguiera pegando. Que le contaría todo lo que había estado haciendo. Así, ya medio charqueado por la lonja de la guacha que Noé no le mezquinaba, se decidió a confesar la picardía que andaba realizando. Y apretando contra el suelo, al final dijo:

-Le estaba echando gualicho a la raíz de la viña, para darle virtud al vino.

-¿Y de que virtud se trata? – bramó Noé.

-Son tres espíritus diferentes – respondió el apretado -. Tres espíritus que se van despertando a medida que le hombre se interna en el vino. Al principio es el de la mona. Al que no sabe dominarse a tiempo, en cuanto se bandea un poco, le entra el espíritu de este bicho, y comienza a hacerse el gracioso para hacer reír a la gente. Y todos los que lo ven, lo cargan diciéndole que suelte la mona que se agarró. Si continúa bebiendo, se le despierta el espíritu del puma. Se pone malo y peleador. Se atreve cobardemente con su mujer y con los chicos. Le da por buscar camorra y por provocar peleas. Es que le ha entrado en el cuerpo la sangre del puma. Si continúa bebiendo, entonces es el cerdo el que se le despierta por dentro. Comienza a gruñir, se le cae el chiripá y termina por tirarse en las cunetas revolcándose en el barro igualito que un chanco.

-¡Ahá, bicho desgracio! – bramó Noé, al tiempo que le descargaba un tremendo rebencazo -. Yo te voy a enseñar a andar haciendo picardías. Aquí mismo te voy a despenar para limpiar el mundo de un sabandija como vos.

Pero al querer sacar el facón, aflojó un poco las rodillas, y Mandinga se le fue de abajo como carozo mal apretado. Noé quedó de rodillas y con el cuchillo en la mano, mientras Mandinga salía echando humo por los pajonales con el trasero ardiéndole por los rebencazos.

Noé se secó el sudor de la cara con la punta del pañuelo que tenía al cuello. Después se arrimó con pena a la planta de vid, dispuesto a cortarla de un solo hachazo. Ya había levantado el facón, cuando el ángel del cielo le detuvo el brazo al tiempo que le pegaba el grito:

-¡No amigo, no lo haga! ¡Respete los dones de Dios! Llegará un día en que el mismísimo Hijo de Dios necesitará del vino, para convertirlo en su sangre, a fin de que todo aquel que la beba tenga la vida eterna, lo que es la vida de Dios. Ahora usted ya sabe los peligros que encierra. Tómelo con moderación y enséñele a sus hijos y nietos la verdad de esta historia.

Pero Noé medio afligido le dijo que aunque así lo hiciera, a lo mejor sus descendientes, empezando por sus hijos, no le harían caso.

Entonces el ángel de Dios agachándose levantó del suelo el rebenque y se lo alcanzó, mientras riendo le decía:

-Tome amigo, y enséñeles esto...¡pa' recuerdo!

publicado en el libro **Cuentos Rodados**, Editorial Patria Grande.

Lectura

Realizar la lectura del cuento en grupo. Es importante que todos los presentes tengan una copia del texto. Se pueden ir turnando dos o tres personas para leer el cuento en voz alta.

Rumiando el relato

Al terminar la lectura entre todo el grupo se reconstruye el relato en forma oral (se lo vuelve a contar).

- ¿Quiénes son los protagonistas del relato?
- ¿Qué realiza "Mandiga" (Satanás) con la planta de vid?
- ¿Cómo reacciona Noé?
- ¿Cuáles son las consecuencias de abusar del fruto de la vid, a la luz de esta historia?
- ¿Qué enseñanza ofrece el autor al final del cuento?

Descubriendo el mensaje

El cuento nos ayuda a pensar en un tema de grave actualidad en nuestro tiempo, el abuso del alcohol, esta grave enfermedad social que es el alcoholismo. El cuento es especialmente bueno para trabajar en grupos de riesgo o con adolescentes.

Según el relato de Mandinga, ¿qué produce el abuso del vino?

Alguna vez te has sentido ¿como la mona? ¿como el puma? ¿o como el cerdo?, por abusar del vino. ¿Qué experimentaste en esos momentos? ¿Y después?

¿Conoces personas, familiares, amigos, que sufran por causas del alcohol?

En los grupos donde te mueves, ¿existe una presión social por consumir alcohol? ¿Cómo te sientes ante esta presión? ¿Cómo puedes responder?

¿Qué mensaje nos deja el cuento?

¿Cómo lo puedes aplicar a tu vida?

Compromiso para la vida

Sintetizar en una frase el mensaje del cuento para nuestra vida.

Para terminar: la oración en común

Leer en común el texto del evangelio señalado.

Compartir oraciones espontáneas en común. A cada intención acompañar diciendo: *Señor, escucha nuestra oración confiada*

Terminar leyendo la oración.

Por los que sufren por el alcohol

*Señor,
acuérdate de las familias
que sufren por causa del alcoholismo.
Por los jóvenes que toman demasiado
y arruinan su vida,
tal vez, sin darse cuenta.
Por los padres y madres de familia
que en su desesperanza
recurren al alcohol.
Por los que están enfermos
y les cuesta cambiar.
Acuérdate de ellos, Señor,
para darles una mano,
y enséñanos a todos
a ayudarnos,
porque nadie puede
permanecer al margen
de este flagelo social
que destruye vidas, sueños,
proyectos y familias.
Enséñanos a sumar nuestro esfuerzo
para superar esta situación.*

La quemazón y las semillas

No te debes vencer por el yuyal. Al contrario, vence al yuyo por medio del trigal (cf. Rom 12, 21).

La vida es en gran parte posibilidad y disponibilidad, igual que la tierra. Es fértil. Pero no sólo es fértil; tiene también una historia. Y esa historia ha dejado en ella semillas que estarán siempre al acecho de la oportunidad que les permita brotar. Toda tierra fértil contiene en su humus semillas de yuyos que duermen en espera de que ella sea removida por el cultivo. No es culpa de la tierra: es consecuencia de su historia. Es el riesgo de ser fértil y estar en disponibilidad.

Ese grupo de hombres se había encariñado con la tierra descubierta. Y a través de su cariño comenzó a sensibilizarse por el dolor de su tierra cubierta por el pajonal. Tal vez ni siquiera supieran gran cosa del paso por ella de los ladrilleros, ni de los especialistas en su fauna y en su flora. Lo que vieron fue cómo los pastitos pequeños morían ahogados por las grandes matas de yuyos que acaparaban la fertilidad que la tierra destinaba para todos. A medida que se internaron en el yuyal vieron también que la luz no llegaba a los pastos pequeños, porque al extender los grandes sus ramajes acaparaban lo que el sol derramaba para todos sobre la tierra.

Y ese grupo de hombres con cariño por la tierra, tuvo así la experiencia de la opresión, del abuso, de lo que no debía ser. Junto a su sentimiento de amor y de cariño por la tierra, sintieron también otro sentimiento, mezcla de rabia y de impotencia.

Por eso se alegraron cuando vieron incendiarse el pajonal. Y ellos mismos ayudaron a desparramar el fuego, ayudados por el viento de Dios que siempre sopla sobre la tierra en caos. Y a la luz del incendio vieron derrumbarse los viejos matorrales y aparecer de nuevo el rostro de la tierra, que es rostro de fiesta y de esperanza.

Pero ¿estaba con eso la tierra liberada? No. Absolutamente no.

Simplemente estaba de nuevo la tierra disponible. Disponible para la siembra y también disponible para el rebrote de todas esas semillas del viejo yuyal.

Hasta aquí, en cierta manera, nada había habido de específico en el actuar de aquellos hombres. Habían colaborado en un proceso que volvía a poner la tierra en disponibilidad. Habían sido simples compañeros de otras fuerzas que actuaban de acuerdo con el antiguo yuyal instalado. Pero al llegar a este momento comenzaron a darse cuenta de que su misión se diversificaba. De que su misión con respecto a esa tierra concreta, disponible para futuros proyectos, era distinta de la de los elementos que hasta allí habían sido sus colaboradores: el viento, el fuego, la luz. Ahora su tierra comenzaba a crear nuevas estructuras. Y en la exigencia concreta del futuro, la tierra tenía derecho a exigir de ellos algo específico. Comenzaba para ellos su auténtica misión: la de sembradores. Eran los hombres de la semilla. De una realidad pequeña pero poderosa y portadora de una vida nueva.

De una vida y de una realidad que la tierra nunca podría producir por sí misma. De algo que tiene que venir de afuera. La realidad de la que estos hombres eran portadores, no pertenecía a la vieja historia de esa tierra. La realidad del trigal, tenía para ella mucho de irrupción, de desembarco. Y sin embargo, desde siempre había estado abierta a la posibilidad del trigal. En lo profundo de su posibilidad, junto a las viejas semillas del yuyal, dormía la esperanza del trigal.

Se hacía urgente para aquellos hombres dedicar todo su esfuerzo concentrándose en la siembra. Ya no se trataba de luchar contra el viejo yuyal, batido en retirada. Había que medirse con el yuyal nuevo que rebrotaba de la vieja historia de la tierra. El viejo egoísmo acaparador, la antigua violencia prepotente, el abuso de usar para sí lo que estaba destinado para todos. Todas estas realidades volvían a subir desde la tierra trepando por los tallos jóvenes del nuevo yuyal.

Luchando contra ello directamente, nada se lograría para la tierra y todo gesto de esos hombres estaría vacío de contenido auténtico.

Sólo se regresaría indefinidamente al mismo punto de partida, dejando a la tierra en disponibilidad para las viejas semillas del yuyal, cuando a los hombres los venciera finalmente el cansancio.

Por eso estos hombres se internaron con cariño en aquella tierra abierta y disponible, sembrándola con la semilla de Dios. Con la semilla del amor, del desinterés, del olvido de sí mismo, entregando a los demás por renuncia hasta eso mismo que estaba destinado para ellos. Porque también ellos tenían un proyecto bien lúcido para la tierra en liberación: su proyecto era llevarla a trigal. Trigal que es tierra liberada. Tierra en la que se ha liberado su capacidad de pan, para ser partido en cada mesa.

Conozco trozos de tierra humilde, donde el yuyal ha sido vencido por el trigal. Son los manchones de tierra liberada por la siembra, que alimentan a nuestra patria.

Elija una sola estrella quien quiera ser sembrador.

publicado en el libro **La sal de la tierra**, Editorial Patria Grande.

Guía para el trabajo pastoral con el cuento **La quemazón y las semillas**

por Marcelo A. Murúa

Lectura

Realizar la lectura del cuento en grupo. Es importante que todos los presentes tengan una copia del texto. Se pueden ir turnando dos o tres personas para leer el cuento en voz alta.

Rumiando el relato

Al terminar la lectura entre todo el grupo se reconstruye el relato en forma oral (se lo vuelve a contar).

¿De qué nos habla el autor en el cuento? ¿Qué describe?

¿Qué posibilidades y disponibilidades encierra la tierra?

¿Cuál es la acción que realizan los hombres al principio del relato? ¿Qué realizan luego? ¿Qué consecuencias tiene cada trabajo sobre la tierra?

¿Cómo caracteriza la acción del yuyal sobre la tierra y los brotes nuevos?

¿Qué actitudes son necesarias para la siembra?

Elegir una frase del texto (releerlo rápido para ubicarla) que más le haya llegado/impactado a cada uno y compartirla en voz alta.

Descubriendo el mensaje

El cuento continua la serie iniciada con "Los hombres y la tierra" (puedes encontrar este cuento en <http://www.buenasnuevas.com/los-toldos/servicios/cuentos.html>) y nos ayuda a pensar sobre la tarea educativa.

La tierra, como cada persona, encierra posibilidades enormes, ¿qué hace falta para despertar y hacer crecer las posibilidades, dones, talentos que cada persona tiene?

¿Cómo caracterizarías a un buen sembrador=un buen educador? ¿Qué actitudes personales favorecen la siembra de valores en las personas?

Observa los cuidados que el sembrador debe realizar para que los yuyos no ahoguen los brotes del trigal en el relato. Repasa las características del yuyal y relaciona esas características con los valores que promueve la sociedad actual, y su dios el mercado (acaparar, vivir para uno, no compartir...) ¿Cómo promover los valores del evangelio en nuestros días?

Al final del relato el autor sugiere que un buen sembrador debe concentrarse en algo específico, ¿cuál puede ser la siembra que de sentido a tu vida?

¿Qué aprendes del cuento para tu vida? ¿Cómo puedes aplicar el mensaje del cuento?

Compromiso para la vida

Sintetizar en una frase el mensaje que has descubierto en el cuento para tu vida. Compartirlo con los demás.

Para terminar: la oración en común

Leer entre todos la oración y luego poner en común las intenciones de cada uno.

Terminar con una canción.

La siembra

Danos Señor

la entrega sencilla y el testimonio auténtico

para que sean las herramientas

con las que sembremos los valores del Evangelio.

Mucha vida y menos palabras,

para llegar al corazón y no quedarse en la superficie.

Como los has hecho Tú,

que esparciste la semilla con la entrega de tu vida

y fecundaste la tierra entera con levadura de esperanza.

La mano derecha

Este es un cuento de bichos. Y trata de Aguará, el Zorro. Don Juan, como se lo llama en el campo. Personaje lleno de astucia, y por demás aficionado a los gallineros. Pero que no deja así nomás el cuero en la estaca. Aunque a veces el hambre lo lleva a cometer imprudencias, que suele pagar caro.

Se la tenían jurada en la estancia a Don Juan. Sabían que era inútil buscarlo entre las pajas bravas del cañadón, una vez que allí se ganaba. También hubiera sido de gusto buscarlo con perros de día. Los olía de lejos y cualquier cueva le servía de escondite para hacérseles humo. De ahí que decidieron ganarle por la astucia. Conocían su preferencia por las que llevan pluma, sobre todo cuando están gordas y alejadas de la defensa normal de los gallineros cercanos a la casa.

Y así fue que le armaron la trampa. En la tapera vieja. Le ataron una gallina viva y gorda a media altura, enredándola en un alambre, entre los gajos no muy altos de un naranjo viejo. Todo parecía haber sucedido de casualidad. La gallina podría haberse alejado de la casa habitada y la noche la sorprendería picoteando en el patio lleno de yuyos en la tapera vieja. Allí se habría subido al naranjo para dormir a seguro, y un alambre quizá de cuánto tiempo olvidado, la habría enganchado dejándosela a pedir de boca a Don Juan.

Al menos esa fue la conclusión a la que llegó el Aguará luego de estudiar desde la distancia y con cautela la situación con la que se encontró aquella nohcecita. El hambre lo había sacado del pajonal, y antes de arriesgar una cercanía al gallinero había querido pasar por aquel lugar para averiguar el ruido del aleteo de lo que podría ser un ave. No se dejó convencer muy fácil. Pero al fin el hambre por un lado, y su instinto de cazador solitario por el otro, lo animaron a acercarse. Y lo que vio le confirmó sus esperanzas. La gallina estaba al alcance de sus saltos, y de ninguna manera había allí arriba nada que se pareciera a una trampa. Tenía suficiente experiencia como para conocer dónde había peligro. Y la gallina estaba realmente apetitosa.

-Dios ayuda al que madruga – se dijo, sin percatarse de que otro había madrugado antes que él. De esto se dio cuenta recién cuando al segundo salto, y casi teniendo ya el ave entre sus dientes, al caer a tierra sintió el ¡trac! De la trampa de hierro que estaba escondida entre los pastos del suelo.

Eso no se lo había esperado. ¡Maldita gula, que lo llevó a descuidarse! La trampa no estaba entre las ramas, sino donde había puesto la pata. O mejor la mano. Porque la pinza de hierro con dientes herrumbrados, había agarrado su mano derecha justo por arriba de la muñeca. La sangre comenzó a chorrear y el frío inicial se fue convirtiendo en un agudísimo dolor que le acalambra todo el cuerpo. Fueron inútiles los esfuerzos. Los dientes penetraban cada vez más en la coyuntura, y la trampa estaba amarrada con alambre al tronco del árbol.

Bien pronto Don Juan el Aguará comprendió que todo estaba perdido. De allí no se soltaría, ni podría llevarse aquella maldita trampa a su cueva. Luego de una noche de dolores tremendos, llegaría la madrugada y con ella el peón recorriendo al trotecito de su caballo zaino. Abriría desde arriba la tranquera, se acercaría a la tapera, se dejaría caer del caballo con el talero en la mano, arrollada la lonja sobre el puño y libre el cabo para sacudirle el golpe que lo despenaría definitivamente. De todo esto no le cabía la menor duda. Aunque a veces el dolor y su instinto de conservación lo llevaban a realizar desesperados esfuerzos por arrancar su mano derecha de la dentadura de fierro que lo atenazaba.

Y llegó la madrugada. El golpe del cierre sobre el travesaño de la tranquera lo despertó del letargo. Allí estaba el peón acercándose al trotecito sobón de su zaino. Don Juan se dio cuenta de que había llegado el momento decisivo. Había que optar. Y optó.

Arrimó con rabia sus afilados dientes a los dientes de hierro de la trampa, afirmándolas justo allí sobre la herida que producían. Cerró los ojos, y a la vez que daba un tremendo tirón, mordió con todas sus fuerzas su propia mano, cortándosela a ras del hierro.

Allí quedaría su mano derecha, mientras él, en tres patas y casi sin fuerzas, huía hacia los pajonales salvando así su vida.

Consideró preferible salvar la vida rengo, que terminar con sus cuatro patas bajo el talero del peón.

publicado en el libro **Cuentos Rodados**, Editorial Patria Grande.

Guía para el trabajo pastoral con el cuento La mano derecha

por Marcelo A. Murúa

Lectura

Realizar la lectura del cuento en grupo. Es importante que todos los presentes tengan una copia del texto. Se pueden ir turnando dos o tres personas para leer el cuento en voz alta.

Rumiando el relato

Al terminar la lectura entre todo el grupo se reconstruye el relato en forma oral (se lo vuelve a contar).

- ¿Quién es el protagonista del relato?
- ¿Qué trampa le tienden y por qué?
- ¿Por qué cae el zorro en la trampa?
- ¿Cuál sería la consecuencia de su imprudencia? ¿Qué decide hacer?
- ¿Qué enseñanza ofrece el autor al final del cuento?

Descubriendo el mensaje

El cuento nos ayuda a reflexionar sobre las cosas que nos "atan" en la vida y nos esclavizan haciéndonos perder la libertad.

¿Has vivido alguna experiencia semejante a la que relata el cuento?

Observa y releé las actitudes del zorro antes de caer en la trampa... ¿qué cosas nos pueden hacer caer en la vida?

¿Qué decisión toma el zorro cuando ve que perderá la vida? ¿Has tenido que tomar decisiones parecidas en tu vida? ¿Hay alguna situación que te atenaza como una trampa y te hace perder tu libertad?

¿Qué mensaje nos deja el cuento? ¿Qué tiene que ver todo esto con la experiencia del pecado?

¿Recuerdas alguna frase de Jesús relacionada con el mensaje del cuento?

¿Cómo lo puedes aplicar a tu vida?

Compromiso para la vida

Sintetizar en una frase el mensaje del cuento para nuestra vida.

Para terminar: la oración en común

Leer en común el texto del evangelio señalado.

Compartir oraciones espontáneas en común. A cada intención acompañar diciendo:

Señor, danos valentía para cambiar

Terminar leyendo la oración.

Danos valentía para cambiar

*Señor,
dános valentía para cambiar
y liberarnos de las cosas
que nos atan en la vida.
Ser fiel a tu palabra
y a tus enseñanzas
nos cuesta mucho...
pero es la única manera
de ser libre de verdad.
Danos fuerzas, Señor,
para dejar lo que nos hace esclavos
y cambiar para vivir mejor.*

Los grillos y el vendaval

La tarde había ido apilando nubarrones en el oeste. Hacía días que el viento norte andaba suelto, acartuchando los maizales y enervando a la gente. Algo tenía que pasar esa noche.

Caído ya el sol, todo el horizonte refucilaba en silencio, como quien prueba el filo de sus armas antes del entrevero.

Los molinos montaban guardia, cada uno en la esquina de su potrero, olfateando el viento, siempre de frente. Y los grandes eucaliptos de las avenidas entraban en la noche de a pie, bien agarrados en la tierra con sus raíces en abanico y recortando un trozo del cielo estrellado con su ramaje tendido al aire. Algunos eran bien grandes. Se los podía ver desde legua y media de distancia; y hasta podían ser puntos de referencia. Alrededor de las casas estaban desparramados los demás árboles. Unos grandes; otros pobres, más chicos. Algunos tenían como misión dar fruta, otros sólo flores. Y otros estaban allí nomás por llenar un hueco, simplemente porque la casualidad de la vida había hecho entrar allí su carozo. O tal vez porque alguien, alguna vez, se había fijado en ellos y los había transplantado allí.

Pero todos, eso sí, habían buscado la altura. Su ansia de aire y de luz los había obligado a estirarse para sacar al menos el brazo de una rama por encima de los demás. Algunos no habían llegado a tiempo y ahí estaban, tapados y secos.

Todos entraban en la misma noche, cada uno con su historia hecha de pasado y de proyectos. Cada uno asegurado en su existencia por la profundidad de sus raíces, la seguridad de sus tornillos o la flexibilidad de sus ramas. El tiempo había ido acumulando en ellos fuerza y resistencia. Curtidos por los soles o los vientos, habían terminado por tener confianza en ellos mismos. Además, cada uno de ellos comprendía y valoraba el aporte de su propia existencia. Algunos tenían sus frutas casi maduras. Otros las estaban haciendo crecer para mayo. Leña, abrigo, sombra o agua: cada techo y cada árbol tenía conciencia de estar cumpliendo una misión. Y la conciencia de estar cumpliendo una misión importante mantiene fácilmente en pie y hace que uno considere su propia existencia como imprescindible. A los mejor, acostumbrados de tiempo a estar allí plantados, les resultaba difícil imaginarse ese paisaje sin ellos. Y de tanto tomarse entre ellos como puntos de referencia, y de mirar desde la altura de sus ramas hacia abajo, habían reducido su geografía a la superficie capaz de ser cubierta por su sombra. Habían reducido la vida a su vida, y la existencia a su existencia.

Al final la noche terminó por envolverlo todo. El candil de una luna en creciente apenas si lograba mantenerse encendido detrás de las nubes; pero no iluminaba nada. Sólo el chispear de los refucilos cada vez más amplios en sus ademanes, lograba regalar su contorno a los árboles con más tamaño. Pero eso era sólo el gesto de un instante, lo necesario como para ubicar al enemigo.

Cuando del bochorno del día cada uno se fue entregando al descanso atrincherado en sus viejas seguridades. Sólo los grillos parecían estar despiertos y mezclaban en toda esa geografía su humilde canto inútil. Acostumbrados a mirar desde abajo y a sentirse pequeños, se habían olvidado casi de sí mismos y necesitaban de su canto para comunicarse con sus hermanos grillos invisibles, pero también despiertos. Así profesaban su fe en todo lo grande que veían arriba: el cielo, las nubes, los refucilos; y mucho, pero mucho más lejos, las estrellas ahora ocultas.

A media noche se oyó un grito. Ese grito inmenso de la naturaleza sorprendida por el vendaval. Cada rama, cada tronco, cada arista gimió bajo el tremendo empuje de la avalancha. Cedieron las raíces de los inmensos eucaliptos, y en su caída esos gigantes aplastaron en su abrazo a cuanto se guarnecía a su sombra. Todo cuanto estaba de pie fue sacudido por el vendaval, que en sólo tres minutos cambió el viejo paisaje abriendo brechas de luz y derramando descuajados los ramajes con historias y proyectos. También el canto de los grillos fue ahogado por ese alarido del vendaval y de las cosas, y en esos momentos ya nadie pensó más en ellos. Ni en ello ni en nada. El impacto de la sorpresa y la angustia del paisaje transformado, hicieron que los hombres se olvidaran de todo lo que aún seguía igual.

A lo mejor nadie pensó que las estrellas aún seguían en sus sitios. Nadie de los hombres, aturdidos por el miedo, consideró que aún se darían atardeceres quietos y anocheceres tibios con luciérnagas en los reparos.

Tratando de templar los nervios, tendido en la cama, yo escuchaba los truenos que se alejaban hacia el este destrozando paisajes viejos, arriados por refucilos que la distancia hacía cada vez menos enérgicos. El silencio se fue acercando, como para ver qué pasó. Y fue entonces cuando un chirrido arañó el silencio de los truenos lejanos. Breve, el canto del grillo se detuvo como asustando de lo que había hecho. Pero al ratito se repitió con más confianza. Y pronto tomó la firmeza y el ritmo cadencioso de las letanías de capilla de misión. Otros grillos se unieron a su rezo, y pronto, de entre los pastos prosternados por el vendaval, surgió hacia la noche madre de las estrellas aún ocultas, hacia Dios, esa profesión de fe en la vida y en la victoria sobre todos los vendavales pasados y futuros.

¿Inconsciencia del grillo? No.

Simple y profunda intuición de mi pueblo humilde.

Hay árboles que sólo cuando han caído
uno se da cuenta de lo grandes que eran
(proverbio chino).

publicado en el libro **La sal de la tierra**, Editorial Patria Grande.

Imagen y semejanza

Mi tío Alejandro Brac vivía sobre la antigua ruta 11, entre Caragatatay y Malabrigo. Ese camino de tierra formaba como una picada en el monte, bordeando las vías del Ferrocarril Belgrano.

Siendo estudiante, en alguno de mis regresos al norte, aprovechaba para arrimarme hasta allá, casi siempre a caballo en compañía de mi hermano Arnoldo, que falleciera tiempo después en un accidente sobre esa misma ruta 11.

Llevo unida la imagen de este tío a uno de sus famosos cuentos. Tenía arte para contarlos, y mucha sabiduría encerrada en sus palabras. Con todo creo que este cuento ha rodado mucho dentro de mí mismo, y que el tiempo lo fue puliendo y golpeando como a los laques mapuches. Y en mi caso en un contexto guaraní, que por se el de mi infancia, siempre me ha dado astillas para mis quemazones.

Y ahí va lo sucedido. Una vuelta estaba el Niño Jesús a la costa del Paraná jugando. Como todos los niños se dedicaba a modelar figuras de animales y de pajaritos con sus manitas embarradas. Solo que él tenía el poder de darles además de la forma, la vida. Luego de trabajarlos bien, no los ponía a secar. Simplemente los colocaba en la palma de la mano y los soplabá. Es decir: los rozaba con su aliento como si les diera un beso. Y al sentirse alentados por el beso de Dios, los animalitos se estremecían de vida; y se largaban a volar, a correr, a saltar o a hacer aquello que la vida les regalaba por dentro.

Pero un día el Niño Dios quiso hacer algo realmente bonito. Iba a crear el mainumb: el picaflor. La verdad es que se esmeró al inventarlo. No quería hacerlo grande, pretendía hacerlo hermoso. Buscó entre los ivot iporá veva, las flores más lindas, los colores más brillantes y llamativos y se los colocó en la palma de la mano. En un claro del monte recogió algo del ñasaind, dejado por la luna. Del cohetí mañanero, la alborada, extrajo los colores suaves. Mezcló todo esto con un puñadito blando de retá pytá, tierra colorada del borde del Paraná. Lo amasó despacito con sus dedos divinos hasta hacer una pasta tierna y delicada. Y le dio la forma de un pajarito, en le que metió una chispa de aratirí: el relámpago.

Así lo tenía en al palma de su mano derecha, como si fuera el nido desde donde tendría que partir. Lo arrió despacito a la boca y lo rozó apenas con sus labios para besarlo. Tocado por el soplo divino el pajarito se estremeció entero y abriendo las alas partió recto hacia arriba, para doblar en ángulo cerrado sobre sí mismo y ser una flor temblorosa frente a un racimo azul de jacarandá. Así nació el mainumb.

Pero resulta que Añá Mba'e Poch, el diablo, lo andaba espiando. Porque quería copiar lo que el Niño Dios hacía, para sacar también él algo parecido. Fue haciendo lo que le veía hacer. Y así, juntó también él un poco de los colores de las flores primorosas, le robó los tintes a la alborada, y los mezcló con claro de luna y temblor de refucilo. Buscó la greda colorada del Paraná y con sus dedos peludos y largos trató de darle forma a la pasta que había conseguido. No le salió tan prolijo, porque de apurado tenía un ojo en lo que miraba y otro en lo que hacía. Lo que siempre es feo. Cuando lo tuvo listo a su pajarito, resulta que éste no se movía. Y claro ¡que se iba a mover! Si no tenía vida adentro. Tenía que soplarlo. Pero el diablo tiene mal aliento. En cuanto Añá Mba'e Poch la arrió a su hocico y lo quiso besar, el pobre bichito se aplastó contra la mano como para atajarse. El diablo lo tiró para arriba, a fin de que volara. Y resultó que en vez de largarse de flor en flor como el mainumb de Dios, el animalito cayó al suelo como un cascote y se desparramó todo. Así nació el cururú vaí, el escuerzo. A pesar de que tiene lindos colores, siempre anda aplastado y escondiéndose, porque lleva arriba el mal aliento del diablo.

Dios inventó el amor, con todo lo lindo que encontró, y le dio el beso de su bendición. El diablo quiso copiarlo, y lo que le salió fue el vicio, la pasión y el egoísmo. En muchas cosas se parecen, pero son muy distintos. Como el mainumb lo es del cururú vaí.

publicado en el libro **Cuentos Rodados**, Editorial Patria Grande.

Lectura

Realizar la lectura del cuento en grupo. Es importante que todos los presentes tengan una copia del texto. Se pueden ir turnando dos o tres personas para leer el cuento en voz alta.

Rumiando el relato

Al terminar la lectura entre todo el grupo se reconstruye el relato en forma oral (se lo vuelve a contar).

- ¿De qué nos habla el relato?
- ¿Qué hace el niño Dios?
- ¿Qué hace el diablo?
- ¿Cómo son sus respectivas creaciones? ¿Por qué?
- ¿Qué enseñanza ofrece el autor al final del cuento?

Descubriendo el mensaje

El cuento nos ayuda a reflexionar sobre las cosas que nacen de Dios, del bien, y las que nacen del mal.

¿En qué se parecen el colibrí y el escuerzo del relato?

Repasa los pasos de creación de cada uno y compáralos. ¿Qué diferencias encuentras?

Al final del cuento el autor compara estas dos creaciones con las obras de Dios y del diablo. Dios promueve cosas buenas... el diablo cosas malas.

¿Cómo lo puedes aplicar a tu vida?

Compromiso para la vida

Sintetizar en una frase el mensaje del cuento para nuestra vida.

Para terminar: la oración en común

Leer en común el texto del evangelio señalado.

Compartir oraciones espontáneas en común. A cada intención acompañar diciendo:

Señor, enséñanos a discernir lo bueno de lo malo

Terminar leyendo la oración.

Enséñanos a discernir

*Señor,
enséñanos a discernir
lo bueno de lo malo.
A veces nos confundimos,
nos equivocamos
y estamos como ciegos,
o lo que es peor...
no queremos ver.
Tu Palabra y tu vida
nos ayudan a ver lo que es bueno
y lo que es malo.
Que aprendamos, Señor,
para vivir siempre en tu presencia.*

La esperanza

La desesperación no es un camino sin salida. El camino sin salida es el del desanimado. El de aquél que ha perdido el coraje de seguir peleando porque la experiencia le ha lastimado la esperanza.

El desanimado ha perdido el sentido de la lucha. Tal vez peor: la fuerza para luchar. Es entonces cuando es necesario hacerlo crecer hasta la desesperación, suscitándole la bronca. La bronca sembrada sobre el desánimo hace nacer la desesperación.

Y la desesperación superada, eso es la esperanza.

Por eso me parece imposible suscitar la esperanza en un desanimado a través de la compasión. Un desanimado no necesita de la lástima. La lástima es el reponso sobre el desanimado. Al desanimado hay que llevarlo a la bronca, a fin de que sacudido en su vergüenza asuma la desesperación y la supere. Allí, reconquistado el valor fundamental de su vida, emprenderá la lucha. Lucha que no pondrá sus garantías en las fuerzas personales, ni en las dotes de su naturaleza. Porque de ellas se tiene la experiencia de su fragilidad. Hasta cierto punto, sobre ellas el desánimo ha hecho la amputación de su capacidad de ser garantías.

La garantía se pone sobre algo mucho más profundo y más inagarrable. Sobre algo mucho más nuestro, en definitiva. Sobre el misterio de nuestra propia vida. Mi vida tiene un sentido. El vivirlo es lo que me permitirá ser. Esa convicción profunda es un acto profundo de fe en sí mismo. O mejor: es algo que llevamos por dentro y que nos puso en camino. Creer que mi vida tiene un misterio que puede ser cumplido. Saber que eso existe y que aunque no lo veo es lo único que da apoyo real a mi vida y a mis opciones, es algo que me hace superar la desesperación.

Pero insisto. Sólo la bronca puede llegar a hacernos crecer hasta la desesperación. Esa actitud profundamente humana, que no nos deja admitir que nuestra carezca de sentido. Y es la fuerza que el desanimado necesita para no dejarse estar. La desesperación no es la desesperanza. La desesperanza es carecer de esperanza, es la situación de no tener ya esperanza. Mientras que la desesperación es la situación de no tener aún esperanza y por lo tanto la urgencia tenaz por conquistarla.

En la práctica, pienso que hay situaciones en las que sólo nos queda una actitud humana razonable: sembrar con fe en el surco del amor para que poco a poco vaya creciendo la esperanza.

publicado en el libro **La sal de la tierra**, Editorial Patria Grande.

La doma del corazón

Me has seducido, Señor Dios,
y yo me dejé seducir;
me has agarrado, y me has podido

(Jeremías 20, 7)

Frente al actuar de Dios, hay como dos tiempos. Primero un tiempo de rumia y de intimidad; y luego otro tiempo de acción y de fidelidad.

Cierto que a veces Dios puede invertir esos dos tiempos. Nos hace partir ingenuamente en una actitud de acción en la fidelidad, para luego llevarnos a esa rumia peleada en la intimidad. Y puede suceder que a veces hasta nos entrevere las dos realidades, que tienen así que ser vividas a la vez en una fidelidad clara por fuera, y en una lucha profunda y oscura por dentro.

Pero suele ser frecuente la primera forma. Dios nos pone frente a un misterio exigente de nuestra vida. Nos llama a negarnos a nosotros mismos, a tomar nuestra cruz y a seguirlo. Nuestro corazón, tomado por sorpresa, no logra aceptarlo y se subleva. Y Dios nos invita a aceptar ese corcovar de nuestro corazón. Dios no se asusta de nuestra lucha por domar el corazón a fin de prepararlo para la disponibilidad. El Señor Dios acepta la queja, la protesta, y hasta la blasfemia contra sí o contra lo nuestro. Porque el Señor Dios, como todo viejo domador, conoce que la mejor entrega es aquella que previamente ha probado la incapacidad de resistir, en eso de agotar todos los recursos para liberarse de esa otra voluntad más fuerte. Esa otra voluntad que nos lleva a poner todo nuestro brío al servicio de algo.

Tenemos así que comprobar, o hacerle comprobar a nuestro corazón, que Dios es tan ingenioso, o más, en eso de prever imprevistos, y en el no dejarse sorprender. Pareciera como que Dios quiere previamente mostrarle a nuestro corazón toda su capacidad de fuerza y toda su riqueza de recursos. La riqueza oculta en Dios, y también la riqueza que hay en el propio corazón.

Una vez que el corazón haya comprendido la grandeza y la misteriosa fuerza de Dios, se animará al fin a poner su propia riqueza al servicio de la fuerza de Dios, y a trabajar en algo realmente positivo. Pero esa riqueza primero hay que descubrirla en la lucha por dentro con Dios.

El corazón no perderá su brío. No señor, al contrario. La dura lucha de la doma habrá llevado hasta sus límites la experiencia de sus fuerzas y sus posibilidades. Pero al haber tenido que enfrentarlas con las de Dios, habrá también experimentado sus propios límites y habrá descubierto “lo más allá” de Dios. Su frontera de misterio, más allá de la cual aún sigue su fuerza, su grandeza y su inteligencia. Porque esa rica experiencia de la lucha lo dispondrá mejor para poner su propia fuerza y su instinto al servicio de la fuerza y del instinto inteligente de Dios.

Sigo pensando que lo que construye al hombre no es la libertad, sino la disponibilidad para poner sus fuerzas y su libertad al servicio de algo... o de Alguien.

publicado en el libro **La sal de la tierra**, Editorial Patria Grande.

Morir en la pavada

Una vez un catamarqueño, que andaba repechando la cordillera, encontró entre las rocas de las cumbres un extraño huevo. Era demasiado grande para ser de gallina. Además hubiera sido difícil que este animal llegara hasta allá para depositarlo. Y resultaba demasiado chico para ser de avestruz.

No sabiendo lo que era, decidió llevárselo. Cuando llegó a su casa, se lo entregó a la patrona, que justamente tenía una pava empollando una nidada de huevos recién colocados. Viendo que más o menos eran del tamaño de los otros, fue y lo colocó también a éste debajo de la pava clueca.

Dio la casualidad que para cuando empezaron a romper los cascarones los pavitos, también lo hizo el pichón que se empollaba en el huevo traído de las cumbres. Y aunque resultó un animalito o del todo igual, no desentonaba demasiado del resto de la nidada. Y sin embargo se trataba de un pichón de cóndor. Si señor, de cóndor, como usted oye. Aunque había nacido al calor de la pava clueca, la vida le venía de otra fuente.

Como no tenía de donde aprender otra cosa, el bichito imitó lo que veía hacer. Piaba como los otros pavitos, y seguía a la pava grande en busca de gusanitos, semillitas y desperdicios. Escarbaba la tierra, y a los saltos trataba de arrancar las frutitas maduras del tuitá. Vivía en el gallinero, y le tenía miedo a los cuzcos lanudos que muchas veces venían a disputarle lo que la patrona tiraba en el patio de tras, después de las comidas. De noche se subía a las ramas del algarrobo por miedo de las comadrejas y otras alimañas. Vivía totalmente en la pavada, haciendo lo que veía hacer a los demás.

A veces se sentía un poco extraño. Sobre todo cuando tenía oportunidad de estar a solas. Pero no era frecuente que lo dejaran solo. El pavo no aguanta la soledad, ni soporta que otros se dediquen a ella. Es bicho de andar siempre en bandada, sacando pecho para impresionar, abriendo la cola y arrastrando el ala. Cualquier cosa que los impresione, es inmediatamente respondida con una sonora burla. Cosa muy típica de estos pajarones, que a pesar de ser grandes, no vuelan.

Un mediodía de cielo claro y nubes blancas allá en las altura, nuestro animalito quedó sorprendido al ver unas extrañas aves que planeaban majestuosas, casi sin mover las alas. Sintió como un sacudón en lo profundo de su ser. Algo así como un llamado viejo que quería despertarlo en lo íntimo de sus fibras. Sus ojos acostumbrados a mirar siempre al suelo en busca de comida, no lograban distinguir lo que sucedía en las alturas. Pero su corazón despertó a una nostalgia poderosa. ¿y él, porqué no volaba así? El corazón le latió, apresurado y ansioso.

Pero en ese momento se le acercó una pava preguntándole lo que estaba haciendo. Se rió de él cuando sintió su confianza. Le dijo que era un romántico, y que se dejara de tonterías. Ellos estaban en otra cosa. Tenía que ser realista y acompañarla a un lugar donde había encontrado mucha frutita madura y todo tipo de gusanos.

Desorientado el pobre animalito se dejó sacar de su embrujo y siguió a su compañera que lo devolvió a la pavada. Retomó su vida normal, siempre atormentado por una profunda insatisfacción interior que lo hacía sentir extraño.

Nunca descubrió su verdadera identidad de cóndor. Y llegado a vieja, un día murió. Sí, lamentablemente murió en la pavada como había vivido.

¡Y pensar que había nacido para las cumbres!

publicado en el libro **Cuentos Rodados**, Editorial Patria Grande.

El misterio de Dios

Dios lo abandonó para probarlo
y descubrir todo lo que tenía
en su corazón

(2 Cron 32, 31).

Frente al misterio del pecado, muchas veces sube en nosotros esa pregunta: ¿por qué Dios lo abandonó?

Y si la experiencia de pecado se ha dado en nosotros, entonces se hace mucho más quemante la pregunta: Señor, ¿por qué me abandonaste? ¿por qué dejás que mi corazón se extravíe lejos de vos? como dice Isaías hablando de su pueblo en el capítulo 63, 17.

Pienso que nuestro corazón es mucho más ancho de lo que nosotros pensamos. Nosotros hemos alambrado un retazo de nuestro corazón y pretendemos allí vivir nuestra fidelidad a Dios. Nos hemos decidido a cultivar sólo un trozo de nuestra tierra fértil. Y hemos dejado sin recorrer lo cañadones de nuestra entera realidad humana, el campo bruto que sólo es pastizal de guarida para nuestros bichos silvestres. Hemos trabajado con cariño y con imaginación ese trozo alambrado. Tal vez hemos logrado un jardín con flores y todo; y para ellos hemos rodeado con un tejido que lo hacía inaccesible a toda nuestra fauna silvestre. Y nos ha dolido la sorpresa de ver una mañana que alguno de los bichos (nuestros pero no reconocidos) ha invadido nuestro jardín y ha hecho destrozos. Y la dolorosa experiencia de la presencia de ese bicho nuestro, introducido en nuestra geografía cultivada, llegó incluso a desanimarnos y a quitarnos las ganas de continuar. Es la experiencia del corazón sorprendido y dolorido.

Y no pensamos que a lo mejor a Dios también le dolía el corazón, viendo que tanta tierra que él nos había regalado para vivir en ella un encuentro con él, había quedado sin cultivar. Que nosotros le habíamos cerrado el acceso a gran parte de nuestra tierra fértil.

A veces, por ahí, uno de esos salmos (gritador y polvoriento) sacude alguno de los pajones de nuestro inconsciente, y se despiertan allí sentimientos que buscan llegar a oración. Pero nosotros enseguida los espantamos. No queremos que en nuestro diálogo con Dios se mezcle el canto agreste nuestra fauna lagunera. Quisiéramos mantener a Dios en la ignorancia de todo aquello que está en nosotros pero que nosotros no aceptamos.

Y es entonces cuando Dios nos obliga a reconocer nuestro corazón. Dios nos abandona para probarnos y descubrimos todo lo que hay en nuestro corazón. Para que urgido por la dura experiencia de nuestro pecado hagamos llegar hasta sus oídos ese grito pleno de nuestro corazón. Y en esa dolorosa experiencia empieza a morir nuestra dificultad psicológica de rezar ciertos salmos. Nosotros no los aceptábamos porque nos sentíamos plenamente inmunes, puros, totalmente cristianos. Nos parecía que esos salmos eran “pre cristianos”. Gritos de una geografía dejada atrás. Pero nuestro pecado nos llama a la dolorosa realidad de tener que comprobar que la mayor parte de nuestro corazón debe aún ser evangelizado. Que hasta ahí aún no ha llegado la buena noticia de que Cristo se hizo hombre, que murió asumiendo nuestro pecado y que con ellos descendió a los infiernos, para vencer en su propia guarida la raíz venenosa del pecado y de su compañera la muerte.

Dios podría impedir la quemazón de nuestros pajonales. Y sin embargo prefiere sembrar más allá de las cenizas, en la tierra fértil que hay debajo. Dios no impide nuestra muerte; en el surco de nuestra muerte siembra la resurrección para el más allá.

Porque Dios se ha comprometido con todo nuestro corazón. Porque nuestro corazón se salva en plenitud, o no se salva nada. Pero Dios es poderoso. Y lo salvará.

publicado en el libro **La sal de la tierra**, Editorial Patria Grande.

Guía para el trabajo pastoral con el cuento El misterio de Dios

por Marcelo A. Murúa

Lectura

Realizar la lectura del cuento en grupo. Es importante que todos los presentes tengan una copia del texto. Se pueden ir turnando dos o tres personas para leer el cuento en voz alta.

Rumiando el relato

Al terminar la lectura entre todo el grupo se reconstruye el relato en forma oral (se lo vuelve a contar).

El cuento comienza con una frase bíblica, ¿qué dice de Dios esa frase?

¿Cómo describe nuestro corazón? ¿Qué dice de sus posibilidades, de sus limitaciones? ¿Cómo siente el autor que usamos nuestro corazón?

¿Con qué imagen describe la experiencia de pecado en nuestra vida?

Al presentar los salmos, ¿cómo lo hace? ¿A qué nos pueden ayudar?

¿Qué hace Dios con nuestros pecados y limitaciones? ¿Qué esperanza tenemos?

Elegir una frase del texto (releerlo rápido para ubicarla) que más le haya llegado/impactado a cada uno y compartirla en voz alta.

Descubriendo el mensaje

El cuento puede ayudarnos a motivar una reflexión sobre nuestra experiencia de pecado. Es un lindo cuento para reflexionar en cuaresma.

Intenta aplicar la comparación del campo y del corazón, usada por el autor, ¿se aplica a tu vida? ¿Qué posibilidades no trabajadas tiene tu persona? ¿Cuáles son los dones/talentos que sí has trabajado? ¿Qué cosas de tu interioridad te sorprenden?

¿Conoces a los "bichos silvestres" (como delicadamente presenta el cuento a nuestras situaciones de pecado)? ¿Charlas con Dios de tus limitaciones, de tus experiencias de pecado y egoísmo, de las cosas de ti mismo que te sorprenden?

¿Haz rezado alguna vez con los salmos? Ellos nos hablan desde situaciones de la vida de las cosas de Dios. Prueba orar con alguno de estos:

Para rezarlos te recomendamos leer una vez el salmo entero y luego hacer un momento de silencio. Quedate "rumiando" lo que has escuchado y repite alguna de las frases que más te haya llegado. Luego releé lentamente y compara con tu vida lo que lees. Deja que el salmo ilumine el campo de tu corazón y presentale a Dios lo que vayas descubriendo.

¿Qué aprendes del cuento para tu vida? ¿Cómo puedes aplicar el mensaje del cuento?

Compromiso para la vida

Sintetizar en una frase el mensaje que has descubierto en el cuento para tu vida. Compartirlo con los demás.

Para terminar: la oración en común

Leer entre todos la oración y luego poner en común las intenciones de cada uno.

Terminar con una canción.

Nuestro corazón

*Nos has regalado un corazón ancho y fértil,
Señor de la Vida,
que apenas conocemos y exploramos.
Ayúdanos a salir
de nuestros refugios,
lo conocido, lo que sabemos,
adonde estamos seguros...
para ir al encuentro
de todo lo que has sembrado para nosotros.
Cuando nos sorprenda nuestro egoísmo
y echemos a perder lo mucho recibido
acompañanos
no nos abandones en el dolor y el fracaso.
Como el agricultor sencillo
que sabe sembrar de nuevo
entre las cenizas del campo quemado,
Dios bueno y fiel, trabaja nuestra tierra
para que nazcan los retoños
de nuestras posibilidades nuevas,
porque, de tu mano,
siempre hay lugar y tiempo
para una nueva cosecha
que de frutos de nosotros
que aún no conocemos.
Somos la tierra en tus manos,
podemos ser tus frutos soñados...*

El ojo de la aguja

A los que hemos tenido infancia campesina, los adjetivos nos han quedado acollarados casi siempre, no a ideas, sino a objetos. Por ejemplo, para mí, el adjetivo grande lo tengo unido al eucalipto que quedaba entre el patio de naranjos y el piquete de terreno en que se encerraba al caballo nochera.

Era realmente grande. No sé cuánto de alto podría tener. Ahora pienso que tal vez llegara a los veinticinco metros. Pero era enorme para mi estatura de gurí que no llegaba siquiera a uno. Se lo distinguía de más de dos leguas de distancia. Y era claramente un punto de referencia. Cuando alguien quería llegar a casa, era fácil ubicarla aunque se estuviera lejos. La casa de don Antonio era la que tenía el eucalipto grande. Me animaría a decir que su tamaño llegaba a dar nombre propio al lugar. Así con mayúsculas: Eucalipto Grande.

Tres niños tomados por la mano, haciendo ronda, no hubiéramos podido abarcar su enorme tronco, que recién se abría en ramas a una cierta altura. Esto hacía imposible treparlo. Además, su tamaño había hecho que los mayores crearan una especie de zona de exclusión respecto a este árbol. Al Eucalipto Grande no se debía subir. Eso lo hacía doblemente fascinante, y en más de una siesta los más chicos probamos fortuna. Sobre todo porque en sus ramas más abiertas las cotorras hacían sus enormes nidos y nuestros gomerazos apenas llegaban hasta allá con fuerza como para ser efectivos.

Era el árbol en que anidaban los pirinchos. Allí tenían su conventillo del que salían y entraban continuamente las pirinchas para poner sus huevos, tirando a veces al suelo a aquellos que habían tenido la mala suerte de quedar en los bordes. Eran e aquellos tipos de huevos muy estimados por su color verde claro lleno de pintintas blancas de cal. Junto con los de perdiz, pitogué, paloma y calandria, servían para hacer grandes collares que adornaban las paredes del comedor. En medio de aquel rosario de colores, algún huevo de avestruz ya medio amarillento por lo viejo, oficiaba de Padrenuestro por su tamaño y consistencia. También él podía aspirar entre sus semejantes al adjetivo de Grande.

Pero aquí viene lo impresionante. Un día don Alejandro Weliz, el dueño del campo, y antiguo poblador de la zona, nos informó de que aquel inmenso árbol había pasado por el ojo de una aguja. Si, así como suena, y sin exégesis atenuantes. No lo hubiéramos creído, si no fuera porque don Weliz nos merecía un respeto muy cercano a la veneración. Nuestra familia le debía la viejo habernos posibilitado ser inquilinos en su campo y con ello tener una tierra que trabajar y donde vivir. En casa siempre se habló de él con sumo respeto y aprecio. Cuando él nos visitaba, los chicos éramos lavados a fondo, y amonestados para que no hiciéramos zafarrancho. Y esto era señal de que la visita sería de máxima categoría.

Pero a pesar de la credibilidad que nos merecía quien lo afirmaba, nuestras mentes infantiles ya eran lo suficientemente críticas como para negarse a creer que el Eucalipto Grande hubiera podido alguna vez, hacía mucho tiempo, haber pasado por el ojo de una aguja. Y no se trataba, como en los cuentos, de una aguja enorme, sino de la aguja de coser los remiendos del pantalón. Evidentemente la cosa necesitaba pruebas. Y don Alejandro, aguja en mano, nos llevó hasta el Eucalipto Grande para proporcionárnosla.

Buscó en el suelo una ramita que tenía su pequeño racimo de semillas. Mejor dicho, lo que el racimito mostraba, era el pequeño rombo dentro del cual estaban las semillitas. Todo era inmensamente pequeño. El rombo semillero tuvo que ser destapado cuidadosamente en la palma de la mano con la punta de la uña del dedo chico. Al hacerlo, el pequeño envase derramó una gran cantidad de semillitas casi invisibles. Y una de ellas pasó por el ojo de la aguja y quedó en la yema del dedo índice de don Weliz, quien nos aseguró que así de igualita había sido la que él mismo sembrara cuando quiso que naciera aquel Eucalipto.

La demostración fue contundente. Hecho semilla, el árbol podía pasar.

Pienso que nuestra vida hecha semilla por la madurez del dolor y el despojo también puede pasar para encontrar el dedo de Tata Dios en el Reino de los Cielos. Para Tata Dios todo es posible.

publicado en el libro **Cuentos Rodados**, Editorial Patria Grande.

Guía para el trabajo pastoral con el cuento El ojo de la aguja

por Marcelo A. Murúa

Lectura

Realizar la lectura del cuento en grupo. Es importante que todos los presentes tengan una copia del texto. Se pueden ir turnando dos o tres personas para leer el cuento en voz alta.

Rumiando el relato

Al terminar la lectura entre todo el grupo se reconstruye el relato en forma oral (se lo vuelve a contar).

- ¿De qué nos habla el relato?
- ¿Qué recuerda el autor?
- ¿Cómo describe al eucalipto de su hogar?
- ¿Qué historia le habían contado que le costaba creer?
- ¿Cómo pudo, finalmente, comprobar esa historia?
- ¿Qué enseñanza ofrece el cuento?

Descubriendo el mensaje

El cuento nos habla con sencillez y transparencia de la posibilidad de ser semilla, de cómo encontrar a Dios, de la trascendencia. ¿Cómo caracteriza el autor al eucalipto? ¿Conocés este tipo de árbol? ¿Si en tu zona no hay eucaliptus, conocés alguan otra especie cuyos ejemplares sean grandes e imponentes y sus semillas muy pequeñitas? ¿Cuáles? Hacia el final del cuento el autor nos dice que nuestras propias vidas pueden ser semilla, si nos despojamos... ¿de qué cosas deberías desprenderte para poder ser semilla? ¿qué frutos podría dar la semilla de tu persona? ¿Recuerdas textos bíblicos que se puedan relacionar con este cuento? Te nombramos dos:
 - "es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre al Reino de los Cielos" (Mc. 10, 25) ¿Qué nos enseña esta frase de Jesús con respecto al despojo y el desprendimiento? Relacionar con el cuento.
 - "la parábola de la semilla de mostaza" (Mt. 13, 31-32) también era una semilla pequeñita, que llegaba a dar un gran árbol... ¿Tu vida, tu persona, puede ser semilla del Reino? ¿Cómo cuidarla, cómo regarla y abonarla para que crezca, se desarrolle y de fruto? ¿Cómo puedes aplicar las enseñanzas del cuento a tu vida?

Compromiso para la vida

Sintetizar en una frase el mensaje del cuento para nuestra vida.

Para terminar: la oración en común

Leer en común el texto del evangelio señalado.

Compartir oraciones espontáneas en común. A cada intención acompañar diciendo:

Señor, ayúdanos a ser semillas de tu Reino

Terminar leyendo la oración.

Ayúdanos a ser semillas de tu Reino

*Señor, enséñanos a despojarnos
de lo superfluo
y lo que nos es necesario.
Ayúdanos a ser humildes y sencillos.
Queremos llegar a tu encuentro
y para eso hay que andar
ligero de equipaje,
apenas con lo puesto.
Queremos ser semillas de tu Reino,
y para ser semilla
hay que aprender a ser pequeño,
a concentrarse en lo esencial,
exponerse al riesgo de no ser
importante ni tenido en cuenta.
Simplemente entregar nuestra vida
y hacer lugar para tu proyecto,
así descubriremos, como María,
que cuando uno se brinda por entero,
la vida se transforma porque
el Dios de la Vida
comienza a nacer en nuestro interior,
para hacer de la existencia
una semilla del Reino.*

Oración y contemplación

En una ocasión Jesús estaba rezando, y cuando terminó uno de sus discípulos le dijo: ¡Señor, enséñanos a rezar! (Lucas 11, 1).

El Señor se iba de noche al cerro y allí pasaba las horas, rostro al Padre. Seguramente esas horas habrán sido de rumia profunda. Y lo que Cristo rumiaba era el actuar de Dios en su pueblo. La realidad que se llamaba: Reino.

Es decir, la manera cómo el Señor Dios su Padre había ido santificando su Nombre en la historia de los hombres. Cómo su voluntad se había ido realizando por esos complicados senderos de la historia de su pueblo y de todos los pueblos. Porque el Padre que estaba en los cielos había estado comprometido con todo lo que estaba pasando aquí en la tierra. Sabía que faltaba el pan; sabía que había ofensas con ofensores y ofendidos. Y que esa realidad no dividía la mundo en dos grupos, sino que era una realidad que hería a todos los hombres. Que todos tenían necesidad de perdonar y de ser perdonados. Sabía también que la tentación era una realidad que amenazaba a cada hombre, y que cada hombre necesitaba que Dios Padre interviniera para librarlo de la tentación y de las intrigas del maligno.

Allí, en las noches de silencio, en la oración y en la contemplación, Jesús se convertía en minero de la historia y de la naturaleza. Del actuar del Padre que había creado todo lo que hablaba en la noche: los grillos y las estrellas; las majadas en los cerros y la lámpara en la casa; y todo eso otro que pertenece a la vida concreta de los hombres: el ladrón que sorprende al dormido y la novia que no duerme esperando la sorpresa de su amado. Allí Jesús llegaba a la esencia profunda y sencilla de las cosas, y encontraba las imágenes primordiales para hablar del Padre a los hombres sus hermanos.

En el silencio de la noche Jesús escuchaba el lenguaje elemental de las cosas, y a través de él ese lenguaje se hacía palabra y subía al Padre en forma de oración. Y esa oración daba espesor y fuerza vital a sus palabras y a sus imágenes que luego afloraban casi espontáneamente en las parábolas. Y la gente las comprendía.

Porque la gente sencilla reconocía en ese lenguaje sencillo y grávido, el antiguo diálogo de las cosas. Reconocía ese lenguaje también escuchado por ellos en su silencio, pero aún no plenamente crecido como para ser captado como mensaje. Allí en cambio, en la boca de Jesús, el profundo lenguaje primordial de las cosas simples llegaba a hacerse comprensible. Los hombres comprendían el lenguaje del Señor porque su lenguaje había crecido en el silencio de la oración al Padre, por las noches. De la misma manera que la sangre de la tierra crece hasta pan en el silencio a la madrugada en cada mesa y que es asimilado por los hombres sin dificultad. Porque es el silencio fiel de los trigales lo que permite a la sustancia de la tierra llegar hasta el lenguaje comprensible del pan.

Y pienso que es también el silencio contemplativo y fiel de nosotros, los hombres y mujeres de Dios, lo que puede permitir a las cosas y a los acontecimientos llegar a crecer hasta hacerse oración al Padre en nuestras noches, y lenguaje comprensible para nuestros hermanos en las parábolas a la luz del día.

El que tenga ojos para contemplar en la noche, que contemple. Por amor a Dios, a las cosas y a nuestro pueblo.

publicado en el libro **La sal de la tierra**, Editorial Patria Grande.

Guía para el trabajo pastoral con el cuento Oración y Contemplación

por Marcelo A. Murúa

Lectura

Realizar la lectura del cuento en grupo. Es importante que todos los presentes tengan una copia del texto. Se pueden ir turnando dos o tres personas para leer el cuento en voz alta.

Rumiando el relato

Al terminar la lectura entre todo el grupo se reconstruye el relato en forma oral (se lo vuelve a contar).

El cuento describe una de las actitudes más características de Jesús, ¿cuál es? ¿Recuerdas cómo nos cuentan los evangelios la vida de oración de Jesús?

Repasa las intenciones del Padrenuestro que el autor va describiendo, ¿por qué rezaba Jesús? ¿Qué era lo importante en su diálogo con el Padre?

¿Qué relación encuentras entre la oración de Jesús y su vida?

Jesús oraba a partir de la realidad y del proyecto de Dios, el Reino, ¿cómo es nuestra oración a la luz de su práctica?

Elegir una frase del texto (releerlo rápido para ubicarla) que más le haya llegado/impactado a cada uno y compartirla en voz alta.

Descubriendo el mensaje

El cuento nos introduce en la vida de oración de Jesús. Más allá de explicar cómo Jesús oraba nos invita a descubrir las raíces de su oración y llevarlas a nuestra vida.

¿Cómo es tu oración? ¿Cuándo rezas? ¿Por qué rezas? Comparar con Jesús.

La práctica de Jesús se cimentaba en su diálogo profundo con el Padre, ¿qué puedes aportar a la construcción del Reino a partir de tu vida cotidiana? Haz silencio y siguiendo los pasos del Maestro, intenta escuchar la propuesta de Dios en la oración.

Los siguientes textos nos muestran la vida de oración de Jesús, léelos y descubre qué tienen en común, ¿cómo oraba Jesús? Ver Lc. 4, 1-12; 5, 16; 6, 12-13; 9, 18; 11, 1ss; 22, 39ss; 23, 46.

La historia nos muestra que la oración contemplativa no está separada de la vida, por el contrario está enraizada en las situaciones de la vida del pueblo, ¿qué señales del Reino descubres en la situación de nuestra gente? ¿Qué desafíos? ¿Qué situaciones de pecado y opresión? ¿Cuál puede ser tu aporte, nacido de la oración y vivido en la práctica de todos los días?

¿Qué aprendes del cuento para tu vida? ¿Cómo puedes aplicar el mensaje del cuento?

Compromiso para la vida

Sintetizar en una frase el mensaje que has descubierto en el cuento para tu vida. Compartirlo con los demás.

Para terminar: la oración en común

Leer entre todos la oración y luego poner en común las intenciones de cada uno.

Terminar con una canción.

Orar como Jesús

*De cara al Padre,
en el silencio del encuentro,
con las manos vacías,
y los oídos bien abiertos,
con la vida del pueblo
en su mirada
y el proyecto de Dios
en su horizonte...
así oraba Jesús.
Buscando la voluntad del Padre,
intentando discernir los signos
del tiempo en que vivía,
abriendo huellas para el Reino
y ocupándose de la vida del pueblo...
así oraba Jesús.
Dedicando un tiempo y un lugar,
escuchando y aceptando,
pidiendo fuerzas para ser fiel,
poniendo su vida
en las manos del Padre.
Animado por el Espíritu
rumiando la Palabra,
así oraba Jesús.*

*Señor de la Vida,
enséñanos a orar así.*

El misterio de la vida

Si en una fábrica de tractores se quiere acelerar la producción, se recurre a la intensidad en el trabajo, y a la duplicación de la materia prima utilizada. Con ello se consigue producir la misma cantidad, en la mitad del tiempo. Por ejemplo, si en nueve meses salen de la fábrica una cantidad determinada de unidades, duplicando las horas de trabajo y el material utilizado esa misma cantidad de tractores podrán salir en cuatro meses y medio. Para ello basta una decisión eficiente del señor director de la fábrica.

Pero si ese mismo señor se convierte en padre de un hijito, tendrá que esperar ansiosamente los nueve meses del embarazo para poder ver su rostro. No ganará nada con tener dos señoras.

Porque la vida tiene sus propias maneras de realizarse. Poniendo el doble de granos de trigo sobre la misma superficie de campo, no necesariamente se consigue duplicar el rendimiento. Al contrario, suele acontecer que las plantitas se condicionen de tal manera por su cercanía que el resultado es exactamente el contrario del que se buscaba indebidamente.

La vida no se produce. Hay que aceptarla y acompañarla. Es un misterio que exige respeto y dedicación. Tiene sus propios ciclos y sus tiempos. El trigo es sembrado en el corazón del invierno, y madura en la plenitud del verano. El maíz nace en primavera y se lo cosecha al comenzar el invierno, luego de las primeras heladas. Los mandarinos florecen en setiembre, y en nuestra zona mantienen sus frutas maduras de mayo a agosto. Las castañas entregan sus granos grandes y harinosos para Pascua.

Lo que el agricultor decide es su plan de siembra y de plantación. Para ello elige las especies que desea, y les asigna un trozo de chacra o de huerta. En su sabiduría escalona los cultivos, y distribuye la cantidad de los distintos frutales. Pero jamás exige a una variedad que se amolde a la manera de ser de otra. Si quiere ciruelas, planta ciruelas. Y cuando busca melones, no se empuja en sembrar sandías.

Todo esto parece tan evidente. Y sin embargo lo que admitimos con naturalidad en la vida vegetal y animal, no queremos aceptarlo en la vida espiritual.

Tantas veces perdemos la paciencia ante la lentitud de los procesos de crecimiento propio o de los demás. Nos gustaría que un impulsivo diera frutos de paciencia, y le anulamos toda la riqueza de sus iniciativas. Exigimos a los niños que tengan la madurez que los grandes piensan haber conseguido, y con ello los hacemos apáticos a todo lo que no resulte eficiente.

Y en la oración ni que hablar. Pretendemos engendrar al Espíritu Santo mediante técnicas ascéticas, o con complicados métodos psico-gimnásticos. Y pensar que sería más sencillo pedirselo a Nuestro Padre que está en los cielos que, como lo afirmó Jesús, no nos negará su Espíritu Bueno si se lo pedimos con actitud de hijos necesitados.

La vida será siempre un misterio. Pero real y presente en todas partes. Nos está permanentemente contando sus parábolas, si es que tenemos los oídos para oír, y el corazón para escuchar.

Contemplativo no es el que se encierra en sí mismo evadiéndose de todo lo que lo rodea. Lo es aquel que tiene los ojos dilatados y los oídos abiertos para rastrear las huellas de Tata Dios por allí donde haya pasado.

Y donde veamos algo que vive ... el dedo de Dios está ahí.

publicado en el libro **Cuentos Rodados**, Editorial Patria Grande.

Guía para el trabajo pastoral con el cuento El misterio de la vida

por Marcelo A. Murúa

Lectura

Realizar la lectura del cuento en grupo. Es importante que todos los presentes tengan una copia del texto. Se pueden ir turnando dos o tres personas para leer el cuento en voz alta.

Rumiando el relato

Al terminar la lectura entre todo el grupo se reconstruye el relato en forma oral (se lo vuelve a contar).

¿De qué nos habla el relato?

¿Qué comparación realiza al principio del cuento? ¿Cómo se puede aumentar la producción de una fábrica? ¿Es posible realizar lo mismo con los procesos de la vida?

Recordar los ejemplos del campo que menciona, en la zona donde vives ¿qué se puede plantar, en qué tiempo se siembra y cuándo se cosecha cada variedad?

¿En qué se parece la vida espiritual, la oración a estos procesos de la naturaleza?

¿Qué significa ser contemplativo en la mirada del autor?

¿Qué enseñanza ofrece el cuento?

Descubriendo el mensaje

El cuento es una hermosa y profunda motivación para pensar en la vida espiritual, su crecimiento y sus ritmos.

Repasa las etapas que el cuento señala cuando habla del plan de siembra del agricultor... comparalo con tu vida espiritual. Los frutos de hoy son las semillas de ayer. ¿Sigues un plan de crecimiento espiritual? ¿Siembras hoy para recoger en el futuro?

¿Riegas convenientemente tus brotes de espiritualidad?

El gran alimento de la vida espiritual es la oración, diálogo abierto con el Dios de la Vida, escucha atenta de su Palabra, lectura y discernimiento de los signos de su presencia en la historia que vivimos... ¿Cómo anda tu oración? ¿Le dedicas tiempo a escuchar a Dios? ¿Si tienes dificultades para orar, cómo puedes salir adelante? ¿Qué enseña Jesús con respecto a la oración?

Ser contemplativo es tener la capacidad de descubrir y asombrarse con la presencia de Dios en nuestra vida, en la realidad que vivimos, en la vida de los demás. Dios habla desde allí e invita a la conversión y al cambio para seguir a su Hijo. ¿Qué concepto de contemplación tienes? ¿Intentas discernir la presencia del Señor y sus huellas en la realidad que vivimos, en la vida de tus hermanos, en tu propia existencia?

¿Cómo puedes aplicar las enseñanzas del cuento a tu vida?

Compromiso para la vida

Sintetizar en una frase el mensaje del cuento para nuestra vida.

Para terminar: la oración en común

Leer en común el texto del evangelio citado por el autor, donde Jesús nos invita a pedir el Espíritu al Padre Bueno

Compartir oraciones espontáneas en común. A cada intención acompañar diciendo:

Señor, enséñanos a descubrir tu presencia

Terminar leyendo la oración.

Enseñanos a descubrir tu presencia

*Señor,
vivimos ciegos
en medio de la vida que nos rodea.
nos cuesta descubrir tus huellas
y tu presencia.
A veces buscamos
donde quisiéramos encontrarte
y no donde tú nos enseñaste
que estabas siempre.
Ayúdanos a contemplar el mundo
para conocer tu rostro
y escuchar tu palabra.
Danos tu Espíritu
para enseñarnos a abrir el corazón
y convertirnos al evangelio.
Danos paciencia para aceptarnos
y aceptar a los otros.
Danos coraje para cambiar
y cambiar el mundo.
Danos sencillez
para aprender a ver,
a escuchar,
a contemplar la vida.*

La misión de las manos

Quien cultiva su tierra,
se hartará de pan;
quien persigue sombras,
es un imbécil

(Proverbios 12, 11).

No tenemos en nuestras manos las soluciones para los problemas del mundo. Pero frente a los problemas del mundo, tenemos nuestras manos. Cuando el Dios de la historia venga, nos mirará las manos.

El hombre de la tierra no tiene el poder de suscitar la primavera. Pero tiene la oportunidad de comprometer sus manos con la primavera. Y así que la primavera lo encuentra sembrando. Pero no sembrando la primavera; sino sembrando la tierra para la primavera. Porque cada semilla, cada vida que en el tiempo de invierno se entrega a la tierra, es un regalo que se hace a la primavera. Es un comprometer las manos con la historia.

Sólo el hombre en quien el invierno no ha asesinado la esperanza, es un hombre con capacidad de sembrar. El contacto con la tierra engendra en el hombre la esperanza. Porque la tierra es fundamentalmente el ser que espera. Es profundamente intuitiva en su espera de la primavera, porque en ella anida la experiencia de los ciclos de la historia que ha ido haciendo avanzar la vida en sucesivas primaveras parciales.

El sembrador sabe que ese puñado de trigo ha avanzado hasta sus manos de primavera en primavera, de generación en generación, superando los yuyales, dejándolos atrás. Una cadena ininterrumpida de manos comprometidas ha hecho llegar hasta sus manos comprometidas, esa vida que ha de ser pan.

En este momento de salida del invierno latinoamericano es fundamental el compromiso de siembra. Lo que ahora se siembra, se hunde, se entrega, eso será lo que verdeará en la primavera que viene. Si comprometemos nuestras manos con el odio, el miedo, la violencia vengadora, el incendio de los pajonales, el pueblo nuevo sólo tendrá cenizas para alimentarse. Será una primavera de tierras arrasadas donde sólo sobrevivirán los yuyos más fuertes o las semillas invasoras de afueras.

Tenemos que comprometer nuestras manos en la siembra. Que la madrugada nos encuentre sembrando. Crear pequeños tablones sembrados con cariño, con verdad, con desinterés, jugándonos limpiamente por la luz en la penumbra del amanecer. Trabajo simple que nadie verá y que no será noticia. Porque la única noticia auténtica de la siembra la da sólo la tierra y su historia, y se llama cosecha. En las mesas se llama pan.

Si en cada tablón de nuestro pueblo cuatro hombres o mujeres se comprometen en esa siembra humilde, para cuando amanezca tendremos pan para todos. Porque nuestra tierra es fértil. Tendremos pan y pan para regalar a todos los hombres del mundo que quieran habitar en nuestro suelo.

Si amamos nuestra tierra, que la mañana nos pille sembrando.

publicado en el libro **La sal de la tierra**, Editorial Patria Grande.

Guía para el trabajo pastoral con el cuento La misión de las manos

por Marcelo A. Murúa

Lectura

Realizar la lectura del cuento en grupo. Es importante que todos los presentes tengan una copia del texto. Se pueden ir turnando dos o tres personas para leer el cuento en voz alta.

Rumiando el relato

Al terminar la lectura entre todo el grupo se reconstruye el relato en forma oral (se lo vuelve a contar).

El cuento trabaja con la imagen de la siembra. Recordar los pasos necesarios para hacer una buena siembra. Comentarlos en el grupo. ¿Para qué es necesario cada paso? ¿Qué sucede si nos apuramos?

¿Qué actitudes exige el ser sembrador?

Si hablamos de esperanza, como lo hace el cuento, ¿qué significan las semillas? ¿las manos del sembrador? ¿el tiempo de siembra? Relacionar con la situación de nuestra comunidad, del país, de nuestra sociedad.

Elegir una frase del texto (releerlo rápido para ubicarla) que más le haya llegado/impactado a cada uno y compartirla en voz alta.

Descubriendo el mensaje

El cuento invita a recrear la esperanza en forma activa. Depende del trabajo de cada uno que nuestras utopías se vayan realizando.

¿Cuáles son las semillas de esperanza que hay latentes en nuestros pueblos?

¿Cómo están tus manos de sembrador? ¿Dedicas tiempo y esfuerzo a trabajar por estas semillas? ¿O sólo palabras?

¿Qué puedes ofrecer al Señor como trabajo concreto por el Reino en este tiempo de Cuaresma?

Si el Señor te sorprendiera hoy día, ¿qué semillas podrías mostrarle de tu siembra? ¿y tus manos, que le contarían que están trabajando?

¿Qué aprendes del cuento para tu vida? ¿Cómo puedes aplicar el mensaje del cuento?

Compromiso para la vida

Sintetizar en una frase el mensaje que has descubierto en el cuento para tu vida. Compartirlo con los demás.

Para terminar: la oración en común

Leer entre todos la oración y luego poner en común las intenciones de cada uno.

Terminar con una canción.

Trabajar la esperanza

*La esperanza
es como una semilla
en tus manos.
De tí depende
que de frutos algún día.
Tus manos son capaces
de abrir surcos entre rocas,
de abonar tierras,
de sembrar con sudor,
de regar con ahínco,
de desmalezar con cuidado
y de esperar con cariño.
Mira tus manos
y ponlas a trabajar,
tus semillas esperan
y el Reino se siembra hoy,
en tu entrega.*

Cuajada y fermento

En el campo se trabaja con la vida. Quizá sea el aspecto más característico de los trabajos rurales. Aquí hay que respetar ciclos y hay que acompañar procesos. La vida es así. Nadie puede sembrar trigo en Navidad y cosecharlo en Pascua. Por más tierra que mueva, si no respeta las leyes de la vida, lo único que consigue es perder tiempo. Cada cosecha tiene su época, y está precedida por la siembra, los laboreos y el crecimiento. A la vida hay que acompañarla y alimentarla. No se la puede ni inventar ni apresurar.

Esto sucede así, hasta cuando se hace el queso. Algunos creen que al queso se lo fabrica. Pero en realidad nace y madura como cualquier realidad que tiene vida.

No quiero hacer alardes de conocimiento. Simplemente comparto lo que yo mismo aprendí desde pequeño y luego comprendí siendo ya mayor. Esto es bueno que lo sepan todos aquellos a los que les gusta el queso.

Dos grandes realidades intervienen en su nacimiento: la cuajada y el fermento. Lo primero, en realidad es algo muy sencillo. Todo es cuestión de tener un poco de verdadero cuajo. Una pequeñísima cantidad se mezcla con un gran volumen de leche, y en poco tiempo se opera una crisis en la tina. Lo sólido se condensa en la masa, y el líquido se separa formando el suero. Todo depende de la fuerza vital del cuajo. Este verdaderamente es una fuerza poderosa que actúa en forma inmediata, y su función es muy precisa: obliga a optar, separa discierne la realidad profunda y a cada cosa le da su identidad.

Pero si todo quedara ahí, y se pretendiera poner el resultado en un molde, sólo se conseguiría un queso insulso, o lo que es peor, uno se expondría a que el producto fermentara de manera imprevisible. Se hace necesario el fermento.

Se trata de otra realidad viva. Un pequeño volumen de leche ha sido previamente esterilizado, llevado a una temperatura óptima aislándolo de las corrientes de aire y de las moscas que pudiera haber en el lugar. Se le ha dado todo el tiempo necesario para que en él se desarrolle la vida de ciertas bacterias bien definidas, generalmente oriundas del lugar y que allí se han sembrado con sumo cuidado, luego de haber constatado su pureza. Con el fermento se es muy exigente. En él no pueden admitirse interferencias de torso fagos, es decir de vida extraña o contraria.

Este volumen de fermento es relativamente pequeño, en comparación con el total de la leche que se está cuajando. Pero la intensidad de la vida que tiene, hace que toda la masa adopte su proceso y reproduzca sus notas fundamentales. Produce un efecto similar al de la levadura en la masa del pan. De él depende el gusto y la identidad específica. Un queso es de esta variedad, y no de otra, gracias al fermento que lo ha hecho madurar. Y por lo tanto su valor propio.

Muchas veces he sentido discutir el problema de lo que es prioritario en la evangelización de la juventud. Algunos afirman que la evangelización debería ser masiva, a fin de abarcar la totalidad de los jóvenes mediante el anuncio escueto de la buena noticia de Cristo Nuestro Salvador, para que los jóvenes opten. Otros afirman que se deben preparar grupos de vida intensa, que introducidos en la masa la vayan fermentando por su fuerza propia.

Creo que las dos realidades están muy lejos de oponerse. Se exigen mutuamente. Un anuncio masivo, que lleve a la opción, debe ser cualificado por la acción de grupos de una intensa vida espiritual y comprometida. Estos grupos no se improvisan. Necesitan ser preparados cuidadosamente y con una dedicación atenta.

Cristo mismo gastaba mucho tiempo con las multitudes, a las que dedicaban a veces jornadas enteras. Anunciaba la realidad del Reino, y la misericordia del Padre. Pero luego en privado, preparaba intensamente a su grupito de discípulos, para que fueran fermento, sal y luz. Con ellos era muy exigente.

publicado en el libro **Cuentos Rodados**, Editorial Patria Grande.

Guía para el trabajo pastoral con el cuento Cuajada y fermento

por Marcelo A. Murúa

Lectura

Realizar la lectura del cuento en grupo. Es importante que todos los presentes tengan una copia del texto. Se pueden ir turnando dos o tres personas para leer el cuento en voz alta.

Rumiando el relato

Al terminar la lectura entre todo el grupo se reconstruye el relato en forma oral (se lo vuelve a contar).

¿De qué nos habla el relato?

¿Qué características presentan las labores del campo, según el autor?

¿Cómo se produce el queso? ¿Que es la cuajada y qué produce en la leche? ¿Qué es el fermento y cuál es su acción sobre la leche que ha cuajado? Caracterizar cada uno: cuajada y fermento.

¿Qué enseñanza ofrece el cuento?

Descubriendo el mensaje

El cuento nos ofrece una excelente reflexión sobre dos opciones pastorales que muchas veces se presentan como excluyentes: la pastoral de grandes masas y la pastoral de grupos pequeños. También es muy apropiado para animar y estimular proceso de formación con grupos, que sientan la misión de ser fermento en sus realidades.

¿Cómo actúa la cuajada y cómo el fermento?

Relacionar esto con el proceso de predicación de Jesús: ¿cómo enseñaba a las multitudes? ¿cómo lo hacía a sus discípulos?

Jesús habla de ser sal, luz y levadura... relacionar y comparar con el relato del cuento.

¿Qué responsabilidades tienen los discípulos de Jesús? ¿A qué los llama el Señor y para qué los forma?

¿Cómo puedes aplicar las enseñanzas del cuento a tu vida?

Compromiso para la vida

Sintetizar en una frase el mensaje del cuento para nuestra vida.

Para terminar: la oración en común

Compartir oraciones espontáneas en común. A cada intención acompañar diciendo:

¡Ayúdanos a ser fermento, para la vida de nuestras comunidades, Señor!

Terminar leyendo la oración.

Ser fermento para dar vida

Señor,

*ayúdanos a ser fermento
en nuestras comunidades.*

*Queremos ofrecer lo mejor de nosotros
para encarnar tu Palabra
en nuestra realidad.*

*Queremos ser semilla del Reino
y acercar tu presencia donde haga falta.*

*Queremos ser levadura
que haga crecer la vida nueva
a través de nuestro esfuerzo y entrega.*

Señor,

*ayúdanos a compartir lo que somos
para dar vida*

*la vida plena del Reino
que comienza en nuestro mundo
si somos testigos y mensajeros
de tus enseñanzas.*

El terito

Venía no sólo de una geografía diferente. Venía también de un ritmo diferente. Tal vez por eso nosotros notábamos en ella ese hambre de entrar en contacto con todo lo cercano. Le encantaba andar a caballo, subirse a los árboles, cortar flores, traer agua con un balde desde el molino, prender el fogón con astillas de algarrobo, juntar capullos de algodón de la misma planta y con la mano.

Diría que parecía querer liberarse de su obligación pueblera de comunicarse sólo a través de las palabras o de las ideas. Tenía como hambre de un diálogo más total y realizado con todo su ser. Diría que se asombraba de poder escuchar con los ojos y de conversar con las manos, viviendo de cerquita lo que había imaginado de lejos.

Pero tenía un caudal de palabras. Sobre todo cuando entrábamos en la noche. Parecía como que le molestara el silencio. Me parecía como que se protegía de la noche hablando. No sentía el sueño como amigo. Necesitaba acostarse tarde y se levantaba tarde.

Por la mañana cumplía con todo un ritual que nosotros no acostumbrábamos. Parecía como que necesitara hacer la mañana a través de sus dientes, su cara, su cabello. Ocupada de sí misma en su equiparse para el día, no tenía tiempo ni oportunidad de contemplar y oír toda la liturgia que los animales, la madrugada y los pájaros oficiaban al inicio del día. Ocupada en el construir y organizar, parecía incapacitada para percibir, recibir y admirar. Ocupada en organizarse, se perdía los gallos, los benteveos, la despedida de las estrellas que se iban del cielo y la de las ovejas que se iban del corral.

Con todo, reconozco que tenía un alma muy sensible. Se encariñó con el terito de nuestro jardín. Tal vez lo que le gustaba era un jardín con un terito adentro. Un jardín con vida. Un jardincito con capacidad de alerta; que fuera capaz de anunciar con su grito alegre la presencia del que llega.

Por eso empezó a soñar con tener también ella, allá en la ciudad, un jardincito suyo, con un terito dentro.

Y como era imaginativa y emprendedora, comenzó desde entonces a reunir todo lo necesario para equipar su jardincito, copiándose del nuestro.

Del monte se trajo unas pencas y algunos cardos de hojas coloradas. Mamá le dio algunos gajos de malvón y un par de estacas de rosa. Llevó semillas de enredadera. Hasta recuerdo que se llevó una pequeña lata para hundirla en el suelo y llenarla de agua para que bebiera el terito de su jardín.

Y se volvió a la ciudad bien equipada y llena de proyectos. Como era emprendedora y decidida, gastó allí horas y horas organizando su pequeño jardín, soñando con el terito. Distribuyó sus rosas, las pencas y malvones; y hasta hizo almácigos. Recordaba que al terito le gustaba picotear los almácigos en busca de bichitos. Y pronto tuvo todo listo y preparado.

Pero fue entonces cuando se dio cuenta de que a su jardincito le faltaba algo. Le faltaba el terito. .y que todo su esfuerzo por organizarlo no había logrado generar el terito.

Y entonces empezó a desanimarse. Y con ello a descuidar su jardín. No lograba comprender cómo, a pesar de tanto esfuerzo y dedicación, el resultado era prácticamente nulo. Diría que estaba cansada por el esfuerzo y desilusionada por el resultado.

Y en ese estado regresó al año siguiente. Y me pareció descubrir que hasta miraba con algo de bronca al terito de nuestro jardín paseándose entre pencas, rosas y malvones mucho menos cuidados que los suyos.

Fue la tarde la despedida. Cuando ya todo estaba listo y el sulki por salir. Digo que fue justo en ese momento, el menos oportuno para un recibimiento, cuando a mi amiga le trajeron un terito. Chiquito y tibio; puro gritito y pulmón. Cogote largo y patitas que parecían no querer sostenerlo, porque se apoyaba con todo su cuerpo en el hueco de la mano como si fuera un terrón del potrero.

Mi amiga se encontró de repente con el terito entre las manos y sin saber qué hacer. No tenía nada preparado para acogerlo, ni dónde colocarlos. ¡Si le hubieran avisado antes!

Pero nadie iba a suponer que justo el terito aparecería en esas precisas circunstancias. Porque para los niños, encontrar un tero es siempre un acontecimiento sorpresivo. Aunque todos sepan que el campo está poblado de teros.

La cuestión fue que mi sorprendida amiga se encontró de repente al comienzo de un largo viaje, y con un terito tibio en el hueco de la mano. Y entonces fue lógica: obró por intuición. Una pequeña intuición para el momento. Tomó una caja de zapatos, lo puso al terito dentro, y con el dedo le hizo a la tapa cinco o seis agujeritos para que el terito no se ahogara.

Estructura provisoria, pero absolutamente indispensable para llevarse vivo al terito. Pequeña exigencia del terito, pequeño y tibio: puro pulmón y gritito.

Allá en su casa ya no tenía nada preparado para recibirlo. Ponerlo en el jardín y exponerlo a los gatos de la ciudad no era posible con un tero tan chiquito e indefenso. Por eso tuvo que vaciar un cajón de manzanas y armarle un refugio en su misma pieza. Sobre todo cuando caía la noche. Porque cuando entraban en la noche, ella tenía que traer su terito a la intimidad para protegerlo.

Y así el terito fue creciendo, y generando en su crecer sucesivas exigencias correspondidas por sucesivas intuiciones que iban pidiendo soluciones provisorias para “el mientras tanto”.

Pero lo que entusiasmaba a mi amiguita, lo que hacía que los esfuerzos valieran la pena, era que ahora tenía un terito vivo que iba creciendo. Y en su crecer le iba sugiriendo la manera de organizar el jardincito para compartirlo juntos.

Resultó un jardín muy distinto al nuestro. Vivían en otro clima y estaban obligados a otro ritmo.

De un monasterio no te lleves la forma de rezar. Lleváte las ganas de rezar. Y pedile profundamente a Dios que te de su Espíritu de oración.

publicado en el libro **La sal de la tierra**, Editorial Patria Grande.

Lectura

Realizar la lectura del cuento en grupo. Es importante que todos los presentes tengan una copia del texto. Se pueden ir turnando dos o tres personas para leer el cuento en voz alta.

Rumiando el relato

Al terminar la lectura entre todo el grupo se reconstruye el relato en forma oral (se lo vuelve a contar).

¿Qué anécdota recuerda el autor en su relato?

¿Quién es la protagonista del mismo?

¿Qué admiraba del monasterio (y el campo) y quiso reproducir en la ciudad, en su hogar? ¿Qué pasó con su intento?

¿Qué sorpresa recibió en otra visita al monasterio?

¿Qué sucedió con todo lo que había preparado? ¿Cómo debió salir adelante?

Elegir una frase del texto (releerlo rápido para ubicarla) que más le haya llegado/impactado a cada uno y compartirla en voz alta.

Descubriendo el mensaje

Al finalizar su recuerdo el autor nos invita a relacionar el suceso con la oración.

Reflexiona un momento (si estás en un grupo comentalo con tus compañeros) la frase del final: " De un monasterio no te lleves la forma de rezar. Llévate las ganas de rezar. " ¿Qué nos quiere decir Mamerto Menapace con esta frase?

¿Te cuesta orar... hablar con Dios?

Compara los preparativos que hacía la muchachita del relato para acoger al tero en su casa con tu manera de rezar... ¿buscas imitar formas o maneras de otros? ¿cómo te resulta?

¿Qué sucedió cuando a la protagonista le regalaron el pequeño tero? ¿Qué debió cambiar de lo que tenía pesnado, preparado, armado...? ¿Qué pasa con nuestro estilo, formas, maneras de rezar cuando irrumpe en nuestro caminar el Dios del Vida?

¿Por qué es más importante imitar y aprender de los otros "las ganas de rezar" que la forma de rezar?

¿Qué aprendes del cuento para tu vida? ¿Cómo puedes aplicar el mensaje del cuento?

Nota para pensar: vivimos una época en la cual es difícil encontrar tiempos para uno mismo... para pensar... para hacer silencio... ¿de qué manera podemos ir creando y renovando estilos de oración que sigan los pasos de Jesús? ¿Como laicos... en la vida de todos los días... cómo encontrar formas de orar que nos lleven al encuentro con Dios? Anímate a compartir tus búsquedas con tus compañeros de caminata.

Compromiso para la vida

Sintetizar en una frase el mensaje que has descubierto en el cuento para tu vida. Compartirlo con los demás.

Para terminar: la oración en común

Leer entre todos la oración y luego poner en común las intenciones de cada uno.

Terminar con una canción.

Espíritu de oración

Orar es como respirar...

si no lo hacemos

se va muriendo la vida

que habita en nosotros

Orar es como andar a tientas...

vale la pena arriesgarse

y dar pasos pequeños pero continuos,

porque sino nos quedamos inmóviles.

Orar es abrirse a la sorpresa...

porque es encuentro con el Otro,

que nos cambia la vida

y nos descubre el Sentido.

Orar es una manera de vivir...

de estar en la vida,

en las manos del Padre,

para seguir los pasos del Hijo,

con la fuerza del Espíritu.

Por eso orar es entrar en comunión,

participar de la vida de Dios,

es el motor de la esperanza

y la fuerza de la fidelidad.

Señor, te pedimos, enséñanos a orar.

El científico y la rosa

Se trataba de un científico serio. No de un guitarrero. Le habían pedido que estudiara los problemas de una planta de rosa que estaba pasando por dificultades en su período de floración.

Tomó las cosas muy en serio. Primero estudió la tierra. Descubrió que estaba cerca de una pared cuyos cimientos llegaban hasta la tosca. La greda extraída había sido tirada precisamente en el lugar donde luego tuvo que estar el rosal. Se trataba de una tierra con historia y con condicionantes en parte negativos. Además, toda la lluvia que caía sobre aquella parte del tejado, se descargaba en el alero que daba justo sobre la planta. Podía suceder que a veces hubiera exceso de humedad. Carecía de sol por la mañana; en cambio de tarde lo tenía en demasía, por el reflejo de la pared encalada que le devolvía duplicado el calor.

Había muchos porqués en la historia previa de su tierra y en la geografía que le tocaba compartir. Pero también los había en su propio ser de rosal y en la historia de su crecimiento. Porque la variedad no era la más adaptada a este clima. Fue plantada fuera de su época, y de pequeña había sufrido un serio accidente que por poco termina con su existencia.

¡Cuántos traumas y condicionantes! Realmente al leer el informe, era como para desesperarse. ¿Qué se podía hacer? Aparentemente se trataba de circunstancias irreversibles, o muy poco variables ya.

Pero aquí estaba, a mi parecer, la equivocación. La suma de todos los porqués del pasado de la rosa, no daban ninguna explicación sobre el para qué de su existencia allí, en ese lugar y en esas condiciones. Todos los porqué se referían a su pasado, y eran simplemente informes sobre la realidad existente y comprobable. Y lo que en realidad interesaba era el presente de la planta y su futuro.

Fueron nuevamente al científico, para pedirle un consejo. Más que ello, quizá, quisieron saber para qué la planta estaba justamente allí y no en otro lugar. Para qué se le pedía a la pobre rosa que viviera esa geografía e historia con tantos condicionantes negativos. Y el hombre, que era un científico en serio, no un guitarrero, les respondió:

-Eso no me lo pregunten a mí. Pregúntenselo al jardinero.

Y era cierto. La respuesta estaba integrada en un plan mucho más amplio que el de la simple historia comprobable de la planta. El jardinero tenía un proyecto en totalidad que abarcaba todo el jardín. En su sabiduría, conocía muy bien todo lo que con su ciencia descubriría el científico. Y sin embargo quiso que la rosa viviera, y que su existencia embelleciera dolorosamente aquel rincón del jardín, comprometiéndose a vigilar sus ciclos y a defender su vida amenazada. El jardinero estaba comprometido tanto con la rosa como con toda la vida y la belleza del jardín. Esto dependía de un plan nacido en la sabiduría de su corazón, y por tanto no podría nunca ser investigado por el científico, que reducía su búsqueda a la mera existencia de la planta individualmente considerada en su geografía concreta.

Al médico podrás preguntarle sobre los porqué de tu dolor.

Al psicólogo sobre la raíz de tus traumas.

Al historiador y al sociólogo el pasado que te condiciona.

Pero el para qué fuiste llamado a la vida aquí y ahora, eso tenés que preguntarse a Dios.

Jesús decía:

- Mi Padre es el Jardinero.

publicado en el libro **Cuentos Rodados**, Editorial Patria Grande.

Lectura

Realizar la lectura del cuento en grupo. Es importante que todos los presentes tengan una copia del texto. Se pueden ir turnando dos o tres personas para leer el cuento en voz alta.

Rumiando el relato

Al terminar la lectura entre todo el grupo se reconstruye el relato en forma oral (se lo vuelve a contar).

- ¿De qué nos habla el relato?
- ¿Cuál es la historia del rosal, protagonista del cuento?
- ¿Qué reveló el estudio del científico?
- ¿Alcanzaba ese estudio para explicar para qué existía el rosal en ese sitio?
- ¿Quién revela ese futuro?
- ¿Dónde hallar la respuesta al "sentido" de la propia existencia?
- ¿Qué enseñanza ofrece el cuento?

Descubriendo el mensaje

El cuento nos ayuda a reflexionar sobre el sentido de la vida, "para qué" nos quiere Dios, "qué" espera de nosotros.

Comparar la tarea del científico con las explicaciones que buscamos, muchas veces, a las situaciones que nos toca vivir en la vida...

- ¿Buscamos "por qué" para las cosas que vivimos?
- ¿O buscamos "para qué" Dios nos puso donde estamos?
- ¿Nos resulta sencillo encontrar un sentido que de felicidad y plenitud a nuestra vida?
- ¿Dónde lo buscamos? Recordar las palabras de Jesús: el Padre es el Jardinero.
- Te sugerimos releer la parábola de los talentos (Lc. y pensar en tu propia vida: ¿qué dones te ha regalado Dios? ¿Para qué?
- ¿Cuáles serán sus sueños para tu camino de vida?
- ¿Cómo puedes aplicar las enseñanzas del cuento a tu vida?

Compromiso para la vida

Sintetizar en una frase el mensaje del cuento para nuestra vida.

Para terminar: la oración en común

Compartir oraciones espontáneas en común. A cada intención acompañar diciendo:

Señor, enséñanos a descubrir para qué nos llamaste a la vida.

Terminar leyendo la oración.

En búsqueda del sentido

*Señor,
ayúdanos a descubrir
para qué nos quieres en la vida.
Nos has regalado dones y talentos,
nos llamaste a la existencia
y acompaña nuestro camino.
Muéstranos qué quieres
de cada uno de nosotros,
aclara nuestro horizonte,
aguza nuestra mirada
para que sepamos
proyectarnos hacia el futuro.*

*Jardinero de nuestros sueños
enséñanos a dar fruto
de nuestras semillas.*

El pozo y los camellos

En las ciudades de los hombres hay fuentes que largan su chorro día y noche. Su misión no es la de abreviar a los hombres de la ciudad. Más bien cumplen con la función de alegrar la vista con su juego de agua en movimiento, y los oídos con su despreocupado murmullo en medio del bullicio. Fuentes que son visitadas por los turistas, hombres que llegan hasta ellas sin sed y con una máquina de fotografiar en bandolera.

Abundancia de aguas inútiles, derrochadas frente a hombres sin sed. Armonía de movimientos y colores para entretener a hombres que necesitan gastar su tiempo, porque se han detenido en la vida al quedarse sin metas. Fuentes conocidas por todo el mundo.

En la Plaza de San Pedro, compré una vez por noventa liras, diez tarjetas postales con diez fuentes distintas que había visitado en una sola mañana en que no sabía qué hacer. En ninguna de ellas sentía necesidad de beber.

Pero en el país de los nómades, las cosas son diferentes. En la tierra de hombres en movimiento, con metas difíciles y lejanas, no hay fuentes, sino solamente pozos. Pozos del desierto, distantes y ocultos bajo la monotonía de los arenales. Abrevadas en un pozo, hay caravanas que a veces tienen que caminar con urgencia largo tiempo antes de encontrar el más próximo. Y a veces su presencia es tan irreconocible que no les queda más remedio que fiarse del instinto afiebrado de sus camellos sedientos, que buscan rumbos olfateando el viento.

Pero los camelleros saben también que cuando la sed se agranda, comienzan los espejismos. En los cerebros recalentados despiertan entonces las tarjetas postales de fuentes exuberantes y tentadoras que llevan a las dunas donde sólo está la muerte. ¡Pobre el turista que se adentre en el desierto con su cerebro equipado con postales de fuentes! Probablemente morirá de sed autoengañado, a poco trecho del pozo que podría haberle devuelto a la vida pero que le permaneció oculto, simplemente porque su presencia no se manifestaba con los mismos signos que las fuentes para turistas con las que había equipado su imaginación.

En ese momento los conductores de camellos deben aferrarse a dos convicciones: que los camellos con más sed son los mejor equipados para encontrar el pozo, y que la misión de los conductores es hacer lo imposible por mantener unida la caravana sin permitir la desbandada de los camellos sedientos, ni el rezagarse de los camellos satisfechos. De lo contrario los camellos sedientos a lo mejor encontrarán el pozo, pero una vez abrevados se habrán quedado sin caravana, y por ello sin meta, encadenados a morir junto a ese pozo agotado bien pronto. Y los otros, la caravana sin sedientos, habrán perdido con ellos la única posibilidad de dar con el pozo que les habría permitido continuar su marcha hacia la meta.

La eliminación de los inquietos es el suicidio de las comunidades.

publicado en el libro **La sal de la tierra**, Editorial Patria Grande.

Lectura

Realizar la lectura del cuento en grupo. Es importante que todos los presentes tengan una copia del texto. Se pueden ir turnando dos o tres personas para leer el cuento en voz alta.

Rumiando el relato

Al terminar la lectura entre todo el grupo se reconstruye el relato en forma oral (se lo vuelve a contar).

¿Cómo presenta a las fuentes de las ciudades el autor? ¿Y qué nos dice de las personas que acuden a ellas?

¿Cómo presenta a los pozos del desierto?

¿Qué puede pasar con los espejismos?

Para que la caravana encuentre el pozo de agua hacen falta dos aportes: los camellos con más sed (los más capaces para encontrarlos) y los conductores (que mantienen unida la caravana) ¿Cómo caracteriza a cada grupo?

¿Cuál es la comparación que señala al final del relato?

Elegir una frase del texto (releerlo rápido para ubicarla) que más le haya llegado/impactado a cada uno y compartirla en voz alta.

Descubriendo el mensaje

El cuento nos ayuda a pensar en la comunidad y los diferentes "roles" que en ella encontramos.

¿Puedes describir cuáles son las fuentes a las que las personas acuden hoy en día?

¿Nuestra sed más profunda... dónde la aplacamos? ¿Cuál es el pozo donde acudimos para encontrar el sentido profundo de la vida?

¿Experimentamos espejismos en nuestras búsquedas de pozos de agua viva? ¿Cuáles por ejemplo? Compartir experiencias.

Relacionar la misión de los camellos sedientos y los conductores con los roles dentro de una comunidad. ¿A quiénes representan los camellos sedientos, los "inquietos" según el autor? ¿A quiénes los conductores?

Caracteriza la misión de cada grupo. ¿Recuerdas personas que hayan vivido con esas características? Poner en común.

En tu propia comunidad, ¿cómo se viven estos roles... carismas... misiones?

¿Qué aprendes del cuento para tu vida? ¿Cómo puedes aplicar el mensaje del cuento?

Compromiso para la vida

Sintetizar en una frase el mensaje que has descubierto en el cuento para tu vida. Compartirlo con los demás.

Para terminar: la oración en común

Leer entre todos la oración y luego poner en común las intenciones de cada uno.

Terminar con una canción.

Inquietos por el Evangelio

*Señor de la Vida,
queremos vivir
inquietos por el Evangelio.
Que no bajemos los brazos,
que no quedemos inmóviles,
que no nos instalemos cómodos.
Despierta el coraje de la búsqueda
ayúdanos a ponernos de pie
y en marcha.
Enséñanos a asomarnos
a nuevos horizontes,
enséñanos a recorrer
caminos nuevos,
enséñanos a beber
en nuevos pozos.
Para hallar el agua fresca
de tu Palabra,
que devuelve la esperanza
y fecunda la vida
para vivir con sed de encuentro,
fraternidad y Reino,
¡inquietos por el Evangelio!*

Historia de un faro

El velero había salido lleno de euforia y de esperanza del puerto de Buenos Aires buscando el Pacífico. Pero al llegar hasta allí no tenía más remedio que bordear la tierra en busca de la brecha que por el Cabo de Hornos le permitiera torcer hacia la derecha rumbo hacia el mar grande. Por eso puso confiado proa al sur, aunque su meta fuera el oeste.

Pero el cambio de rumbo no se hizo. Tal vez se navegaba con las velas demasiado desplegadas. Tal vez fuera de noche cuando se pasó frente a la brecha. A lo mejor sucedió durante una tormenta. No sé. Lo cierto fue que se continuó al sur, rumbo al frío, rumbo al polo.

El error se fue haciendo duda a medida que subía a la conciencia. Una vez plenamente instalado en la conciencia, la duda floreció en angustia.

El pobre velero se encontró rodeado por los témpanos, por el frío, las tormentas y un sol lejano que cada vez se alejaba menos del horizonte. Entonces fue cuando se tuvo conciencia de haber equivocado el rumbo. De estar marchando hacia la nada, hacia el vacío del frío y de la muerte. Se le preguntó a la brújula: pero la brújula había enloquecido. Porque en el polo las brújulas enloquecen y comienzan una danza que contagia a los marineros.

Ya no tenía sentido seguir. ¿Para qué? Si cada esfuerzo hacia adelante era un paso hacia la nada fría de la muerte. Algo que embretaba aún más entre los hielos, la oscuridad y las tormentas.

Se quiso preguntar a las estrellas. Pero las estrellas revoloteaban en círculo alrededor de un polo cósmico invisible lo mismo que los albatros alrededor del mástil del velero. En el polo, las estrellas no nacen ni mueren, simplemente giran equidistantes al horizonte. Allí, cerca del polo, poner proa una estrella hubiera sido simplemente girar sobre sí mismo.

Entonces ¿nada había ni en el barco ni en el cielo, que fuera capaz de devolver el rumbo? Porque el hecho de no saber dónde se estaba, quitaba todo sentido a lo que se tenía. Los grandes puntos de referencia eran todos ambiguos. Porque en el polo todo es ambiguo, hasta el mismo movimiento.

Y fue entonces cuando se recibió el mensaje.

Tres cortas... una larga... silencio. Tres cortas... una larga... silencio. Tres...

El brillo intermitente despertó la curiosidad de esos hombres hambrientos de señales. No. No podía ser una estrella; porque ese brillo estaba allí, sobre la misma línea horizontal que ellos. Participaba del movimiento de las mismas olas, rodeado por los mismos témpanos y el mismo desamparo del frío y las tormentas. Tenía que ser un signo de presencia humana. Era un faro.

Y el faro continuaba fiel al ritmo de sus intermitencias: tres cortas... una larga... silencio. Tres...

Y esos marineros aturdidos por el ruido y la tormenta que silbaba en el cordaje de sus mástiles hubieran preferido que en lugar de ese silencio, el faro les enviara una palabra con la que se identificara a sí mismo y los ubicara a ellos. Pero el faro en su soledad tenía sólo un medio para comunicarse y manifestar su identidad: la fidelidad al ritmo de sus intermitencias. Y continuó lanzando sobre la tormenta, las olas y los témpanos, su mensaje de luz con pañales de silencio.

¿Desembarcar en el faro? Era imposible. En esas latitudes los faros anidan en arrecifes. La palabra esperada estaba oculta en el silencio del velero mismo. Porque el velero contaba entre sus bienes con un libro de faros. Y fue allí donde los marineros fueron a identificar el mensaje de ese faro. Y fuer gracias a la fidelidad precisa y silenciosa a sus intermitencias por la que los marineros, mineros del silencio de ese libro, ubicaron la identidad del faro y con ello un punto de referencia para su propia posición. Entonces cada cosa antes incoherente, aportó su pequeño mensaje provisorio: la posición del sol en el horizonte, la hora del reloj, la danza de la brújula, y hasta las mismas estrellas.

Se supo que se estaba proa al polo. Y se viró en redondo. Y con ello los marineros supieron que el velero se había salvado. O mejor, que para ese velero comenzaba la oportunidad de salvarse.

Porque esa conversión profunda, aparentemente no había cambiado nada en la geografía concreta de su navegación. Seguían rodeados por los témpanos, el frío, las olas y los vientos. Su conversión no les había cambiado de geografía; simplemente los había colocado proa hacia una nueva dirección. Antes, seguir era avanzar hacia la muerte, hacia el frío del polo y de la nada. Ahora, navegar era avanzar hacia la luz, hacia la vida, hacia el encuentro con los demás hombres. Era regresar hacia su pueblo, dejando atrás la geografía del reino de las sombras. Pero allí los dos rumbos participaban aún del mismo medio externo. Y tal vez el esfuerzo para avanzar fuera ahora aún mayor que el anterior. porque había que hacer frente a todo eso que los había conducido hasta allí. Pero la diferencia estaba en que ahora los esfuerzos tenían sentido porque conducían a la vida. Porque entre los navegantes, lo que desanima no el tener que hacer esfuerzos, sino el que esos esfuerzos sean gestos vacíos de sentido.

Poco a poco fue quedando atrás toda esa geografía polar. Poco a poco las estrellas fueron inclinando sus órbitas buscando el horizonte, y la brújula fue estabilizándose. Y con ello se reentró en el mundo de las exigencias normales de la navegación a vela. Se siguió navegando con fidelidad a esa ruta, proa hacia esa meta donde muere el sol.

Allá quedó el faro. Exigido por la fidelidad al ritmo de sus intermitencias, a su geografía polar y a su silencio. Porque el misterio personal del faro exige fidelidad a su arrecife, y un profundo respeto por la ruta personal de cada navegante.

Lo que no quita que a veces sufra de nostalgia al recordar a los veleros.

publicado en el libro **La sal de la tierra**, Editorial Patria Grande.

La utilidad de los rumiantes

Una vez, no hace tanto ni muy lejos, había un pueblito solitario y perdido entre las ciudades de los hombres. Era un pueblito chiquito y sin importancia. No tenía emisora ni diario, y por eso todo pensaban que esa gente del pueblito no tenía nada que decir. En ese pueblito de campo todos hablaban bajito porque se habían acostumbrado a escuchar. De vez en cuando, sí, cantaban, chiflaba o tarareaban; y tenían los ojos grandes, acostumbrados a mirar.

Era un pueblito con niños desnutridos, de barriguita abultada y bracitos de mamboretá.

Un grupo de científicos vino una vez a visitar el pueblito. Vinieron derrochando palabras y sonrisas, y hablaron en términos exactos e incomprensibles. Llenaron planillas con nombres y preguntas, tubitos de vidrio con muestras de sangre. Al verdad es que la gente del pueblito se sintió humillada y guardó silencio. Los científicos los conceptuaron como gente apocada y taciturna. Diagnosticaron descalcificación y avitaminosis. Mientras que los niños del pueblo hasta ahora sólo se habían cuenta de que tenían hambre. Los científicos elevaron un informe al ministerio. Si llegó hasta aquella orilla, no sé: porque era de papel.

Pero el Señor Dios amaba a ese pueblito. Y quiso ayudarlo. Por eso un buen día el Señor Dios mandó a ese pueblito tres cabritos y una vaca. Cuatro animalitos de ojos mansos y un balido adentro. Nada traían para el pueblito; simplemente venían a quedarse. Una había nacido en una estancia, las demás en otras partes.

Al principio despertaron la curiosidad. Al pasar por las calles del pueblito la gente las miraba. Como no venían a traer ni a buscar nada, pronto fueron admitidas en la vida del pueblito. Las vieron mansas e indefensas y comenzaron a protegerlas; hasta comenzaron a hablarles porque las vieron calladas.

Para alimentarse les bastó con los yuyos y pastos que crecían en el lugar, y que ellas mismas salían a buscarse. Y la gente se alegró de verlas comer y alimentarse de lo mismo que había entre ellos. Y por eso, no sólo no las espantaron del lugar sino que hasta llegaron a construirles un corral. Un corral para sus noches; porque de día les gustaba verlas por las calles, entrar en sus patios, participar en su misma geografía familiar. Hasta se hicieron amigas de sus perros, que ya no las toreaban al verlas llegar. Y ustedes saben que en el campo, solamente a las visitas amigas los perros no les ladran.

Y fue así cómo, con el tiempo, el pueblito se dio cuenta del regalo que Dios les había hecho con ellas. En cada madrugada empezaron a contar con su vaso de leche para sus niños chicos, para sus ancianos enfermos, para sus madres que amamantaban.

Vaso de leche que no era una realidad traída de afuera. Pero que sin embargo hasta ahora nunca habían tenido. Eran sus propios pastos, su trébol familiar asumido y rumiado lento en sus horas de silencio y soledad, con sus ojazos vueltos hacia el cielo. Y los hombres del pueblito se dieron cuenta de la importancia de esos tiempos de rumia y de silencio que pasaban sus animalitos. Y como por instinto comenzaron a respetar esos momentos.

Cuando a eso de la oración, por las tardes, al caer el sol todos volvía del trabajo y las veían reunirse en su corral y quedarse quietas con los ojazos mirando el cielo, se dieron cuenta de la importancia de ese tiempo para ellos. Y respetaron su soledad y su silencio. De esa rumia del atardecer dependía que la leche fuera tan sabrosa en la madrugada. Eso no hubo necesidad de explicárselo a la gente del pueblito; se dieron cuenta solos, porque eran gente con los ojos acostumbrados a ver.

No sé si a ustedes les pasará lo mismo. Pero a mí a veces me da pena ver a tantos animales con capacidad de rumia, uncidos noche y día a los arados, con tiempo apenas para comer. Y me pregunto si no será esa la causa de que en nuestro pueblo se sufra de descalificación.

publicado en el libro **La sal de la tierra**, Editorial Patria Grande.

Lectura

Realizar la lectura del cuento en grupo. Es importante que todos los presentes tengan una copia del texto. Se pueden ir turnando dos o tres personas para leer el cuento en voz alta.

Rumiando el relato

Al terminar la lectura entre todo el grupo se reconstruye el relato en forma oral (se lo vuelve a contar).

¿Cuál es la historia que presenta el cuento? ¿Dónde sucede? ¿Cómo se describe al pueblo y a sus habitantes?

Elige alguna frase del primer párrafo y comentala para todo tu grupo. ¿Por qué elegiste esa característica?

¿Quiénes llegan un día al pueblo? ¿Cuál es su actitud? ¿Cómo tratan a la gente? ¿Tiene consecuencias su visita? ¿Cómo reacciona el pueblo? ¿Por qué?

El buen Dios les brinda unos animales... ¿Cómo es el proceso de la gente con relación a esos animales? ¿Por qué de a poco van cambiando de actitud? Señalar las actitudes positivas que van desarrollando todos los habitantes del pueblo

El cambio de actitud con los animales, ¿qué produjo como beneficio?

¿Cambio en algo la vida de la gente del pueblo? Comparar con visita de los científicos?

Elegir una frase del texto (releerlo rápido para ubicarla) que más le haya llegado/impactado a cada uno y compartirla en voz alta.

Descubriendo el mensaje

El cuento es muy profundo y puede servir muy bien para trabajar dos temas:

- desde lo personal, el sentido y valor de los espacios de rumia, silencio y crecimiento-elaboración interior, que todos necesitamos para crecer y servir.

- desde lo comunitario, el sentido y valor de las intervenciones "desde afuera", que sólo describen y diagnostican la realidad sin comprometerse con las personas.

Vamos a dar unas pistas para trabajar lo personal y no se olviden de pensar también en lo comunitario.

¿Cómo se origina la leche, que como don de los animales será alimento para las personas del pueblo? Señalar los pasos (acciones de las personas) que condujeron a la elaboración final de la leche por parte de los animales.

En el anteúltimo párrafo se cuenta cómo las personas del pueblo aprendieron a respetar los tiempos de rumia de los animales. Observar cómo se caracteriza esos tiempos.

Pensando en tu vida... ¿encuentras en tu rutina cotidiana estos espacios de silencio, soledad y reflexión?

¿La oración es un espacio de "rumia" de la Palabra de Dios? ¿Un tiempo para elaborar su voluntad y su proyecto a partir de los ingredientes de tu vida (situaciones y circunstancias que te toca vivir)?

¿Por qué crees que es difícil encontrarnos estos espacios? ¿Cómo podrías generar rutinas de rumia en tu vida?

Es interesante observar que el autor destaca que el tiempo de rumia es fecundo para los demás... el centro está puesto en cómo servir mejor al otro... y una buena leche puede comenzar a solucionar los problemas de descalcificación.

¿Qué puedes aportar a los otros... si comienzas a "rumiar" tu vida para elaborar tus dones y ofrecerlos a los demás?

Jesús "rumiaba" mucho. Puedes recorrer los evangelios y descubrir qué en varias ocasiones los discípulos se sorprenden al descubrir que se había ido a orar solo al cerro, de noche o madrugada. Tiempo de rumia... búsqueda de la voluntad del Padre.

¿Qué aprendes del cuento para tu vida? ¿Cómo puedes aplicar el mensaje del cuento?

Compromiso para la vida

Sintetizar en una frase el mensaje que has descubierto en el cuento para tu vida. Compartirlo con los demás.

Para terminar: la oración en común

Leer entre todos la oración y luego poner en común las intenciones de cada uno. Terminar con una canción.

*Señor de la Vida, ayúdanos a aprender
el ejemplo sencillo de los animales que rumian.
Ellos dedican un tiempo
para elaborar y re-elaborar lo que han comido
para hacer de ello alimento para los otros.*

*Nosotros también podemos convertirnos en personas de rumia.
Si descubrimos el valor del silencio y la reflexión
de las cosas que vivimos, de lo que nos pasa a cada uno
y de lo que pasa a nuestro alrededor,
la realidad, la historia, la vida de todos !*

*Danos tesón, paciencia y firmeza para encontrarnos tiempos de rumia.
Enséñanos a ver la vida a la luz de tu Palabra.
Ayúdanos a encontrarnos momentos de soledad y silencio,
matrices de cambio y conversión.*

*Señor de la Vida haz que recobremos
el sabor del encuentro profundo,
con nosotros mismos, con los demás, contigo mismo...
para rumiar la vida y salir fortalecidos
para entregar lo mejor de nosotros para el bien de todos.*

Las lagunas de la pampa

Felices los que tienen alma de pobres,
porque a ellos les pertenece el Reino de los cielos.

¡Señor, te agradezco nuestras misas en la Capilla de la Tribu! Te agradezco la capilla chiquita, que me permite la cercanía de esos ojos de los cuales puedo gustar hasta los detalles.

Mi gente criolla, mi gente india, es muy parca en sus reacciones y es pequeño el oleaje que les sube a la superficie del rostro. Son como esas lagunas de nuestra geografía pampa. Apunas si tienen oleaje, carecen de la riqueza de los peces o sólo tiene peces muy chiquitos; casi nunca entregan resaca. Pero en cambio: ¡cuánto diálogo con el cielo hay en su historia! Encadenadas a las barrancas arenosas de algún médano, ahí están maduras de tiempo cara al cielo y en silencio. Aparentemente tienen sólo medio metro de hondo. Pero si uno se les acerca y las mira quieto, descubre el cielo en su profundidad. Carecen de correntada, y nunca llegarán al mar. Pero si uno las mira, ve en ellas un cielo en movimiento. No hay duda de que a ellas les pertenece el cielo; a ellas a quienes la tierra y los médanos las obligan a permanecer quietas.

Si uno les dedica tiempo y comparte su silencio, descubre en ellas un cielo en movimiento, con nubes que emigran, con pájaros en vuelo y con noches estrelladas navegas de horizonte a horizonte por el velero silenciosos de la Luna.

Después de cinco años de acercarme a ellos, voy aprendiendo a escucharlos en silencio y me asombra la densidad de sus vidas y lo espeso de la historia de estos hombres maduros de tiempo y de silencio.

Esta mañana uno de ellos, Señor, me hablaba de cosas viejas. De cosas de su vida vividas en aquellos tiempos en que mi tata todavía era muchacho. Y sin embargo, no eran cosas pasadas. Eran todavía leña para su fuego. Llegado ahora a viejo, esos recuerdos le navegaban el alma y el alma le duele de recuerdos. Hace cincuenta años su madre esperaba sufriendo una carta que él nunca le escribiera. Y esa carta no escrita hace cincuenta años, volvía ahora hecha espina en su corazón y le llenaba los ojos de lágrimas a este hombre, rostro pampa barbechado de arrugas. Terminó diciéndome, Señor, que siempre te decía que cuando Vos lo precisaras, lo llamaras nomás, que él siempre estaba dispuesto. Que lo único que te pedía cada noche, era que cuando a su cuerpo cansado le tocara descansar, también pudiera descansar su alma sin tener que andar sufriendo, penando por ahí extraviada como un perro.

No dudo, Señor, que a un alma así, tendrás ganas de tenerla Vos también allá en tu cielo. También yo te pido, Padre Nuestro, poder un día compartir tu cielo, con mi comunidad de ojos quietos. Como esas lagunas de la pampa, también yo espero con ganas ese amanecer.

Señor, abrí tus ojos y mirá. No son los hombres muertos los que te dan gloria y justicia; no son esos que tienen el alma de sobra, extraviada fuera de sí mismos.

Los que te dan gloria y justicia son los que tienen el alma afligida; atorada de cansancio y de aguantar; los ojos tristes y el alma hambrienta (Baruc 2, 17-18).

publicado en el libro **La sal de la tierra**, Editorial Patria Grande.

Lectura

Realizar la lectura del cuento en grupo. Es importante que todos los presentes tengan una copia del texto. Se pueden ir turnando dos o tres personas para leer el cuento en voz alta.

Rumiando el relato

Al terminar la lectura entre todo el grupo se reconstruye el relato en forma oral (se lo vuelve a contar).

¿Qué recuerdo nos cuenta el autor?

¿Con quiénes se ha encontrado, dónde? ¿Cómo los caracteriza?

¿Qué comparación realiza? ¿Qué características tienen las lagunas de la Pampa?

¿Qué destaca de la persona que abrió su corazón y le contó sus recuerdos?

Elegir una frase del texto (releerlo rápido para ubicarla) que más le haya llegado/impactado a cada uno y compartirla en voz alta.

Descubriendo el mensaje

El cuento nos habla de los preferidos de Dios, los pobres y sencillos.

Releer la cita de las bienaventuranzas, con la cual comienza el relato. ¿A quiénes proclama felices Jesús? ¿Por qué? Recordar y compartir escenas de la vida de Jesús en las que manifestó esta preferencia de Dios por los más pobres.

¿Quiénes dan gloria a Dios, según las palabras del autor? Leer a continuación la cita del profeta Baruc, con la que culmina el relato.

¿Conocés personas pobres y sencillas? ¿Qué puedes aprender de ellas? Compartir experiencias.

¿Qué aprendió el autor a través de esos cinco años de encuentro con estos pobres sencillos y llenos de Dios? ¿Qué aprendizaje puedes aplicar a tu vida y a nuestra vida comunitaria?

¿Adónde hay que poner el oído, la mirada y la presencia para aprender? Relacionar esto con las experiencias misioneras que hayas tenido o tengas en tu vida.

¿Qué aprendes del cuento para tu vida? ¿Cómo puedes aplicar el mensaje del cuento?

Compromiso para la vida

Sintetizar en una frase el mensaje que has descubierto en el cuento para tu vida. Compartirlo con los demás.

Para terminar: la oración en común

Leer entre todos la oración y luego poner en común las intenciones de cada uno.

Terminar con una canción.

Felices los pobres

*Felices los pobres
porque de ellos es
el Reino de Dios.*

*Tus palabras, Jesús,
tan claras y comprometidas
siguen repicando en nuestros oídos,
invitando a la conversión
para servir al Reino.*

*Felices los pobres
es un canto de Dios
que recorre la Biblia entera.*

*Felices los pobres
porque son los preferidos de Dios,
sencillamente así.*

*Danos Señor
espíritu de pobreza,
enséñanos a empobrecernos
por el Reino y por los demás.
Enséñanos a aprender de los pobres
el evangelio que a veces
queremos enseñar.*

*Muéstranos cómo seguir tu huella,
tú que te hiciste pobre
para hablarnos de Dios.*

La luz y las pupilas

Felices los afligidos

Porque serán consolados.

En el encierro de nuestra pequeña geografía familiar, bajo la abundancia de luz de nuestra lámpara de mesa, nuestras pupilas se habían ido reduciendo. Esa presencia tan cercana de la luz, esa necesidad casi inexistente de esfuerzo para nuestras pupilas las fueron reduciendo en su búsqueda, haciéndolas receptivas sólo en una mínima parte de su inmensa capacidad de visión.

Por eso, al apagarse al luz familiar y al entrar bruscamente en la noche del camino, la oscuridad nos parece abrumadoramente espesa. Uno llega a creer que en la noche no hay nada de luz. Uno sabe por intuición y por memoria, de la existencia de las cosas, de los árboles, de los charcos del camino. Pero en ese momento, en el tiempo de transición, todas las cosas carecen de realidad y confunden sus formas en esa carencia absoluta de luz.

Es entonces cuando la mirada busca instintivamente el cielo. Porque el hombre lleva metida hasta en su sangre la verdad de la relación entre luz y cielo. Pero hay veces en que el cielo está nublado. Y cuando el cielo está nublado, todo se ve más oscuro. Y sin embargo nuestros ojos rastrean el cielo, tratando de tomarlo al menos como fondo sobre el que se pueden distinguir las formas borrosas de los árboles y de las cosas de dimensiones mayores.

Frente a lo espeso de la oscuridad, nuestros ojos buscan al menos el borroso contorno de los objetos familiares como punto de referencia. Y en esa búsqueda de las cosas con el cielo como trasfondo, poco a poco nuestras pupilas se van dilatando. Se va despertando en nosotros esa capacidad adormecida de percibir la gran luminosidad adormecida en de percibir la gran luminosidad difusa en toda noche. Al rato uno se sorprende del aumento de luz. Y tal vez lo único que ha sucedido, es que ha aumentado nuestra capacidad de percibirla. Y con ello las cosas van recuperando su concreta realidad, y nosotros la alegría y libertad de movernos entre ellas.

Si esa noche avanza hacia el amanecer, entonces, junto al dilatarse de nuestras pupilas, el horizonte crece también en luminosidad, y uno participa de la alegría profunda de sentir en la mañana crecer alrededor de uno y en uno mismo, al colaborar en su construcción.

A una pareja de jóvenes amigos acaba de apagárseles la pequeña lámpara familiar. Se les ha muerto un hijito. Y sin embargo ese hijito les ha enriquecido el corazón con muchas verdades que ellos han leído en las cosas, ayudados por su luz. Porque la lámpara familiar regala al corazón muchas verdades que son material de rumia cuando los ojos se adentran en la noche.

¡Quisiera, Señor, que estés junto a ellos, noche adentro, en este tiempo de rumia! ¡en este tiempo del dilatarse de sus pupilas! y que junto a Vos caminen unidos hacia la alegría del amanecer, que devolverá su verdad a cada cosa y a cada hombre la alegría de vivir, al sentir sus manos comprometidas en el trabajo, en la vida y en el amor. Mientras se dilatan sus pupilas, alumbrales, Señor, las manos, para que puedan seguir creyendo en la vida.

Si gastás tu noche llorando la puesta del sol, las lágrimas no te dejarán ver las estrellas. (Proverbio árabe).

publicado en el libro **La sal de la tierra**, Editorial Patria Grande.

Lectura

Realizar la lectura del cuento en grupo. Es importante que todos los presentes tengan una copia del texto. Se pueden ir turnando dos o tres personas para leer el cuento en voz alta.

Rumiando el relato

Al terminar la lectura entre todo el grupo se reconstruye el relato en forma oral (se lo vuelve a contar).

¿Qué experiencia nos relata el autor? ¿Qué sucede con la capacidad de ver en la oscuridad?

¿Cómo describe el cambio que sucede? ¿Qué pasa con las pupilas de los ojos?

¿Qué busca nuestra mirada? ¿Por qué?

¿Qué comparación realiza hacia el final? Para la joven pareja que menciona el cuento, ¿quién representaba la lámpara familiar que enriquecía sus vidas con su luz?

Comentar la frase final del proverbio árabe.

Elegir una frase del texto (releerlo rápido para ubicarla) que más le haya llegado/impactado a cada uno y compartirla en voz alta.

Descubriendo el mensaje

El cuento nos ayuda a descubrir una veta nueva de las situaciones de dolor humano. Comienza con la frase de las bienaventuranzas que proclama "Felices a los afligidos (los que sufren dolor) y señala que "serán consolados" (por Dios). El relato puede ser un excelente recurso para compartir y charlar situaciones de gran dolor (pérdidas familiares, enfermedades) frente a las cuales vivimos la oscuridad (falta de luz) y sentimos la ausencia de Dios (el cielo nublado). Nos puede ayudar a descubrir que siempre hay un amanecer después de una noche cerrada.

Recuerda la experiencia de haber estado en un lugar con luz y que de repente se apague la luz, ¿qué sucede con la mirada? ¿cómo se va acostumbrando la vista a la nueva situación? ¿cómo vemos las cosas que hasta ese momento eran familiares y conocidas? ¿cómo nos sentimos en esa situación? Describe y comparte lo que experimentamos en esos momentos (todos los vivimos a diario, piensa sencillamente cuando nos vamos a acostar a la noche, o cuando a veces nos levantamos a la madrugada, o el despertar en los días de invierno, cuando todavía está oscuro)

¿Has vivido situaciones, familiares o personales, parecidas a la de la joven pareja?

¿Qué dolores grandes abriga tu corazón que te hace sentir en la oscuridad?

¿Puedes descubrir algo de luz en esas situaciones, a la luz del cuento?

¿Pueden ayudarte esas situaciones que te tocan vivir (o te han tocado) a recuperar tu capacidad de ver (la vida, la presencia de Dios, la tesonera presencia de una esperanza que nunca se acaba)?

Comenta la frase del proverbio árabe aplicándola a estas situaciones de tu vida que has compartido. ¿Cómo pedirle a Dios que nos dilate las pupilas para aprender a ver mejor (y a recuperar la esperanza... a caminar al amanecer de cada día)?

¿Qué aprendes del cuento para tu vida? ¿Cómo puedes aplicar el mensaje del cuento?

Compromiso para la vida

Sintetizar en una frase el mensaje que has descubierto en el cuento para tu vida. Compartirlo con los demás.

Para terminar: la oración en común

Leer entre todos la oración y luego poner en común las intenciones de cada uno.

Terminar con una canción.

Felices los afligidos porque serán consolados.

¡Cuántas veces, Señor, el dolor atraviesa nuestras vidas, y la de quienes nos rodean!

¡Cuántas noches conocemos, Señor, donde no sabemos adonde ir o cómo seguir caminando porque perdemos la capacidad de ver el dolor va diluyendo la esperanza!

Señor de la Vida, abre nuestras pupilas a tu luz

para que seamos capaces de ver la vida con nuevos ojos.

Abre nuestras pupilas para que renacer a la luz de la esperanza,

¡hasta la noche más oscura deja paso a la claridad de la mañana!

Enséñanos Señor a consolar a los demás,

a estar atentos a sus dolores, a aprender a compartirlos,

a veces y simplemente a aprender a escuchar

y estar con el otro, que está mal y afligido.

Haz de nosotros, Dios de la Vida, instrumentos de tu esperanza,

para que llevemos a todos la luz que nace de tu presencia,

que como el cielo estrellado que nunca nos abandona,

puede ayudarnos a ver mejor en las noches de dolor

que el camino de la vida nos prepara a todos.

El juicio de Dios Padre

Felices los misericordiosos

Porque ellos alcanzarán misericordia.

Cuenta la leyenda finlandesa que hace mucho, mucho tiempo, vivía en la tierra una señora muy devota que rezaba rosarios y hacía novenas. Era muy devota de los santos y entre ellos tenía preferencia, y a los que más quería les prendía más velas. Lo que nunca hacía era tener compasión de nadie, y despreciaba a sus sirviente. Nunca dio un pedazo de pan a un pobre y jamás perdonó una ofensa. Y le parecía que tener misericordia, no era un mandamiento digno de ella.

Al fin de muchos años le llegó su turno: se murió de vieja. Al llegar al cielo, San Pedro le revisó el legajo y le cerró la puerta. Indignada y furibunda le armó un escándalo; pero San Pedro no quiso atender a sus protestas. No encontraba entre sus datos ningún motivo para abrirle la tranquera. Se la llevaron nomás los diablos, y a su llegada le organizaron una “fiesta”.

Con todo, sus santos protectores fueron ante el Padre Eterno a quejarse y pedir que interviniera. Y el Padre Eterno, que quiere que reine la paz en su cielo, accedió a revisar las cuentas. Llamó al ángel más fornido y señalándole allá abajo a la señora, mandó que fuera y la trajera.

Y allá fue don Angel de un zumbido, cayendo entre los diablos como chimango en pichonera. La tomó a la Doña ente sus brazos y dispuso a retomar de vuelta. Al verlo el diablo que estaba más cercano de ella, se dio cuenta de que se la llevaban para el cielo, y quiso aprovechar para huir de los infiernos y de un salto se aferró a sus piernas que ya estaban en el aire. Otro diablo, al verlo remontarse, repitió la treta, y se agarró a los pies de su colega. Y así uno tras otro se fueron agarrando, formando una cadena. Y al irse remontado el ángel, iba sacando a todos los diablos de infierno como quien desenrolla una madeja.

La señora del cuento entonces miró a sus pies, y al ver que los diablos se salvaban con ella, le entró una tremenda indignación y comenzó a gritar:

-¡Qué horror, de ninguna manera!

Y comenzó a dar taconazos y patadas, para librarse de toda esa caterva. A cada patada se soltaba un diablo, y con él se rompía la cadena, que volvía dando tumbos al infierno, levantando una tremenda polvareda. Desesperado el primer diablo se aferraba con las dos manos y los dientes, de sus piernas, para un certero taconazo lo tumbó, justo mismo al llegar a la tranquera.

Y así llegó la señora a presentarse, ante Dios Padre, y jadeante y satisfecha. Satisfecha de haber preservado el orden de las cosas: los santos en la gloria, los demonios en la hoguera.

Pero Dios Padre la miró a los ojos, y tomándola por los hombros indignado la arrojó nuevamente a las tinieblas. Y luego, dirigiéndose a sus santos, pronunció sentencia eterna:

Un juicio sin misericordia para quien misericordia no tuviera.

El que tenga los oídos para oír, que escuche, por favor, y que comprenda.

publicado en el libro **La sal de la tierra**, Editorial Patria Grande.

Lectura

Realizar la lectura del cuento en grupo. Es importante que todos los presentes tengan una copia del texto. Se pueden ir turnando dos o tres personas para leer el cuento en voz alta.

Rumiando el relato

Al terminar la lectura entre todo el grupo se reconstruye el relato en forma oral (se lo vuelve a contar).

- ¿Cómo caracteriza el cuento a la señora muy devota? ¿Qué hacía... cómo vivía? ¿Cómo trataba a los demás?
- ¿Qué sucedió a su muerte? ¿Adónde fue a parar?
- ¿Quiénes intervinieron por ella y ante quien??
- ¿Qué ordenó entonces Dios Padre? ¿A quién envió y con qué misión?
- ¿Qué sucedió en el camino rumbo al "cielo" con la señora devota?
- ¿Cuál fue la reacción de Dios Padre al enterarse de su actitud?
- Comentar la frase final que dice el Padre.

Elegir una frase del texto (releerlo rápido para ubicarla) que más le haya llegado/impactado a cada uno y compartirla en voz alta.

Descubriendo el mensaje

El cuento nos presenta un crudo retrato de las personas que no viven la misericordia y la compasión que Dios quiere para todos. Comienza con la frase de las bienaventuranzas que proclama "Felices a los misericordiosos y señala que "alcanzarán misericordia" (por Dios). El relato es movilizante e invita a la reflexión sobre la propia vida. Puede ser muy útil para iluminar una corrección fraterna y para ayudar a pensar en la manera de convivir y comportarse que Dios realmente quiere.

¿Qué llama la atención de la conducta de la señora devota?

¿Has vivido alguna vez una situación semejante? ¿Conoces gente o grupos cristianos que tengan una conducta y manera de pensar similar a la descripta para la señora?

¿Cómo es la actitud de Dios Padre? ¿Cómo reacciona en un primer momento, al escuchar la presentación de los "santos conocidos de la señora"? ¿Cómo reacciona luego, al conocer la actitud de la señora en el viaje rumbo al cielo?

¿Recuerdas algún texto bíblico relacionado con el mensaje del cuento? Existen muchísimos te sugerimos los dos siguientes:

- Lázaro y el rico, Lc. 16, 19-31
- El que no perdonó a su compañero,
- Las actitudes que a Dios le agradan, Is. 58, 1-11

Miseri-cordia significa "corazón sensible a las miserias" (al sufrimiento, a la injusticia), compartir qué aprendemos de Jesús, de su práctica y enseñanzas, con respecto a la misericordia. ¿Por qué proclama "Felices los misericordiosos..."?

Comenta la sentencia final de Dios Padre y relaciona esta frase con los textos bíblicos sugeridos. ¿Qué conducta de vida realmente agrada a Dios?

¿Qué aprendes del cuento para tu vida? ¿Cómo puedes aplicar el mensaje del cuento?

Compromiso para la vida

Sintetizar en una frase el mensaje que has descubierto en el cuento para tu vida. Compartirlo con los demás.

Para terminar: la oración en común

Leer entre todos la oración y luego poner en común las intenciones de cada uno.

Terminar con una canción.

Felices los misericordiosos porque alcanzarán misericordia.

¡Misericordia quiero, y no sacrificios!

Es el grito de Dios que nos enseña el profeta Isaías...

*Misericordia y compasión por los pobres y marginados
es lo que aprendemos de Jesús, el Señor de la Vida.*

*Misericordia que es pasión por la vida del otro,
compromiso por la justicia,
compasión activa, valentía evangélica para trabajar por la paz,
esfuerzo solidario para que todos tengan lo necesario para vivir
¡como Dios quiere, con dignidad!!!*

Misericordia en nuestras relaciones.

*Tratar al otro como el mismo Dios nos trata: con amor y perdón,
porque seremos juzgados con la misma vara que tratemos a los demás.*

*Señor, cambia nuestro corazón de piedra, por un corazón sensible a los demás,
por un corazón donde habite tu Espíritu de vida nueva.
Danos fuerzas para vivir como Tú quieres
y convierte nuestra religiosidad en pasión por la vida de los otros.*

Los ojos de Dios

Felices los que tienen un corazón puro
porque ellos verán a Dios.

El arroyito de agua clara limpia y refresca todo aquello sobre lo que pasa. Además deja que la luz del sol llegue hasta el fondo de su cauce, y hasta es capaz de regalar a las piedras del fondo unos colores y un brillo que a lo mejor no tendrían fuera del agua.

El río de agua turbia, en cambio, es opaco. No deja pasar la luz, y sólo muestra la mugre que boyea en la superficie. Embarra y ensucia sobre todo aquello donde pasa su corriente; y si un día se desborda e invade la vida de los hombres, al retirarse deja un hediondo recuerdo de su presencia. He visto crecientes de ríos turbios, allá en mi litoral. Crecientes que al retirarse dejaron emponzoñadas las napas de agua donde se abrevaban los hombres. Del barro que dejaron brotó al epidemia que mató muchos niños chiquitos. Es que al pasar sobre los resumideros y las cloacas, sacó a flote todo lo malo que encontró en su camino. Hasta profanó la tumba de algunos difuntos (¡que en paz descansen los huesos!).

Cuando Magdalena entró en la sala del rico Simón, los ojos turbios de los que compartían la mesa con el Señor, sólo vieron al superficie del misterio de aquella vida. Y el agua turbia de sus miradas embarró el misterio de esa cabellera suelta y de su profusión de perfume, y de allí sólo sacó a flote la imagen de la prostituta. Y hasta la misma figura de Señor fue salpicada por ese barro del río sucio: Si este hombre fuera un profeta...

La mirada clara y limpia del Señor pasó también sobre la mujer y dejó que la luz penetrara hasta el fondo del cauce de su misterio y allí descubrió el brillo de las piedras, el brillo de un corazón que amaba mucho.

El resbalar de su mirada limpia, limpió ese corazón y le regaló su auténtico brillo. Y esa mujer se fue liberada. Liberada y comprometida en su nueva vida, donde su brillo iluminaría a otras vidas. Lo fundamental de su vida sería un anuncio: ¡El Señor ha resucitado!

Como anuncian las piedras del cauce, el paso del río.

Entre los hombres las aguas claras nacen en la fría soledad de las cumbres. Allí han vivido en fidelidad de largo diálogo invernal con la Roca, sabedora de vendavales. De rostro al sol, un día la primavera las puso en movimiento.

Y allá van:

Cantando su canto / lavando las piedras,
regando los surcos / camino del mar.

Su cauce es humilde, / su canto es pequeño,
su fuerza se llama / cotidianeidad.

Partiendo las rocas / abrieron gargantas,
y abrevaron pueblos / siempre sin parar.

Las mantiene el cerro / cargado de nieves,
que alimenta el cielo / donde Dios está.

publicado en el libro **La sal de la tierra**, Editorial Patria Grande.

Lectura

Realizar la lectura del cuento en grupo. Es importante que todos los presentes tengan una copia del texto. Se pueden ir turnando dos o tres personas para leer el cuento en voz alta.

Rumiando el relato

Al terminar la lectura entre todo el grupo se reconstruye el relato en forma oral (se lo vuelve a contar).

¿Qué comparación encontramos al principio del cuento? ¿Cómo se caracteriza al arroyo de agua clara... y al río de agua turbia? Recordar experiencias de haber visto, olido, sentido, gustado... ambos tipos de agua.

Recordar la escena de la pecadora en la casa de Simón (la cita exacta es Lc. 8). ¿Cómo son las miradas de los personajes del texto evangélico? ¿La mirada de Simón y sus compañeros... la mirada de Jesús?

¿Qué produce en Magdalena la mirada de Jesús?

Comentar la poesía final del cuento.

Elegir una frase del texto (releerlo rápido para ubicarla) que más le haya llegado/impactado a cada uno y compartirla en voz alta.

Descubriendo el mensaje

Hermoso cuento para hablar de la mirada de Dios y para trabajar el tema de la conversión. La bienaventuranza que enmarca el relato "Felices los que tienen un corazón puro, porque ellos verán a Dios", nos hace pensar en lo que logra la propia mirada de Dios cuando toca el corazón de una persona y lo transforma (ya el profeta Ezequiel, en el Antiguo Testamento había anunciado que el Dios de la Vida nos daría un corazón nuevo, capaz de vivir sus mandatos, Ez. 34).

Comparar las descripciones del arroyo de agua clara y del río de agua turbia con nuestras miradas en la vida... ¿cómo vemos: a los demás, a nosotros mismos? ¿Estamos cerca de la mirada de Jesús o vemos más parecido a los fariseos del relato?

Hacia el final del cuento se dice que las aguas claras nacen de soledades... de diálogo con la Roca... ¿pasamos momentos de diálogo con el Señor? ¿Transforma nuestra mirada, y nuestro corazón su Palabra, la oración, los sacramentos?

La mirada de Dios es transformadora. Comentar lo que sabemos y recordamos de Magdalena... Fue testigo y discípula del Señor.

Compartir momentos de la vida personal en las que el encuentro cara a cara con el Señor nos cambió.

¿Qué aprendes del cuento para tu vida? ¿Cómo puedes aplicar el mensaje del cuento?

Compromiso para la vida

Sintetizar en una frase el mensaje que has descubierto en el cuento para tu vida. Compartirlo con los demás.

Para terminar: la oración en común

Leer entre todos la oración y luego poner en común las intenciones de cada uno.

Terminar con una canción.

*Felices los que tienen un corazón puro
porque ellos verán a Dios.*

*Al Dios de la Vida se lo ve con los ojos del corazón.
Porque su Espíritu habita
en el corazón del hombre y la mujer
que siguen sus mandatos.*

*Un corazón puro
es un corazón lleno del Espíritu de Jesús,
un corazón que sienta como El,
un corazón que se comprometa como El,
un corazón que se entregue como El.*

*El evangelio puede cambiar el corazón,
si lo vivimos y lo llevamos a la práctica.*

*La oración, diálogo y encuentro con Dios,
puede cambiar el corazón,
si somos perseverantes
y aprendemos a escuchar más que a hablar...*

*La Eucaristía, alimento para la vida,
puede cambiar el corazón,
si buscamos en ella la fuerza de Dios
para ser testigos del Reino
y constructores de justicia y paz.*

*Un corazón puro es posible
si nos dejamos mirar por los ojos de Dios.*

El anochecer

Bienaventurados los hacedores de la paz
porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Un sol que se ha ido regala su oro a la tarde. La paz profunda brota de la tierra. Se la siente en cada pájaro que navega lento, remando hacia su nido que sólo a él atrae.

Una paz que parpadea en cada ruido que se apaga dejando su lugar a esos otros ruidos de la tarde. Los grillos se olvidaron de engrasar los ejes de su canto; y en su canto parece que respira la tarde entera.

¿Por qué esa paz no logra ganarse en mi alma? Porque verdaderamente me siento triste. Me siento extraño a todos esos seres que beben de la paz de la tarde.

Me siento lejos. Sí, lejos. Como si al terminar el día no hubiera hecho mis deberes de escuela. Como si no hubiera derecho a ese recreo de paz. ¿Sabés, Señor? como si me hubieras puesto en penitencia.

Siento que las cosas son mejores que yo. Pero son más niñas, más inconscientes. No tienen tantas cosas que hacer como yo. Ellas terminaron su día, y ahora entran en la paz. Todavía no van a la escuela; no tienen deberes sin hacer, ni sin terminar. A ellas no las llamás para preguntarles un montón de cosas como me preguntás a mí. A ellas las llevás en brazos a la paz de la noche, a medida que se van durmiendo: como a los chicos. Conmigo empezás un diálogo. Un viejo diálogo. Por ello no gozo la paz. Siento que estoy despierto con vos, mientras las cosas duermen. Y es entonces cuando me siento con los deberes a medias: sin terminar.

Me siento lejos; muy lejos de mi niñez. Sobre todo en esta hora de la tarde.

Te dije que no gozo la paz. Pero la siento. Te siento cerca, que no te interesan tanto mis deberes sin hacer, cuanto yo mismo. Te siento a vos mismo, como si cansado de tu función durante el día como maestro, quisieras ahora buscar mi amistad.

A esta hora de la tarde te siento también a vos cansado, Señor. también vos buscás al paz. Pero para poder gozarla, necesitás construirla. Y me invitás a mí a que te acompañe a construir la paz de la noche, mientras a mi lado en la noche mis hermanitas, las cosas niñas, duermen con su respiración de grillos.

Una Luna overa viene gateando el cielo lentamente, hacia un nidito de estrellas que tiemblan en su constelación.

¡Señor de los grillos y las estrellas! ¿Qué te puede interesar mi mendrugo de paz, que venía a compartirlo? ¿Qué es el hombre, entre tus cosas niñas, para que te fijas en él y lo invites a compartir tu cansancio y tu responsabilidad de velar por la paz?

Como un hijo mayor, voy junto a vos con los ojos dilatados, noche adentro. Cuando despunte el alba: ¿descansaremos?

publicado en el libro **La sal de la tierra**, Editorial Patria Grande.

Lectura

Realizar la lectura del cuento en grupo. Es importante que todos los presentes tengan una copia del texto. Se pueden ir turnando dos o tres personas para leer el cuento en voz alta.

Rumiando el relato

Al terminar la lectura entre todo el grupo se reconstruye el relato en forma oral (se lo vuelve a contar).

¿Qué relata el autor? ¿Qué momento del día lo hace pensar en Dios y en su relación con El?

¿Cómo va contando los sucesos del atardecer? ¿Por qué lo relaciona con la paz?

¿Qué sucede en su corazón? Se aprecia una tensión interior, "sentir la paz, pero no gozarla..."? ¿te ha sucedido?

¿Qué sucede entre el autor y Dios al caer la tarde?

Elegir una frase del texto (releerlo rápido para ubicarla) que más le haya llegado/impactado a cada uno y compartirla en voz alta.

Descubriendo el mensaje

El relato nos habla de la paz interior, fruto del encuentro y del diálogo profundo con el Dios de la Vida. Comienza con la frase de las bienaventuranzas que proclama "Felices a los hacedores de la paz" y señala que "serán llamados hijos de Dios". El relato va desggranando un camino que conduce al interior de cada uno, a un rincón "sagrado" que todos poseemos y en el cual habita y nos espera el Señor.

¿Qué experiencia tienes del atardecer? ¿Recuerdas alguna puesta de sol en el campo, el mar o la montaña...? ¿Qué sentimientos surgen en tu interior al evocar estos recuerdos?

¿Cómo presenta la paz el relato? ¿De dónde surge?

¿El encuentro con Dios al terminar el día, te ayuda para el diálogo con El? ¿Escuchas el llamado diario del Señor que quiere un momento de encuentro contigo, al final de cada día? ¿Se lo regalas? ¿Te lo regalas?

¿Qué aprendes del cuento para tu vida? ¿Cómo puedes aplicar el mensaje del cuento?

Compromiso para la vida

Sintetizar en una frase el mensaje que has descubierto en el cuento para tu vida. Compartirlo con los demás.

Para terminar: la oración en común

Leer entre todos la oración y luego poner en común las intenciones de cada uno.

Terminar con una canción.

Felices los hacedores de paz

*Hacer la paz,
para anunciarla
y ofrecerla a los demás.*

*Hacer la paz,
tarea cotidiana
alimento de cada día,
en el encuentro íntimo con Dios,
en el reposo de la mirada
sobre su rostro,
en silencio,
a la escucha.*

*Hacer la paz del encuentro
para aprender a ser
semillas de paz,
espejos de paz,
abonos de paz,
puentes de paz,
cimientos de paz,
campanas de paz,
en la vida de los otros,
como lo es Dios
en nuestra propia vida.*

La violencia de las sombras

Felices los que son perseguidos
por practicar la justicia
porque a ellos pertenece
el Reino de los cielos.

Dios le había regalado un lindo corazón. Era capaz de amar y apasionarse. Tenía capacidad para ver. Sus ojos siempre miraban a las cosas, y no le costaba vibrar con lo que veía. Por eso las injusticias lo sacudían fuerte. Muchos le tenían desconfianza porque le conocían un corazón arrebatado y violento.

Encima era bastante ingenuo. Le gustaba hablar, mostrarse y manifestar lo que llevaba adentro. Eso le hacía hacer cosas contradictorias, y muchos creyeron que era un incoherente. Otros creyeron poder utilizarlo, y cuando él siguió nomás su rumbo, no lo comprendieron.

Alma de niño, buscaba ansiosamente la verdad, y quería a toda costa practicar la justicia. Llevar la justicia a la práctica era para él una obsesión. Tal vez hubiera algo de biológico en ese apetito de justicia. Por eso se comprometía tan entero cuando veía, en algún lugar o persona, la realidad de un compromiso por la justicia. Pero como la justicia es una realidad tironeada por diversos bandos que creen poseerla en exclusiva (como se pelean los perros por achura), le sucedió más de una vez el querer tironear desde distintos rumbos. Desde todos lados le ladraron para animarlo, y de todos lados le lanzaron su mordisco. Y él siguió nomás, apasionado por llevar la justicia a la práctica. Tal vez sin plan, sin proyectos, guiado como por un instinto. Amaba la parte de justicia que encontraba en cada hombre, y pretendió sacudir la vergüenza en cada grupo.

Y eso es peligroso. Es peligroso ponerse a plena luz cuando andan sueltas las tinieblas. Y en cada compromiso, en cada realidad hay un encontronazo entre la luz y las tinieblas, entre el miedo y la vergüenza. Y es peligroso para un hombre amar la luz en cada cosa, y en cada cosa pretender vencer la noche mediante la vergüenza.

Por eso el miedo que hay en cada uno de nosotros se puso a perseguirlo. A escondidas, por supuesto. El miedo suele ser cobarde, y prefiere no mostrar la cara al descubierto. De ahí que el día que lo mataron, nadie quiso ser responsable del suceso. Nos echamos la culpa mutuamente, y hasta a lo mejor creímos ser sinceros.

Poco importa el nombre del que lo mató, y el nombre y apellido del que ha muerto. Lo mató la violencia de las sombras, y su nombre está escrito en el libro de la vida. Un pueblo lo lloró en silencio. Ese pueblo que también ama la justicia, y que como todos los perseguidos por llevar la justicia a la práctica, tendrá en herencia el Reino de los cielos.

Porque al morir un hombre por practicar la justicia, se opera en él la victoria definitiva de la luz sobre las sombras. La luz vence en ese hombre a las tinieblas. Y así se le abren las puertas del Reino de la luz.

Felices de ustedes cuando sean perseguidos e insultados, y cuando digan toda clase de cosas falsas sobre ustedes. Alégrense, no se pongan tristes: porque van a recibir un gran premio en los cielos; porque así también persiguieron a los profetas que vivieron antes que ustedes (Mt 5, 11-12).

publicado en el libro **La sal de la tierra**, Editorial Patria Grande.

Lectura

Realizar la lectura del cuento en grupo. Es importante que todos los presentes tengan una copia del texto. Se pueden ir turnando dos o tres personas para leer el cuento en voz alta.

Rumiando el relato

Al terminar la lectura entre todo el grupo se reconstruye el relato en forma oral (se lo vuelve a contar).

¿Qué experiencia nos relata el autor?

¿Cómo caracteriza a la persona enamorada de la justicia? Hacer un breve retrato de la misma a partir de las características que señala el padre Mamerto.

¿Qué proceso fue realizando? ¿Qué peligros le empezaron a acechar?

¿Qué pasó finalmente? ¿Cuál fue la reacción del pueblo?

Comentar la frase final del evangelio, la última bienaventuranza del evangelio de Mateo.

Elegir una frase del texto (releerlo rápido para ubicarla) que más le haya llegado o impactado a cada uno y compartirla en voz alta.

Descubriendo el mensaje

El cuento es un hermoso fresco de las personas que aman la justicia y dan la vida por ella. Puede ser muy útil para reflexionar sobre el compromiso por la justicia a la luz del evangelio de Jesús.

¿Conoces personas, hombres y mujeres, que hayan vivido como se describe en el relato?

Hacer una ronda en el grupo y nombrar estas personas.

¿Qué descubrimos en ellas? ¿Qué nos admira de sus vidas como para recordarlas?

¿Conoces personas que hayan muerto por la justicia?

(Si es posible sería interesante llevar preparado para el encuentro fotos o dibujos de algunos mártires de nuestro tiempo. En BuenasNuevas.com puedes encontrar información sobre Mons. Romero, Mons. Angelelli y otros).

¿Qué aprendes del cuento para tu vida? ¿Cómo puedes aplicar el mensaje del cuento?

Compromiso para la vida

Sintetizar en una frase el mensaje que has descubierto en el cuento para tu vida. Compartirlo con los demás.

Para terminar: la oración en común

Leer entre todos la oración y luego poner en común las intenciones de cada uno.

Terminar con una canción.

*Felices los perseguidos por practicar la justicia,
porque a ellos pertenece el Reino de los cielos.*

*Felices y bienaventurados
todos los que dan la vida
para que haya justicia en este mundo,
Dios los reconocerá como hijos suyos,
hermanos de Jesús.*

*Felices quienes desde el silencio
y el anonimato del Reino
ofrecen su entrega diaria
para que la vida de Dios
llegue a todos sin distinción.
Ellos mantienen viva la llama que encendió Jesús,
la luz de un mundo nuevo, fraterno y solidario.*

*Felices los que sufren persecución
por el nombre de Jesús,
los que son fieles a su mensaje
y proclaman la verdad de la justicia,
el gran sueño de Dios para todos.
Ellos caminan hacia el Reino
y nos señalan la senda del Maestro,
la única fiel al proyecto del Padre.*

*Felices, Dios de la Vida,
los que la entregan por la justicia y la paz,
tan ausentes en este mundo de excluidos y marginados.
Felices porque ellos son el agua que fecunda la tierra
para que brote la semilla del Reino,
que es Justicia y Fraternidad, vida digna para todos
porque Esa es tu Voluntad.*

Los tres ciegos

Había una vez tres sabios. Y eran muy sabios. Aunque los tres eran ciegos. Como no podían ver, se habían acostumbrado a conocer las cosas con solo tocarlas. Usaban de sus manos para darse cuenta del tamaño, de la calidad y de la calidez de cuanto se ponía a su alcance.

Sucedió que un circo llegó al pueblo donde vivían los tres sabios que eran ciegos. Entre las cosas maravillosas que llegaron con el circo, venía un gran elefante blanco. Y era tan extraordinario este animal que toda la gente no hacía más que hablar de él.

Los tres sabios que eran ciegos quisieron también ellos conocer al elefante. Se hicieron conducir hasta el lugar donde estaba y pidieron permiso para poder tocarlo. Como el animal era muy manso, no hubo ningún inconveniente para que lo hicieran.

El primero de los tres estiró sus manos y tocó a la bestia en la cabeza. Sintió bajo sus dedos las enormes orejas y luego los dos tremendos colmillos de marfil que sobresalían de la pequeña boca. Quedó tan admirado de lo que había conocido que inmediatamente fue a contarles a los otros dos lo que había aprendido. Les dijo:

- El elefante es como un tronco, cubierto a ambos lados por dos frazadas, y del cual salen dos grandes lanzas frías y duras.

Pero resulta que cuando le tocó el turno al segundo sabio, sus manos tocaron al animal en la panza. Trataron de rodear su cuerpo, pero éste era tan alto que no alcanzaba a abarcarlo con los dos brazos abiertos. Luego de mucho palpar, decidió también él contar lo que había aprendido. Les dijo:

- El elefante se parece a un tambor colocado sobre cuatro gruesas patas, y está forrado de cuero con pelo para afuera.

Entonces fue el tercer sabio, y agarró el animal justo por la cola. se colgó de ella y comenzó a hamacarse como hacen los chicos con una soga. Como esto le gustaba a la bestia, estuvo largo rato divirtiéndose en medio de la risa de todos. Cuando dejó el juego, comentaba lo que sabía. También él dijo:

- Yo se muy bien lo que es un elefante. Es una cuerda fuerte y gruesa, que tiene un pincel en la punta. Sirve para hamacarse.

Resulta que cuando volvieron a casa y comenzaron a charlar entre ellos lo que habían descubierto sobre el elefante no se podían poner de acuerdo. Cada uno estaba plenamente seguro de lo que conocía. Y además tenía la certeza de que sólo había un elefante y de que los tres estaban hablando de lo mismo. pero lo que decían parecía imposible de concordar. Tanto charlaron y discutieron que casi se pelearon.

Pero al fin de cuentas, como eran los tres muy sabios, decidieron hacerse ayudar, y fueron a preguntar a otro sabio que había tenido la oportunidad de ver al elefante con sus propios ojos.

Y entonces descubrieron que cada uno de ellos tenía razón. Una parte de la razón. Pero que conocían del elefante solamente la parte que habían tocado. Y le creyeron al que lo había visto y les hablaba del elefante entero.

Ideas para trabajar el texto en grupos:

- + Analizar el cuento. ¿qué momentos podemos señalar? ¿cuál es la conducta de cada personaje?
- + Relacionar el cuento con alguna situación similar que hayamos vivido. Ponerla en común.
- + Para contestar juntos:
 - ¿Escuchamos a los demás, sus opiniones, sus ideas?
 - ¿Creemos tener siempre la "justa", y que los otros están equivocados?
 - ¿Qué nos enseña este cuento sobre la verdad de las cosas?
- + Relacionar el cuento con Dios. ¿Nos pasa lo mismo que a los tres sabios? ¿Por qué?
- + Hacer un listado de situaciones comunes que puedan ser iluminadas con este cuento. Por ejemplo, cuando hay que tomar decisiones en conjunto, al analizar la realidad, etc.

Tiempo de adviento

Antes de partir para aquel lugar lejano, y hacia aquel tiempo indefinido, el esposo le había dicho:

- Te encomiendo los chicos.

En esa frase ella había intuido todo el programa para ese tiempo de espera, que alimentaría el anhelo del retorno. Los intereses de su esposo ausente, serían para ella ahora sus propios intereses. En cada actitud suya de esfuerzo sufrido o de alegría conquistada, sentiría estar cumpliendo la confianza que en ella había depositado el ser amado al partir. La presencia constante del ausente en regreso sería para ella la motivación de cada una de sus actitudes, la fuente viva de la fuerza para su actuar en las pequeñas verdades provisorias de cada día.

Muchas veces en su historia de compromiso y de amor había vivido la ausencia de su esposo. Y muchas veces había tenido que alimentar la espera, y había tenido la experiencia de la fidelidad del retorno. Pero nunca la ausencia había sido como esta. Nunca lo había sentido tan lejos. Ni había sido tan larga la espera. Poco a poco sus cartas se habían hecho menos frecuentes. Los amigos que venían trayendo noticias de El eran raros y hablaban sólo de datos lejanos y como si fuera de oídas. Y fue entonces que muchas otras voces y comentarios comenzaron a llegarle cada vez con más insistencia.

Se decía de El, que ya no volvería, que se había olvidado de sus promesas. Le decían que la había olvidado, que su corazón ya no estaba con ella, que tenía sus intereses en otra parte.

Esa ausencia tan prolongada; ese silencio tan espeso: ¿no eran acaso una prueba de que tal vez los comentarios tuvieran razón?

Y entonces la fidelidad comenzó a hacerse difícil. Cada esfuerzo por lo suyo se convertía en dolorosa duda. ¿Realmente El sentiría todavía esas cosas como suyas? Esos esfuerzos exigían una fidelidad muy profunda. Pero, justamente: ¿no era esa fuerza de fidelidad lo que empezaba a flaquearle?

Fue entonces que los demás empezaron a notar en ella una actitud nueva. O al menos, que ellos sintieron como nueva. Por las noches comenzaron a ver que se encerraba en la intimidad de su alcoba, y que allí en el silencio de la noche su lámpara permanecía encendida. Muchos pensaron que se encerraba para llorar. Para desahogarse sin que nadie la viera. Para vivir en lo secreto la amargura que su orgullo no le dejaba reconocer ante los demás. Para reconocerse en lo secreto lo que todos creían conocer, y que sólo ella parecía querer ignorar. Para confesarse a sí misma sin testigos, que tampoco ella creía ya en el retorno del que amaba.

Y sin embargo, había un detalle misterioso en esa actitud. Y era que ella salía de esas largas rumias de intimidad, más animosa. Salía de esas noches con una alegría serena, y una fuerza nueva que le permitía una profunda fidelidad a las exigencias de cada detalle de su vida de espera y de dedicación a los intereses de El. Volvía para encender en cada hijo el cariño por el padre ausente y a alimentar en todos la vigilante espera por su próximo retorno.

Lo que nadie sabía, era que en esa intimidad había un tesoro que sólo ella conocía. Porque esa mujer tenía un corazón profundamente femenino. Un corazón con capacidad de conservar todo lo que había recibido de vida. Y allí en el silencio de espera de sus noches solitarias, volvía a releer y meditar aquellas antiguas cartas de amor que había recibido de El. Cartas que en tiempos ya maduros habían alimentado sus esperas, siempre cumplidas. Cartas que le hablaban de ausencias vividas y de reencuentros profundos gracias al crecimiento mutuo de la ausencia.

Allí volvía a encontrarse con el corazón de El; volvía a sentirlo latir. Lo reconocía y no podía negarle de nuevo su *sí*. Ciertamente esos retornos habían sido siempre retornos provisorios, y que siempre habían exigido nuevas partidas. Pero en esa vieja historia de amor y fidelidad había crecido un conocimiento del corazón de El. En la lectura de esas cartas, y en la rumia de esos acontecimientos, ella volvía a reencontrar todo el sentido de su espera y la fuerza para vivir su adviento.

publicado en el libro **Fieles a la vida**, Editorial Patria Grande

